

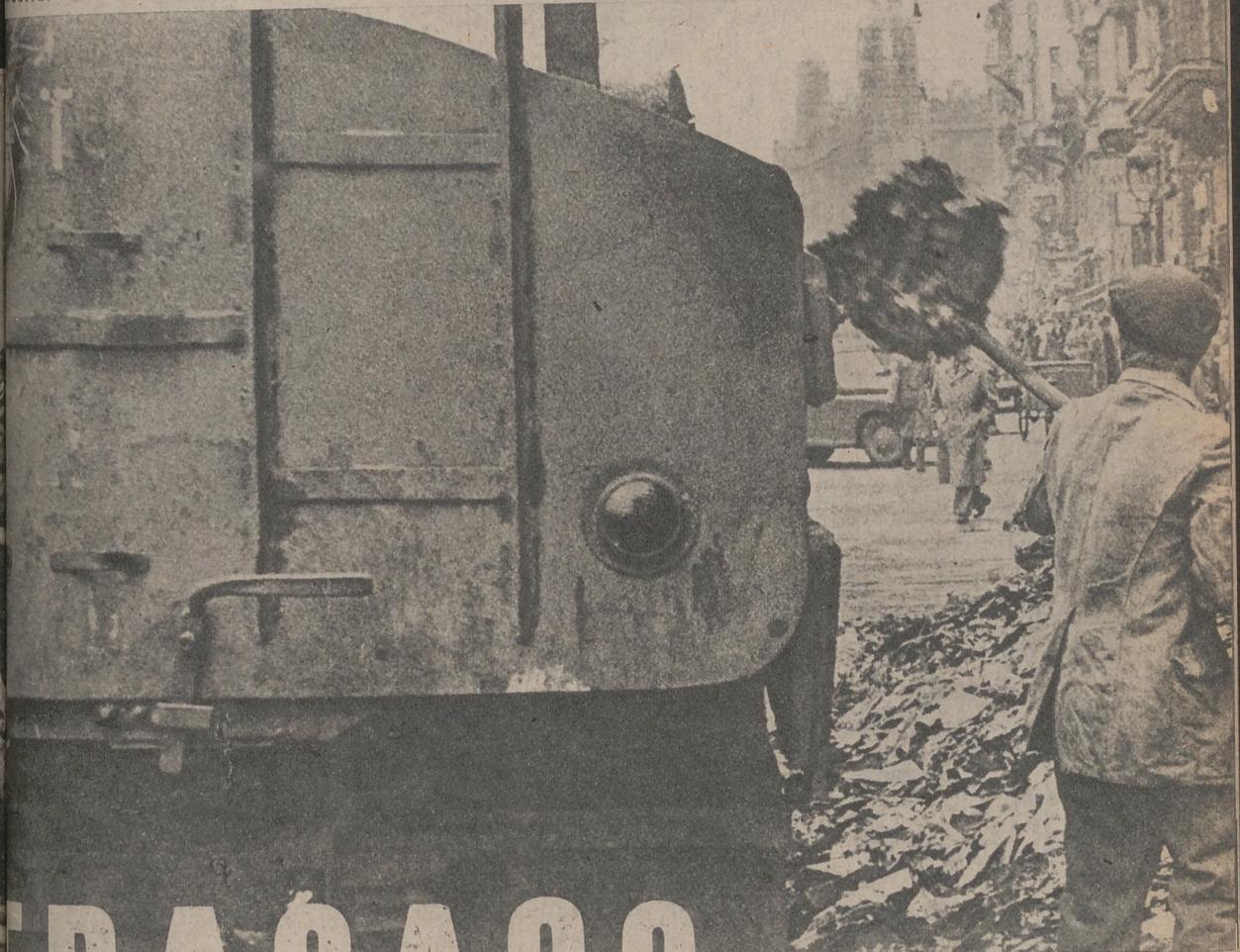
EL ESPAÑOL

3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 2 - 8 diciembre 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca Núm. 418



FRACASO

EL COMUNISMO
INTERNACIONAL
A LA DERIVA

INGLATERRA Y FRANCIA CAUSAN BAJA
EN EL ESCALAFON DE LAS GRANDES POTENCIAS

EL DRAMA DE LA FAMILIA MOORE (Pág. 43)

La filiación natural en el Registro Civil. Nuevas normas para la adquisición

de la nacionalidad española (pág. 17) * En casa de An toñita la Fantástica. La niña Berta Casas volverá a tener doce años (pág. 22) * La política a vista de pájaro, por T. Nieto Funcia (pág. 26) * Lorenzo Vilas, un catedrático que recorrió tres continentes (pág. 27) * Larache, por Luis Antonio de Vega, enviado especial (pág. 32) * El libro que es menester leer: "La enfermedad sobre la Historia universal", por Gerhard Venzmer (pág. 49) * Entrevista con el investigador Fernando de Castro (pág. 52) * El abastecimiento: Normalidad. Precios (pág. 56)

EL ESPEJO DE LA REINA. Novela por Sofía Noel. (pág. 38)

*Anticipese
al
Catarro*



Cuando alguno tosa o estornude a su lado, cuando esté expuesto a una corriente de aire, cuando se moje los pies... Prevéngase contra el posible catarro haciendo gárgaras y enjuagues con LISTERINE. Al disminuir la resistencia orgánica, los gérmenes llamados «invasores secundarios» atacan en masa los tejidos de la garganta. El Antiséptico LISTERINE extermina millones de microbios entre los que figuran los peligrosos gérmenes. La experiencia clínica demuestra, que la costumbre de enjuagarse con LISTERINE evita los catarros o, si se tienen, son en menor cantidad, más cortos y mucho más benignos.



Frascos desde
Ptas. 7,50

**ANTISEPTICO
LISTERINE**

INMUNIZA BOCA Y GARGANTA

Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



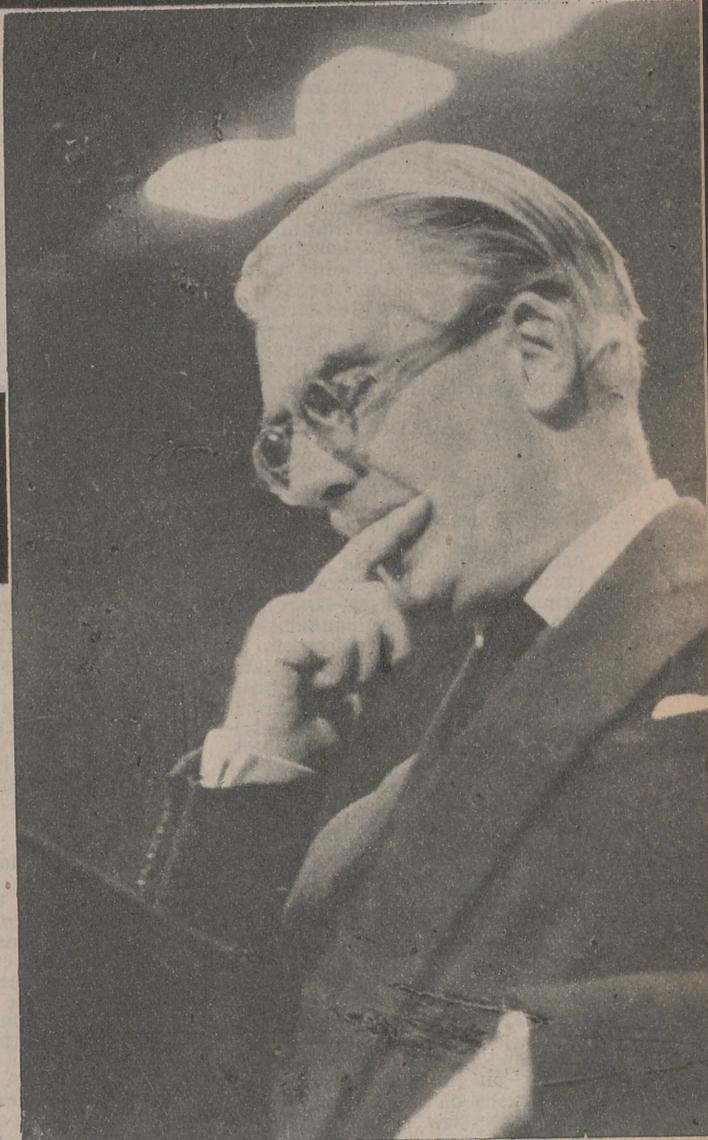
FRACASO

INGLATERRA Y FRANCIA CAUSAN BAJA EN EL ESCALAFÓN DE LAS GRANDES POTENCIAS EL COMUNISMO INTERNACIONAL A LA DERIVA

LOS acontecimientos que en estos días han llenado páginas y más páginas de los diarios y han abierto un panorama de angustia ante los pueblos tienen un denominador común para interpretarlos: el fracaso. Porque tras la pólvora que ha corrido en la zona de Suez aliena la quiebra de una política que no posee flexibilidad para adaptarse a los problemas de los tiempos actuales. La empresa francobritánica en el Oriente Medio lleva el marchamo de una actuación que no corresponde a dos Gobiernos que insisten en considerarse grandes potencias.

Fracaso también el de esos tanques soviéticos lanzados a las llanuras húngaras, operación militar está que no puede apuntalar la estructura montada por el comunismo sobre pueblos europeos con tradiciones y con historia. En Hungría se ha puesto de relieve que las doctrinas soviéticas no tiene más punto de apoyo que las divisiones blindadas.

Fracaso es la palabra que puede aplicarse por igual a la política francobritánica y a la acción soviéticas no tienen más puntos de apoyo que las tivas políticas interiores y en relación con el exterior. Recogemos en varios trabajos el esquema de este proceso.



Mr. Eden, en su discurso a las juventudes

LOS ERRORES SE PAGAN

INGLATERRA, y al rabo de ella Francia han vivido una aventura histórica y psicológicamente emplazada cuando menos en el siglo XIX y, para mayor fidelidad de la «reposición», en un escenario también del mismo siglo, donde grandes actores de la historia de esos dos países recitaron sus papeles con grandilocuencia.

Estamos en 1882. En Alejandría han sido acuchillados unos europeos que ya no sabían cómo quitarles más cuartos a los egipcios. Inglaterra se ve poseída por una de sus famosas santas indignaciones y ofrece a Francia la gloria de compartir su matanza de nativos. Francia en aquella ocasión dió más señales de sen-

satez que hace unas semanas. La Cámara de diputados, por 417 votos contra 75, se negó a votar los créditos que se precisaban para enviar a Egipto un cuerpo expedicionario de 4.000 hombres. Inglaterra no los necesitaba para nada y envió su flota a Alejandría. En unas horas Alejandría quedó pulverizada y el coronel de aquella historia, Arábí Bajá, que quería librar a Egipto de la plaga de los extranjeros, fué hecho prisionero.

Resultado: Inglaterra se quedó a orillas del Nilo para «imprimir una nueva matanza de europeos». Y así hasta el año pasado. Nadie podrá decir que Inglaterra no tomó en serio su papel de gendar-

me de los europeos residentes en Egipto...

Ahora estamos en 1956. Detrás de las patillas de Gladstone, «casi un santo», está sir Anthony Eden. Y detrás del coronel Arábí, el coronel Nasser, a quien se le ocurre nacionalizar la Compañía del Canal de Suez.

Nueva santa indignación de Inglaterra. Eden confunde las fechas y cree que para la mayor gloria de Inglaterra tanto da 1882 como 1956. Repitiendo cuadro a cuadro esta restauración histórica, envía su flota a Alejandría, y esta vez acompañada por Francia, más sensible a las acciones del canal de Suez y al tumor de

Argelia que a la escabechina de europeos en 1882.

Nuevamente caen las bombas inglesas sobre Egipto. Va a repetirse puntualmente la historia. Pero de repente el amargo despertar. Ha terminado el sueño. En 1882, Inglaterra podía colocar sus bombas allí donde mejor le pareciera. Cuando lo hizo en Alejandría, nadie movió un dedo por Egipto. Pero, en 1956, se han presentado ciertas variantes: los Estados Unidos se echaron de la parte de fuera y pidieron con apremio un «alto el fuego»; sesenta y cinco naciones en la O. N. U. pusieron de hoja de papel a los señores sir Pier Dixon y Cornut-Gentil, y desde Moscú llegó un bonito «ultimátum».

Esta ensalada fué sazonada en casa con manifestaciones tumultuarias en Trafalgar Square; en la Cámara de los Comunes, con frases más bien poco corteses de los señores Bevan y Gaitskell, y en el mismo seno del Gobierno, con deserciones como la de Nutting.

EL ALIADO HISTÓRICO SE VA

Una de las primeras medidas adoptadas por los francobritánicos, después de su fracaso, ha sido un intento de reconciliación con Norteamérica. Se buscó un encuentro entre Eisenhower y los primeros ministros de Gran Bretaña y Francia. A mediados de mes se habló con insistencia de que la reunión sería inmediata. Pero Washington ha dicho «no».

Y es que al Gobierno americano no le interesa aparecer blando ante la opinión mundial, olvidando con rapidez una acción que desaprobó desde el primer momento. Por ello el Presidente norteamericano ha mantenido una conversación telefónica con Eden, recomendándole la retirada de las tropas de Egipto y el cese de los ataques verbales a la O. N. U.

Desde esta fecha, el Gobierno británico trata a la desesperada de obtener el apoyo de los yanquis. El «Daily Telegraph»—órgano del partido conservador—publicaba el día 22 un editorial pidiendo, en términos dramáticos, una prueba de la amistad histórica: «Inglaterra la ha demostrado siempre en el pasado, convencida de que sólo la unidad del mundo occidental puede evitar la expansión del comunismo». El «Telegraph» continuaba reprochando a Washington el haber sostenido a Nasser, tratando de convencer a los ingleses de que era un baluarte anticomunista, «pero cuando comenzó a dudar de la postura de Egipto, América adoptó una política oscilante». El editorial concluye con una llamada a Norteamérica, con el fin de que no suscriba el triunfo de Nasser, dejando sin solución todos los problemas de Oriente Medio al exigir la retirada inmediata e incondicional de los anglofranceses.

Eisenhower, por su parte, según ha revelado en Washington durante una conferencia de Prensa celebrada en privado por una personalidad muy cercana al Presidente, se ha mostrado extraordinariamente irritado por la actitud francobritánica. Este personaje de Washington ha declarado

que la presencia de las tropas inglesas y francesas, es el verdadero obstáculo al eficaz funcionamiento de las tropas de la O. N. U.

La caída en desgracia de los aliados contra Egipto se ha hecho notar en los medios diplomáticos de Washington muy especialmente, por el significativo hecho de que ni Pineau ni Selwyn Lloyd han sido invitados a la Casa Blanca durante su estancia en la capital norteamericana.

Un pleno fracaso diplomático y de prestigio ha cobijado la aventura de Suez

GENESIS DE LA AVENTURA

Para completar esta historia, es preciso que asistamos, hasta donde podamos, a su gestación. ¿Cómo nació en la mente de sir Anthony Eden, y en la de algunos de sus colaboradores e inspiradores, esta peregrina reposición decimonónica?

Aludimos adrede a la «mente» de sir Anthony Eden y no al criterio de su Gobierno, porque, desde el principio sabemos que dentro del Gobierno británico, y del Gabinete, ha habido pareceres para todos los gustos. En realidad, podemos hablar de tres posiciones: La radical intervencionista en Egipto, representada por el propio Eden y por McMillan; la radical no belicista de Butler, secretario del Exchquer y hoy «premier» en funciones; y la intermedia, que no sabemos en qué consiste, de lord Salisbury. En torno a cada una de estas tres posiciones, se han aglutinado grupos compactos. En el Parlamento, este juego de lo que pudiéramos llamar «afinidades electivas», se tradujo en la «rebeldía» de 40 diputados conservadores, partidarios a todo trance de mantener la «legalidad internacional», representada en este caso por las Naciones Unidas.

El fatigado primer ministro británico tuvo ocasión de pulsar la opinión de sus correligionarios, en todos los estratos del partido conservador, desde mucho antes del famoso «ultimátum». Conocía de sobra el criterio de Butler y el de amigos tan íntimos como Nutting; sabía que en la Cámara de los Comunes habría dificultades, y no sólo en los bancos de la oposición, que ya se habían definido con ocasión de los debates sobre el pleito de Suez. El panorama no estaba nada claro.

Y si no estaba nada claro, y sin embargo se lanzó a la aventura, con todos sus riesgos conocidos y desconocidos, fué porque sir Anthony Eden estaba plenamente convencido de que iba a ofrecer a su país una magnífica victoria militar y política, que sería aplaudida y celebrada porque siempre se aplaude y celebra el éxito, sobre todo cuando escasea.

Un odio ciego a Nasser, un odio personal, visceral, que Eden no ha procurado ni siquiera disfrazar en sus discursos, hizo el resto. Y por si todo esto fuese poco, el «premier» contaba con Francia y con Israel. La «operación Egipto» no podía fallar. Contaba con Francia, o mejor dicho, con el señor Mollet, porque, como es sabido, los franceses están persuadidos de que la única manera de terminar con la rebelión argelina es un cambio de régimen y de personas en El Cairo; Mo-

llet podía contar, además, con el aplauso de todos los accionistas de la Compañía Universal, y con los ricos e influyentes «administradores» de la rue d'Astorga. Contaba con Israel, porque este país no podía soportar por más tiempo la presión de sus vecinos árabes, y estaba dispuesto, ya en agosto de este año, a salir por la tremenda para morir o matar, y contaba, finalmente, con las elecciones presidenciales americanas, que impedirían a los Estados Unidos, a una semana de las urnas, tomar partido y pronunciarse ante un cuerpo electoral que se disponía a votar arrolladoramente por el lema republicano «paz y prosperidad».

Teóricamente, esta conjunción de fuerzas, de intereses y de circunstancias, hay que convenir que ofrecían bastantes perspectivas de éxito. Y si alguien, con cierta inquietud, preguntaba a Eden cómo reaccionaría el resto de las naciones árabes, el «premier» contestaba:

—Los primeros días se mantendrán a la expectativa, para después inclinarse a favor del que lleve las de ganar. Por eso la solución militar tiene que venir velozmente. Ninguna nación árabe pensará en la unión del mundo islámico en torno a un vencido sin pena y sin gloria.

LA «HORA H»

Que el ataque anglo-francés fué previamente sintonizado con el ataque de Israel en la península de Sinaí, ofrece muy pocas dudas. Por lo menos hay 40 diputados conservadores que así lo creen y la totalidad de los laboristas. Esos 40 diputados rebeldes, estaban dispuestos a pedir aclaraciones a esta «sospecha». Y veinticuatro horas antes de las aclaraciones, se anunció la enfermedad del primer ministro. ¿Coincidencia? Puede ser.

Pues bien—prosigamos—: maduro el plan, sólo faltaba la elección de fecha. Y esto también tiene su historia. Parece saberse hoy que los anglofranceses e israelíes anticiparon una semana su «Hora H». Motivos: Sorprender a los Estados Unidos a un paso de las elecciones—como queda dicho—, y (versión que, aceptable en principio, hay que poner en cuarentena) para anticiparse a una «penetración» no especificada de Rusia en Oriente Medio.

Esto último es bastante verosímil, porque a nadie se le ocultaba que Moscú venía «trabajando» desde hacía tiempo una buena cabeza de puente en el Oriente Medio. Es posible que el envío reciente de armas a Siria estuviese previsto para una fecha anterior al «ultimátum» francobritánico, y que París y Londres quisiesen tomarle la delantera para evitarse complicaciones, entre ellas, una quizá mayor resistencia militar a sus operaciones. Pero de todas maneras, el hecho es que la invasión de Egipto estaba decidida desde mucho antes de que Rusia proyectase el envío de armas a Siria y de que pudiese en ejecución sus planes de «penetración» en el Oriente Medio.

Ciféndonos ya exclusivamente al aspecto militar de la aventura que venimos historialando, no puede tenerse como timbre de gloria el que tres potencias militares

como Francia, Inglaterra e Israel —las dos primeras armadas, en gran parte, a cuenta del contribuyente norteamericano, y por el capitulo de la ayuda exterior militar de los Estados Unidos— obtuviesen un éxito inicial sobre Egipto, logrando depositar sus comandos y sus paracaidistas en la zona del canal de Suez. Exito inicial que no ha tenido más consecuencias y que, en consecuencia, no podemos valorar en toda su extensión.

Lo hemos dicho aquí mismo, en EL ESPAÑOL, varias veces: Francia e Inglaterra, en virtud de su superioridad militar, podrían desembarcar en Egipto cuando lo desearan. Esto se daba por descontado; pero, ¿podrían los Ejércitos invasores realizar efectivamente una prolongada ocupación del territorio conquistado? Esto sí que es más que dudoso; nadie como los ingleses sabe lo que era permanecer en Israelita (en número de 80.000), bajo el acoso constante de los egipcios; en todo caso, recordemos, una vez más, que fué el propio sir Anthony Eden quien en los Comunes, siendo titular del Foreign Office, aconsejó el abandono de aquel insoportable avispero que estaba saqueando las arcas del Exchequer y costando una sangría permanente.

La «pequeña guerra» de Egipto ha terminado, pues, como la de Corea: En tablas. Edgar Faure ha dicho, en París, que había sido un medio-éxito y simultáneamente un medio-fracaso («entre le demi échec et le demi-succes») que es tanto como no decir nada; de forma que por cualquier lado que lo miremos encontramos plenamente justificada la enfermedad de sir Anthony Eden y su retirada a Jamaica. Esta «huída» ha dejado desamparado a Guy Mollet, que difícilmente encontrará en Butler un apoyo tan eficaz como el que le dparaba sir Anthony. Y ahora el jefe del Gobierno francés se ve puesto en entredicho por sus compatriotas. De momento es la Federación Socialista del Sena, que acaba de lanzar un manifiesto reclamando la convocatoria de un Congreso extraordinario: en concreto, una disculpa para un ajuste de cuentas. En Londres, y paralelamente a la crisis mundial, ha dejado abierta una crisis política dentro de su propio partido y de su propio país. Los laboristas están dispuestos a hacer leña de Eden con un frenesí digno de mejor causa y, según nuestras noticias, van a cargar de firme sobre el «complot» anglofrancés con Israel. Son, como de costumbre, los invitados que llegan a los postres de las camicerías. El laborismo británico tardó su buena semana en calentarse, después de la movilización de tropas llevada a cabo por el Gobierno, y tres días en cuestionar su indignación contra este después del «ultimátum». Resultado de este inteligente aprovechamiento del terreno, puede ser una próxima catástrofe conservadora en las urnas, con la que sir Anthony Eden redondearía su «marathon» de errores, a su breve paso por el número 10 de Downing Street».

M. BLANCO TOBIO



El Premier inglés llega a Kingston (Jamaica), acompañado de su esposa, donde pasará unas semanas convaleciendo de su inesperada enfermedad

PIEDRAS SOBRE SU PROPIO TEJADO

LUNES 19 de noviembre. Sesión en la Bolsa de París. El conflicto de Suez pesa en el ánimo de los presentes. Las conversaciones no se derivan, como otros días, hacia las posibles futuras operaciones; en las palabras van y vienen, entremezclados, los nombres de Port Said, Mollet, Suez, Le-maire, guerra, Eisenhower, paz, catástrofe... El lunes de la semana que empieza va a marcar, más que ninguno, el signo desolador de la feroz baja de determinados valores de las industrias de la construcción, del automóvil, de la petroquímica, de los cementos y de las fibras artificiales.

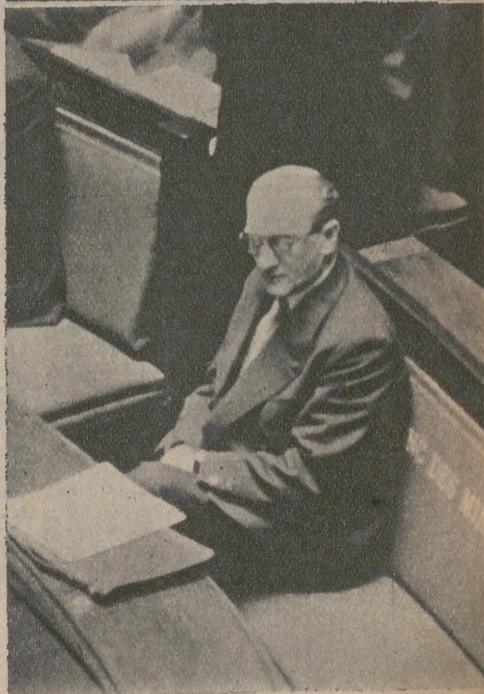
Entre los corros circula la noticia de que Butler va a suceder provisionalmente a Eden. En las caras sombrías de los bolsistas, el nuevo nombramiento parec abrir esperanzadoras perspectivas, ya que el nombre de Butler se le une a una política de concesiones en el plano internacional, en el sentido de hacer volver otra vez el perdido petróleo del Oriente Medio, por los caminos del mar a Europa.

Esta noticia, que haría esperar una elevación de la Bolsa, no tiene todavía arraigo firme. Al acabar la sesión, no solamente la casi totalidad de la industria francesa presenta una amenaza casi inmediata de paralización por falta de abastecimientos primarios, sino que grupos, tales como las industrias pesadas de la nación francesa —siderurgia, automóvil, química y textil— presentan una baja de nada menos que del 35 por 100 con relación a la sesión de Bolsa del viernes anterior. Esta baja, que no va a encontrar hasta ocho días después una cierta detención, ante la promesa de una ayuda americana, en el ser-

tido de próximos envíos de petróleo en el cuadro de la O. E. C. E., representará la pérdida diaria en la renta nacional francesa de cerca de 25.000 millones de francos.

Antes todavía que la Bolsa francesa, la Bolsa de Londres acusó más duramente el golpe. Quiérase o no, la Bolsa inglesa aspira, en un pretendido deseo, a marcar el imperativo económico. Esto, por lo menos, sucedía antes de la guerra europea de 1939, porque

Guy Mollet, jefe del Gobierno francés, se sienta en el banco de la Asamblea Nacional. En el aire cargado de la Cámara está latente el problema del canal de Suez



ahora, bien a pesar suyo, el centro financiero del mundo está al otro lado del Océano, en la alta ciudad de los rascacielos, en la neoyorquina calle de Wall Street. El anuncio de las operaciones militares anglofrancesas en Egipto, no seguidas de una victoria militar rápida y contundente, ha paralizado en la Bolsa londinense la apresurada euforia que dió motivo a que en los dos primeros días de acontecimientos subieran las acciones. Aquí, la catástrofe ha tenido junto al negativo signo material, el abrumador peso de lo moral. Valores que en aquellos días subieron el 100 por 100, han bajado casi también el 100 por 100 ocho días después. La empresa guerrera en que Eden embarcó a Inglaterra ha supuesto para la nación británica una pérdida diaria en su renta nacional de casi diez millones de libras.

Estas eran y son las noticias, expresadas en millones de francos y de libras, que demuestran, mejor que ninguna otra palabra, cómo los barómetros de las Bolsas parisina y londinense se han estremecido ante el conjunto de operaciones militares en que sus Ejércitos se han visto encargados por obra y desgracia de los acuerdos secretos de sus dos jefes de Gobierno.

FRANCIA, ESCASEZ Y ALZA DE PRECIOS

El viernes 23 de noviembre, a mediodía, el locutor de la radiodifusión francesa anunciaba que M. Guy Mollet, jefe del Gobierno de Francia, iba a dirigir la palabra a los oyentes para «ciertas advertencias necesarias del momento».

M. Guy Mollet se dirigió —¡quién lo creyera!— principalmente a las amas de casa. Y les ha hablado nada menos que sobre los acaparamientos alimenticios:

—Cuanto se ha tratado de insinuar es ridículo, puesto que el Gobierno no sabe dónde ni cómo vender, de abundantes, los excedentes de azúcar de la Unión Francesa.

El presidente del Consejo pedía a las amas de casa que conservasen su sangre fría y no compraran azúcar.

Pero empieza a sentir Francia —como rechazo de la crisis del petróleo— la crisis de la alimentación.

Un día antes, el jueves 22, M. Pécastaing, consejero municipal, ha preguntado al prefecto del Sena cuáles serían las medidas de seguridad para que no falte pan a los parisienses. Porque los parisienses, desgraciadamente, bien sabían que los panaderos utilizan para la cocción del pan lo que los franceses llaman «mazout», que no es ni más ni menos que un residuo del petróleo. La operación militar de Suez trae como consecuencia que el aprovisionamiento de este combustible para los industriales del pan va a ser disminuído en una cuarta parte conforme a su último pedido mensual, pedido que presenta la circunstancia agravante de que es tres veces menor que el normal, ya que el mes de octubre es, precisamente en París,

el mes de menor consumo de pan del año, incluidos los meses de verano. Los parisienses, uno por uno, y con más preocupaciones directas que el propio consejero municipal, quisieran saber no sólo la respuesta, sino las ventajas en materia panificable de las lejanas operaciones militares del Oriente Medio. Mientras los soldados de la Unión Jack reparten pan entre la hambrienta población de Port Said, las estanterías de las panaderías francesas ven disminuir, en volumen tangible, sus existencias comestibles.

Siguen los inconvenientes. La tercera semana de noviembre presenta el más alto nivel de precios al por menor de París en los principales artículos alimenticios, con la particularidad en el alza de que el precio de la carne, la mantequilla y las patatas se eleva casi en más de un 50 por 100.

Y por último, las verduras. La «Halles» parisienses son los merca-



El ministro francés de Relaciones Exteriores M. Pineau

Jos centrales de la capital francesa; mercados en el mismo corazón de la ciudad, que ven por la noche descargar camiones y camiones de verduras, llegados por todas las carreteras de Francia. En la semana que va del 19 al 26 de noviembre, la entrada de camiones con frutas, verduras y hortalizas se ha reducido en un 40 por 100. «¿Es que no producen los campos?», preguntaría un extranjero. «No, señor; lo que pasa es que estamos "arreglando" lo del canal de Suez», contestaría un francés. Consecuencia en las verduras: escasez y alza de precios. Este es el arreglo que han visto los parisienses.

Cuando el coronel Nasser inició su maniobra de nacionalización del Canal, los intereses económicos anglofrancesas amenazaron con una serie de sanciones económicas, entre las que figuraban la de suspender las compras de algodón egipcio.

Jueves 29 de noviembre. Un mes largo del comienzo de las operaciones anglofrancesas para restablecer el control del Canal. Consecuencia: suspensión forzosa, quiérase o no, de la compra de algodón egipcio. La anterior amenaza de no adquisición de este producto en Egipto iba, según los autores de la advertencia, unida a la compra masiva de algodón en los Estados Unidos. Pero esta compra de algodón en los Estados Unidos no se tuvo en cuenta al lanzar los Ejércitos transportados por mar y aire contra los soldados egipcios, defensores del Canal. Y ha sucedido que la industria textil inglesa ha visto reducirse, por falta de materia prima, en tan sólo el breve espacio de quince días, su producción de textiles de algodón en nada menos que casi 1.000 toneladas diarias, entre hilados, tejidos, géneros de punto y especialidades de algodón. Esto por lo que respecta a la industria textil inglesa, con la consiguiente imposibilidad de cumplir pedidos de mercados exteriores y la amenaza de perderlos ante otros países europeos con medios y productos, dispuestos para sustituir a la mercancía sobre la que pesa la prohibición de compra.

En la semana que va del 11 al 18 de noviembre, Siria y Líbano rompen sus relaciones diplomáticas con Francia e Inglaterra. Desde el punto de vista diplomático, la ruptura no preocupa, esa es la verdad, a casi ningún súbdito de estas dos naciones europeas; pero desde el punto de vista económico, hay muchos comerciantes que sufrirán las consecuencias. Sobre todo, comerciante y fabricantes franceses, ya que Siria y Líbano eran casi con exclusividad centros consumidores de los productos fabricados en el país galc. La ruptura de relaciones diplomáticas supone no sólo también la ruptura de relaciones económicas, sino que, además de la pérdida total del mercado, la pérdida en lo que va hasta el final de año de más de 600.000 millones de francos en mercancías ya fabricadas y dispuestas para la exportación.

Pero todavía los contratiempos económicos en aquellos mercados no han terminado. Inglaterra pierde en aquella zona grandes esferas de influencia de la libra. No es sólo Egipto el que desde la segunda quincena de agosto no admite el pago de mercancías que a él se le quieran comprar en libras esterlinas, negativa que supone para Inglaterra una correspondiente pérdida de crédito en el ámbito monetario internacional, sino que son países adheridos moral o materialmente a Egipto los que siguen la misma medida. El Oriente Medio se escapa del área de la libra, sin que Inglaterra, a pesar de sus soldados, de sus barcos, de sus aviones y de sus novísimas armas automáticas, pueda evitarlo.



Un grupo de soldados ingleses muestra su alegría al recibir la orden de regresar a su patria, después de intervenir en las operaciones militares de Port-Said

UNA BOMBA EN LA EXPANSION INDUSTRIAL EUROPEA

En el Consejo Municipal del jueves 22 de noviembre, el prefecto del Sena declara que la escasez de carbón en la capital de Francia se debe únicamente a un problema de distribución. El prefecto se cree en el deber de hacer una llamada a la comprensión y al civismo de la población, y se pronuncia contra todo movimiento de pánico.

—En este momento, en que el país está inmerso en graves acontecimientos exteriores, ciertos sacrificios deben ser soportados con patriotismo en un interés general para franquear una situación difícil.

Esto dice el prefecto del Sena al Consejo Municipal y a los vecinos de París. Pero los vecinos de París pueden decir al prefecto del Sena y al Consejo Municipal que más del 40 por 100 de los comercios de carbón están cerrados, aun cuando sea con carácter temporal, como afirma M. Pelletier, y que se están ya haciendo los trámites necesarios para volver a poner en marcha el régimen de racionamiento del negro material calorífico a base de bonos y de cupones, como en tiempos de la más dura guerra.

Falta el carbón en Francia y falta el carbón porque no se puede traer, debido a que las importaciones americanas de carbón que se han solicitado y acordado no pueden ser realizadas al ritmo deseado, ya que no hay, ahora, en los Estados Unidos, vagones libres de carbón suficientes, y, por otra parte, a que las instalaciones portuarias francesas no permiten un aumento veloz en la recepción de tal mercancía, porque las grúas y máquinas que pueden intervenir en la descarga, funcionan a una tercera parte de su ritmo normal,

como consecuencia del racionamiento de combustible energético.

M. Jean Raty, presidente de la Cámara Sindical de la Siderurgia francesa, declara, el mismo día que hablase el prefecto del Sena para disculparse de la inexistencia de carbón en las expediturias parisienses, que «las Sociedades siderúrgicas deben solicitar urgentemente de los Poderes Públicos se les conceda orden de prioridad en el abastecimiento de combustibles y de coque, toda vez que si esto no se realiza, habrá que reducir el ritmo de producción actual en un 40 ó 50 por 100, con la consiguiente repercusión negativa en toda la gran gama de la industria francesa».

Carbón y siderurgia. He aquí dos factores cuya paralización han hecho detener el ritmo de la expansión industrial europea, en curva ascensional desde la aplicación del Plan Marshall; ritmo al que la operación Eden-Mollet en el Oriente Medio ha puesto la oscura palabra con que se acaban todas las cintas cinematográficas.

LA ABSURDA ECONOMIA DEL ALCOHOL

El «Boletín Oficial» francés del 21 de noviembre prohíbe la exportación del alcohol éilico hasta el 30 de abril de 1957. Esta decisión ha sido tomada con el fin de destinar la totalidad de alcohol industrial disponible en Francia a la fabricación de carburante ternario, con el fin de prolongar las existencias de gasolina.

Esta medida implica nada menos, en el supuesto de que los fabricantes no suban, como parece ser que pretenden hacerlo, los actuales precios del alcohol etil-

co, que el aumento del precio de la gasolina sea diez veces más que el actual, toda vez que una caloría-petróleo cuesta diez veces menos que una caloría-alcohol. Asimismo, opinan los mismos economistas franceses, no tiene sentido desarrollar la producción de alcohol para destinarlo a sustituir a la gasolina y restringir, por tanto, los créditos que pueden ser utilizados en sondeos petrolíferos en Francia y en la Unión Francesa, sondeos hacia los cuales, sobre todo los del petróleo del Sahara, Francia mira, en una disputa con Marruecos, como el náutaba salvadora.

En el aspecto del alcohol, se han lanzado en estos días por los propios franceses las más duras críticas. Y así se dice: «En 1950, año record, el Estado compró 5.100.00 hectolitros de alcohol. De estos hectolitros, 1.200.000 fueron utilizados en el consumo doméstico, en la industria de la perfumería, en productos farmacéuticos y en la industria química; 3.900.000 hectolitros fueron exportados a bajo precio o utilizados para la producción de energía, lo que costó al Estado 33 billones de francos. Si en lugar de comprar alcohol, el Estado hubiese comprado y almacenado con estos treinta y tres billones, gasolina, Francia podría disponer ahora, no de los escasos cuatro millones de hectolitros de alcohol, sino de veintiocho millones de hectolitros de gasolina, que permitirían hacer, durante el largo espacio de siete meses, el normal consumo que de este combustible necesita Francia para todos sus usos cotidianos».

EL AUTOBLOQUEO DE LA GASOLINA

Anuncio en «Le Figaro» del 23 de noviembre: «LA SED DE GA-

SOLINA.—Esta será, decididamente, la enfermedad occidental del invierno. ¿El remedio? Todos aquellos para los cuales rodar por calle o carretera es una necesidad vital deben cambiar su vehículo por una «Vespa»: dos litros en cien kilómetros, y la libertad. Diríjase desde hoy a la Casa de la «Vespa», rue Lauriston, 94, que os la enviará rápidamente. Nueva o de ocasión, garantizada. Quince meses de crédito. Pero es prudente hacerlo con rapidez.»

Este anuncio perdido en una esquina de la página 15 de «Le Figaro», significa, ni más ni menos, que la herida de muerte de la industria europea del automóvil. Sobre la industria del automóvil está basado, en gran parte, el positivo desarrollo industrial de Europa. El desembarco anglofrancés en el Oriente Medio ha ignorado, a lo que parece, esta vital premisa económica. Y lanzada la operación militar, los mismos disparos que llevaban por blanco el canal de Suez hacían diana en las fábricas de automóviles francesas e inglesas.

Otro anuncio: «L'Aurore» del mismo día. Esta vez, el anuncio es oficial: «Por orden de la Prefectura de Policía, queda prohibido todo depósito de gasolina, de petróleo, de bencina o de alcohol en casas particulares y en todos aquellos locales de vivienda, cuevas, subterráneos, garajes particulares o cobertizos, lo mismo que en balcones y terrazas. Las reservas podrán ser toleradas siempre que en los locales de viviendas se utilicen estos líquidos para usos domésticos, pero no podrán, en ningún caso, sobrepasar la cantidad total de cinco litros.»

La nota anterior va encaminada hacia lo que pudiéramos llamar «circulación interior y doméstica de la gasolina». Por lo que respecta a la circulación externa, el ministerio de Obras Públicas de Francia publica la siguiente estadística: «Sobre la ruta nacional número siete (Fontainebleau), reducción de un 50 por 100 en la circulación automóvil; sobre la ruta nacional número cinco (Béln), reducción de un 30 por 100; sobre las rutas nacionales número tres (Meaux), número 19 (Provins-Troyes), número 34 (Sezanne-Nacy), reducción de más de un 50 por 100; sobre la ruta nacional número seis (Chalons-Maçon), reducción de un 28 por 100; a la salida de Lyon, reducción de un 17 por 100; a la salida de Toulouse, reducción de un 25 por 100; a la salida de Burdeos, reducción de un 40 por 100.» Comentario de los periódicos: «Menos mal que el drama de la circulación ya está resuelto.»

Inlaterra ve igualmente disminuir su circulación rodada, como consecuencia de la escasez de gasolina. Los alegres fines de semana se pasan hoy en el mismo piso de la ciudad; tan sólo en los domingos, las carreteras inglesas, que hace nada más que un mes se veían llenas de vehículos de turismo, son hoy recorridas por los urgentes transportes de camiones.

Este es el panorama actual en el terreno económico de Inglaterra y Francia; países, hoy, a los que puede aplicarse la frase de Mendes-France en plena Asamblea: «Francia es el único país que se ha bloqueado a sí mismo.»

José María DELEYTO



Molotov vuelve a escena. Partidario fiel de Stalin, recuerda a Krustchev y Bulganin el haber abandonado la política de «mano dura» para los pueblos de influencia soviética.

AJUSTE DE CUENTAS EN EL MUNDO COMUNISTA

Al mismo tiempo que las botas claveteadas de los soldados soviéticos llenan de ruidos alarmantes los territorios fronterizos de la Europa libre, en el Kremlin también se producen rumores sospechosos.

Por un lado se refuerzan las guarniciones rojas frente a Yugoslavia, se aumentan los efectivos militares en Rumania y una flota de aviones «Mig» levantan el vuelo precipitadamente para posarse en la tierna tierra de Bulgaria. Por otro lado, en Moscú, los políticos se mueven nerviosos, con la misma agitación que reina en los hormigueros, al acecho unos de otros, atentos siempre a las maniobras de cada uno.

Sucede que mientras las unidades blindadas toman posiciones en la línea de cobertura, a todo lo largo del «glaci» defensivo formado por los países satélites, tres grupos poderosos afilan sus armas en Moscú para echar mano al Poder.

Intrigan, por una parte, los seguidores de Stalin, los ortodoxos partidarios de los modos y maneras del dictador desaparecido, capitaneados por Molotov, Suslov y Kaganovich. En oposición a este grupo está el equipo que pretende consolidar sus ac-

tuales posiciones en el Kremlin, dirigidos por Krustchev, Bulganin y Chepilov, detractores de la obra stalinista. Los terceros en discordia son los devotos de Mikoyan y Yukov, este último el mariscal más popular de la guerra, defensor de Moscú, áspero y duro, inédito hasta ahora en las lides políticas.

No sólo por la apetencia de mando, sino para evitar que los demás los eliminen, una guerra sorda, sin cuartel, sin tregua, tiene lugar en estas horas bajo las cúpulas orientales del palacio-fortaleza del Kremlin. Una guerra abundante en episodios y fértil en consecuencias desde que las primeras salvas se dispararon en la plaza Roja de Moscú, a la vista del cadáver hinchado del dictador Stalin.

«PUEBLOS, RENDIOS»

Los cabecillas soviéticos rompen las hostilidades entre sí en presencia del cuerpo aún caliente de Stalin. La muerte del amo absoluto de todas las Rusias, figura clave en el sistema soviético, es el toque de llamada para iniciar la batalla. Pronto deja Beria la vida en manos de sus enemigos, aterrorizados éstos ante la posibilidad de que el perso-

EL SEÑOR «NIET»

naje se erigiera también en despota absoluto.

Es Malenkov quien recoge las riendas del Gobierno y promete ciertas libertades y mejoras al sufrido pueblo ruso, a costa de sacrificar la industria pesada; es decir, la producción de cañones, que eran el respaldo de la acción exterior de la U. R. S. S. Se mantiene poco tiempo y a partir de su caída, la dictadura roja se queda sin cabeza. Con la idea de llenar el vacío, se monta un sistema de «mando colectivo», sin la autoridad omnipotente de un solo jefe. Esta falta de dirección individual, aumenta aún más las diferencias entre los grupos que merodean en torno al Kremlin. La guerra en los despachos alfombrados del palacio-fortaleza se enciende cada hora que pasa.

Los acontecimientos de Polonia y de Hungría unidos a las punzadas hirientes de Tito desde su castillo yugoslavo, suministran suficientes argumentos y dinamita para alimentar la batalla, porque los asuntos en los espacios soviéticos marchan rematadamente mal.

Con una espada bien afilada suspendida sobre sus cabezas, los gerifaltes rojos se disputan el Poder, sabiendo que sus propias vidas están comprometidas en el juego. En tales circunstancias, Rusia se ve obligada a hacer cara al fracaso de su sistema imperial y de su política económica.

El fenómeno que las naciones libres están presenciando en estas horas es la pérdida del equilibrio del gigante rojo. Y lo más peligroso para el mundo es que la U. R. S. S., sacudida por el gran desastre que padece, no tiene otro alivio que practicar una política de fuerza y de intimidación.

«Pueblos, rendíos», pregonaba muy ufano el Zar Nicolás I, tras ahogar en sangre húngara la revolución de Kossuth. Ahora dirá Bulganin: «Húngaros, aceptad la servidumbre». La analogía entre el Monarca de ayer y el dictador de hoy es completa.

El sacrificio de la nación magiar ha demostrado que los regímenes impuestos en los países satélites son artificiales y vacíos. Que la educación marxista y leninista no tiene poder de captación entre los obreros. Que las fuerzas militares de las naciones sometidas, con cuadros de mando seleccionados dentro de los partidos comunistas, se han vuelto contra los presuntos maestros soviéticos. Tales desastres han echado por tierra las bases establecidas por el Kremlin para relacionarse con los satélites. Rusia no puede contar en esta hora nada más que con sus propias divisiones blindadas.

Los acontecimientos de Hungría han disipado las ilusiones que algunos alimentaban aún sobre la capacidad del comunismo para fundar un Estado viable en cualquier país con historia que haya conocido la independencia.

De este fracaso soviético y de la guerra abierta que se desarrolla en el Kremlin son buen ejemplo los acontecimientos que van a relatarse

De entre las bambalinas de la política de Moscú acaba de saltar a escena un personaje arrinconado: el camarada Molotov. Se dice de este viejo stalinista, antiguo ministro de Asuntos Exteriores, que es como la capucha de esos barómetros fraillunos; en cuanto se pone en movimiento hay indicio seguro de la proximidad de una borrasca. No es mala la comparación. El mes de junio último, Tito va a Moscú en visita oficial, y días antes, Molotov tiene que retirarse del ministerio de Asuntos Exteriores. Ahora se envenena la disputa entre los soviéticos y el jefe del partido comunista yugoslavo, y el camarada Molotov vuelve a escena.

Molotov es también conocido por el apodo del señor «Niet», es el prohombre del veto, de la «guerra fría», de la intransigencia y de los desplantes al mundo occidental. Pasa a desempeñar en estos momentos las funciones de ministro de Control del Estado. Hasta ahora su cargo era el de primer vicepresidente del Consejo, con rango semejante, al menos teóricamente, al de Kaganovich y Mikoyan.

La misión del camarada Molotov será muy compleja. Tiene que supervisar los gastos de los distintos Departamentos, vigilar la gestión de ellos, comprobar la ejecución de los decretos gubernamentales. En materia económica las atribuciones de Molotov pueden ser de gran trascendencia. Este Ministerio dispone en todo el territorio de la U. R. S. S. de Policía propia y ha jugado un

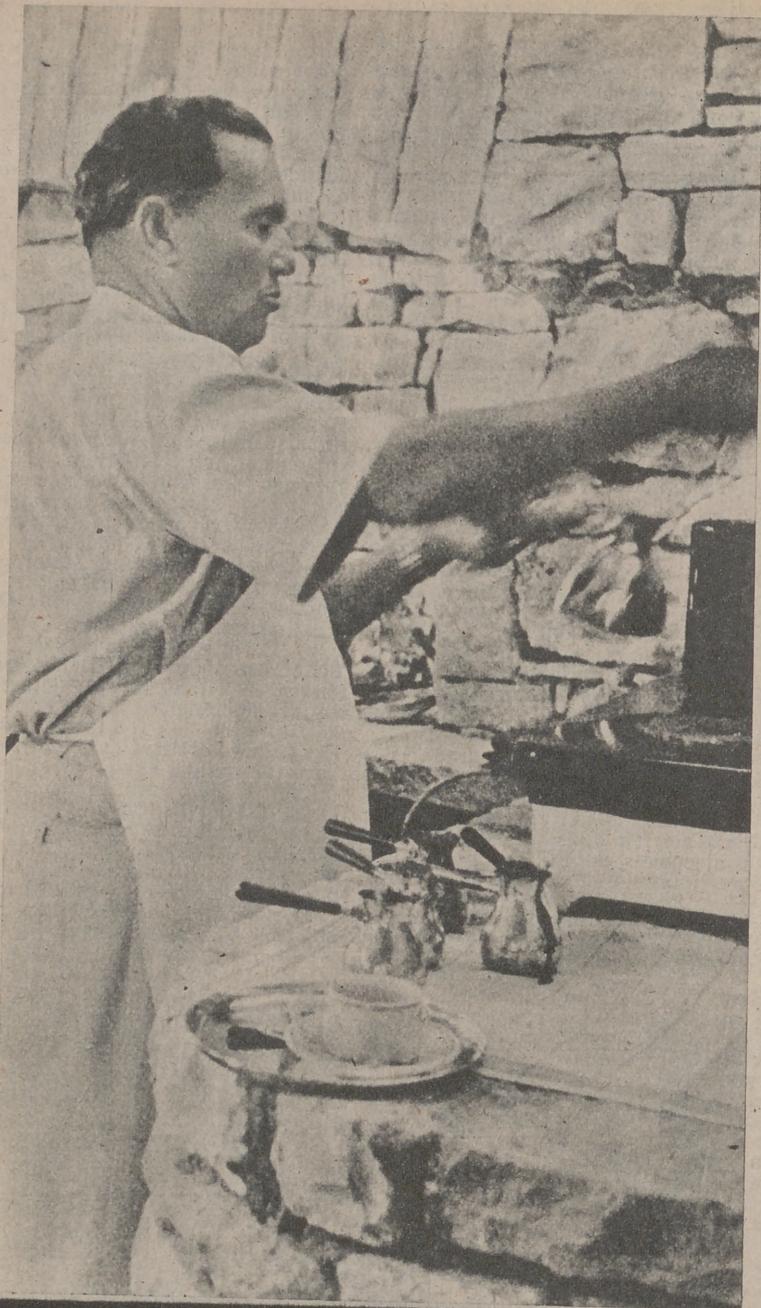
papel importante siempre que al frente de él se ha puesto una personalidad influyente. Así sucedía cuando el general Merkulov, brazo derecho de Beria, ostentaba esa cartera desde 1950 a 1953. Basta decir también que José Stalin fué ministro de Control del Estado durante tres años, antes de subir al Poder en 1922.

En manos de un hombre enérgico y autoritario, como lo es Molotov, el nombramiento es importante para imponerse a toda la administración y someterla a la disciplina del partido comunista, por cierto, muy relajada a raíz de la muerte de Stalin.

Esta repentina aparición en escena del antiguo ministro de Asuntos Exteriores viene a poner en evidencia el movimiento pendular que agita al Kremlin y es también una concesión al grupo stalinista. Parece que ha sonado en Moscú la hora de la vuelta al primer plano político de los hombres «duros». Para Molotov y su equipo puede representar el nombramiento un paso adelante, una posición conquistada. Aunque el centro de gravedad del Poder cae todavía del lado «centrista», de Krustchev y Bulganin, los acontecimientos de Polonia y de Hungría, las relaciones con los países satélites, son muy capaces de romper el equilibrio. Pues llegado el momento de hacer balance de cuentas, tanto Krustchev como Bulganin no pueden presentar otro saldo que el fracaso de su política en relación con los pueblos dominados en Europa. Esta pareja de dirigentes es responsable de haber conducido a Rusia hasta un punto y hora en que la U. R. S. S. puede perder



Krustchev: «Tengo que desenmascarar a todos aquellos que pretenden suscitar la discordia entre los países socialistas»



Tito no es hombre que se muerde la lengua. Su discurso en Pola fué una repulsa a la política rusa de represión en Hungría

todas las conquistas militares de la pasada guerra. La rebelión de los satélites y la actitud insolente de Tito son las mejores pruebas acusatorias.

MOSCU-BELGRADO, UN «MATCH» EN DOS TIEMPOS

En efecto: no han sido otros sino Krustchev y Bulganin los que firmaron la paz con Tito el pasado año de 1955. El yugoslavo pasó a Moscú la cuenta de todos los perjuicios ocasionados a su país por la política rusa y obtuvo el reconocimiento oficial de su postura independiente. Esta consagración del titoísmo, considerado hasta entonces como la más demoníaca de todas las herejías, iba a ser pródiga en consecuencias. Abría la puerta al «comunismo nacional», que es el que acaba de triunfar en Polonia y que es el mismo que el húngaro Nagy invocaba para justificar su

política en los días de la rebelión.

Krustchev y Bulganin pecaron de falta de visión al confraternizar con Tito; creían que era posible otorgar una autonomía limitada a las naciones esclavizadas y olvidaban que un pueblo que vislumbra la independencia la reclama entera. Al enviar los tanques a Budapest, Bulganin y Krustchev daban marcha atrás a su política de contemporización. Tal reconocimiento de sus errores proporciona las mejores armas al grupo stalinista que ronda alrededor del Kremlin para hacerse con el Poder. La facción militar también se solivianta para defender el sistema estratégico montado sobre los países satélites, y que la mano «blanda» de la pareja soviética, su improvisación, está a punto de desarticular.

Tito no es hombre que se muerde la lengua. Al ser testigo de la vuelta a los principios stalinis-

tas por parte de Moscú, al comprobar la represión soviética en Hungría, pronuncia un discurso fulminante el domingo, día 11 de noviembre, en Pola.

El dictador yugoslavo arremete en esta ocasión contra los dirigentes del Kremlin y juzga la acción rusa en Hungría como un «error fatal» y como un «terrible golpe bajo al socialismo». Crítica a la política soviética por sus manejos para sojuzgar a Polonia. No termina con esto. Hace un llamamiento vibrante a todos los titoístas de la Europa oriental para que se mantengan alerta contra las agresiones de los stalinistas.

La reacción soviética no se hace esperar. Es el mismo Krustchev quien inicia al contraataque, con motivo de una recepción ofrecida al polaco Gomulka durante su visita a Moscú:

—Tengo que desenmascarar a todos aquellos que pretenden suscitar la discordia entre los países socialistas y que hacen juicios y pronósticos sobre la conducta que han de seguir éstos. Todo el que sitúa en primer plano su experiencia personal o intenta imponer sus ideas y métodos personales, adopta una postura contraria a los principios del marxismo y del leninismo, así como a las normas del internacionalismo socialista.

El diario «Pravda» saca a reducir su más detonante artillería para fulminar a Tito: «El discurso del dictador yugoslavo contiene declaraciones que, por su forma y por su fondo, están en contradicción con los principios proletarios y con la solidaridad internacional de los obreros.» Más párrafos del periódico oficial del Kremlin: «Tito abre una polémica violenta con quienes aseguran que Yugoslavia ha influido criminalmente en los altercados del orden público que han tenido lugar en Polonia y en Hungría.» Se escribe también en «Pravda»: «El discurso de Tito manifiesta claramente una tendencia a inmiscuirse en los asuntos privativos de otros países comunistas. Su tentativa de dividir a los partidos comunistas en stalinistas y opuestos a esos principios no conduce a otra finalidad que a romper la cohesión de los partidos comunistas en el interior y a quebrantar el movimiento comunista internacional...»

Esta polémica es un auténtico ajuste de cuentas entre dos facciones comunistas, con todas sus lacras respectivas expuestas a la luz del sol, con reconocimiento de los errores de un bando y otro. Es un certificado público de unos sistemas que hacen agua no sólo en sus relaciones externas, sino también en su más íntima estructura. De que esto es así, de que falla toda la armazón comunista, da fe, en la misma Yugoslavia, la detención del apuesto y atildado Mliovan Djilas, líder hasta hace poco tiempo de la oposición yugoslava contra Stalin y la U. R. S. S.

EL «DELFIN» DE TITO, EN PRISIONES

Si hay grietas y fisuras entre la U. R. S. S. y los países satélites, si entre Moscú y Belgrado hay quebras y hendiduras, tam-



El mariscal ruso Malinovski, que ha sucedido a Koniev en el cargo de comandante en jefe de las fuerzas de tierra



Imre Nagy, ex presidente del Consejo húngaro. es una incógnita en el futuro de su pueblo. El confiado político creyó en la palabra de Moscú

poco Yugoslavia escapa al fracaso general que se ha enseñoreado de los regímenes comunistas. En el país de Tito existen también facciones que, a escala más reducida, reproducen las maniobras y las fintas que se desarrollan en el Kremlin.

Milovan Djilas, antiguo vicepresidente del Consejo, que en 1954 cae en desgracia por apuntar la necesidad de una reforma del régimen de Tito, es arrancado de su domicilio en la tarde del 19 de noviembre, a las doce y media en punto. A esa hora se presenta en su casa el juez Nikolic, acompañado de cuatro agentes de la Policía secreta (U. D. B. A.).

—Traemos autorización para registrar el piso.

Dos horas duran las pesquisas y, transcurrido ese tiempo, los agentes ordenan a Djilas que se ponga el abrigo para ser conducido a la prisión del Estado. Fuera, un temporal de nieve envuelve materialmente a Belgrado.

La acusación contra Djilas es por un delito de propaganda, que pone en peligro la seguridad del Estado. El comunista yugoslavo estaba entonces apartado de toda actividad pública. Habitaba en un modesto piso en unión de su mujer y de su hijo único. Esta reducida familia vivía en la miseria, pues a él se le había retirado incluso la pensión de ex ministro. Como ingresos contaba sólo con la asignación correspondiente a la medalla militar ganada durante la guerra. Únicamente la mujer estaba autorizada para trabajar y el pequeño jornal que ésta ganaba impedía la muerte por inanición del matrimonio y del hijo.

Pocos días antes de su detención, Djilas acababa de escribir un libro apolítico sobre su región natal de Montenegro, pero ningún editor se atrevió a publicarlo por no incurrir en la desgracia del Gobierno. Condenado al os-

tracismo, la mayor parte del tiempo la pasaba Djilas encerrado en su habitación leyendo la Prensa extranjera que caía en sus manos. Últimamente, confiando en la atenuación de los rigores del régimen, había escrito unos artículos que se publicaron en el semanario norteamericano «New Leader». Era esto bastante para ingresar en prisión.

Djilas hizo públicos párrafos como éste: «El primer deber de una democracia socialista es garantizar que nadie será perseguido por sus ideas. Antes pensaba que el partido comunista permitiría la libertad de discusión, pero ahora ya veo que esto es imposible. La herida infligida al comunismo por la revolución húngara no podrá cicatrizar jamás. Esta revolución ha abierto un camino que emprenderán, antes o después, el resto de las naciones comunistas.»

Para Tito era una amenaza



Milovan Djilas, ex presidente de la Asamblea Nacional yugoslava, recientemente detenido en Belgrado



Gomulka, el «hombre rehabilitado» Polonia, acata la «fórmula» de Moscú

Djilas, una sombra inquietante a su lado, y lo ha puesto fuera de combate con la misma técnica y modales que los odiados stalinistas ponen en juego en Rusia.

El propio biógrafo del mariscal rojo Tito se ha sonrojado al conocer la medida arbitraria del dictador yugoslavo. Y así Vladimir Dedijer envió una carta abierta a la Prensa de este país calificando de «injusta y perjudicial» la detención de Djilas, el malogrado «delfín» de Tito.

Y con igual sangre fría que el mariscal yugoslavo daba su golpe de mano en Belgrado sobre su antiguo rival político, así Moscú, casi al mismo tiempo, raptaba a Imre Nagy y a 42 refugiados de la Embajada de Yugoslavia en Hungría. Son los mismos principios morales los que rigen la actuación de los comunistas de

Moscú y de Belgrado, la misma ausencia de escrúpulos e idéntica falta de respeto a la dignidad humana. Es en esto donde no se producen diferencias ni diversidades dentro del bloque comunista.

UN AUTOBUS CAMBIA DE ITINERARIO

La acción esta vez tiene lugar en la avenida Stalin, de Budapest, junto a la verja de la Embajada yugoslava. Fecha, el jueves 22 de noviembre de 1956.

Al anochecer, un autobús del Ministerio de Seguridad Pública se detiene ante el edificio de aquella representación diplomática. Las puertas del inmueble se abren y sale en cabeza Imre Nagy con sus compañeros refugiados allí y, además, quince mujeres y diecisiete niños. El jefe del Gobierno «titere» de Hungría había dado garantías por escrito de que ninguna medida se adoptaría contra esas personas.

Tan pronto como los refugiados toman asiento en el autobús, dos coches soviéticos se colocan delante y atrás. El convoy se pone en marcha en dirección al Ministerio del Interior. En otros dos vehículos va personal de la Embajada yugoslava.

Alcanzado el Ministerio citado, los coches soviéticos son sustituidos inmediatamente por dos automóviles blindados, que conminan al conductor del autobús a seguirles. En este momento intervienen los diplomáticos yugoslavos para hacer ver a los oficiales rusos que se trata de un acuerdo convenido entre dos Estados: Yugoslavia y Hungría, y que, por tanto, ninguna otra potencia puede intervenir.

En un tono que no admite controversia, los soviéticos responden que esas son cuestiones que no les afectan y que ellos se limitan a cumplir órdenes. A pesar de las protestas airadas de los yugoslavos, el autobús se aleja hacia un destino desconocido, llevando a bordo a esos hombres, a esas mujeres y niños que miran con terror, pidiendo silenciosamente el milagro que les libere.

El Gobierno de Budapest da su versión de los hechos: «El ex presidente del Consejo, Imre Nagy, y algunos de sus amigos habían solicitado el 4 de noviembre a la Embajada de Yugoslavia el derecho de asilo. Este derecho expiraba el 22 de noviembre. Hace más de dos semanas, Imre Nagy y sus amigos solicitaron del Gobierno autorización para salir de Hungría e ir a otro país socialista. Con la aprobación del Gobierno de la República Popular rumana, Imre Nagy y sus amigos han marchado a Rusia el 23 de noviembre.» Ni una palabra más, ni una palabra menos.

El Gobierno de Belgrado reclama oficialmente contra esta «violación de las leyes del Derecho Internacional». El diario yugoslavo «Politika» escribe que «jamás la capital húngara ha sido presa de una excitación colectiva como la producida al conocerse la noticia del rapto de Imre Nagy.»

Muchas son las consecuencias que pueden derivarse de este nuevo delito de Moscú. Una de ellas: el Gobierno húngaro no pudo cumplir sus compromisos, porque su jefe, Kadar, es un juguete en manos del Kremlin. Otra: la acción soviética es una

prueba evidente de su ingerencia en los asuntos internos de Hungría. El rapto de Imre Nagy confirma indirectamente la larga serie de deportaciones de húngaros a territorio ruso. Más deducciones: para el Gobierno yugoslavo se han cometido tres violaciones: violación de sus relaciones amistosas con Hungría, violación de la firma de un documento oficial y violación del Derecho Internacional. Pero como dicen los castizos, ¿y todo esto, qué se le da a Rusia?

El episodio del rapto de Imre Nagy es uno más en la serie de bandazos que da Rusia en estos días víctima del equilibrio inestable en que se encuentra. Nagy en poder de ellos puede ser una baza importante sobre el tapete ensangrentado de Hungría. Sabe Moscú que el comunista húngaro se siente fuerte, puesto que los Consejos revolucionarios que mantienen la huelga en el país magiar invocan su regreso al Gobierno como presupuesto indispensable para llegar a un acuerdo.

Lo que el Kremlin puede intentar es «convencer» a Imre Nagy para volver al Poder, con el compromiso de sujetar al país a la voluntad de Moscú. Esto es lo fundamental para el Kremlin: terminar de una vez con la rebelión húngara y garantizar la permanencia soviética en las orillas del Danubio. Los rusos no pueden aceptar la neutralidad húngara que proclamó Nagy cuando había triunfado la revolución. Ello sería igual a la liquidación definitiva del Pacto de Varsovia, que liga a todos los países satélites con la política militar del Kremlin.

Moscú ha dado ya pruebas bastantes para dejar ver que no renuncia al sistema defensivo montado sobre los países satélites. Es esta la advertencia que se hace en Varsovia, cuando Gomulka se entrevista en el Belvedere con el embajador soviético, días antes del viaje del equipo del Kremlin a la capital polaca. Al mismo tiempo que se celebraban las conversaciones, las divisiones blindadas se ponían en movimiento desde su base de partida en Leignice. Gomulka se entera a tiempo de esta amenaza y acepta precipitadamente una fórmula de arreglo con Moscú. Se evitaba así el río de sangre de Hungría, pero se sacrificaba la independencia polaca.

Cuando Gomulka regresa del Kremlin de firmar el arreglo convenido bajo la amenaza de los tanques soviéticos, una gran muchedumbre le espera en la estación de Varsovia.

—Las relaciones rusopolacas deben mejorarse aún más, pues esto es una necesidad no tanto para Polonia como para nuestra poderosa vecina de Oriente.

Aquí, Gomulka reconoce públicamente la verdad: la sumisión de la patria a esa vecindad poderosa. Para garantizar el control del país polaco, Rusia se muestra incluso liberal al firmar los convenios con el jefe del Gobierno polaco. Se aviene a abonar a Polonia el valor total de todo el carbón obtenido a bajo coste desde el año 1946 a 1953 y se compromete también la U. R. S. S. a suministrar en 1957 un millón cuatrocientas mil toneladas de grano a crédito, y a conceder un

préstamo a largo plazo de setecientos millones de rublos para adquirir maquinaria. Al mismo tiempo, hay una nota humanitaria que acusa igualmente la esclavitud a que ha tenido sometida a la población polaca: la U. R. S. S. se obliga a repatriar a una parte del medio millón de polacos que fueron llevados a Siberia en 1939. La otra parte ha desaparecido hasta la eternidad.

LA TERCERA PARTE DE LA POBLACION SOVIETICA, MUERTA

Este asesinato en masa del pueblo polaco es una gota de agua entre los millones de víctimas que ha ocasionado el régimen soviético desde 1917. En el libro «La Transformación económica de Rusia», aparecido en el año 1914, Edmond Thery, director del prestigioso semanario «El economista europeo», calculaba con estadísticas fieles y desapasionadas que el crecimiento normal de la población en Rusia llevaría a este país a tener nada menos que 344 millones de habitantes en 1948. A razón, pues, de un aumento anual de tres millones, el total en 1956 debería ser de 368 millones de rusos. Descontando unos 31 millones de polacos y finlandeses, que cuando se hicieron los cálculos pertenecían al imperio de los zares, quedan 337 millones. Descontando también los 17 millones de habitantes perdidos durante la pasada guerra, según datos revelados por Stalin, quedarían 320 millones de almas en la U. R. S. S.

Pero tras quince años de silencio, alternados de mentiras y afa-gazas, Moscú da ahora una estadística oficial con 200 millones de habitantes. Restando aun de aquellos teóricos 320 millones algunos más por las víctimas de calamidades naturales que realmente son calamidades ocasionadas por el comunismo, y rebajando todavía unos millones de almas por el déficit de nacimientos, quedan de cualquier forma unos cien millones de rusos, en números redondos, que faltan a lista.

Dicho en otras palabras, Stalin y sus cómplices, los cuales se llaman Kaganovich, Krustchev, Molotov, Malenkov, Mikoyan, Bulganin o Vorochilov, han exterminado por lo menos a una tercera parte de la población soviética para mantenerse en el Poder. Tal es el balance demográfico del régimen de la hoz y el martillo.

LA ECONOMIA, OTRA QUIEBRA DEL COMUNISMO

Si la quiebra política de los sistemas comunistas es un hecho probado por los últimos acontecimientos, si para la demografía el comunismo conduce a esos resultados que sobrecogen el ánimo más templado, la economía no sale tampoco mejor librada, con el sistema soviético.

Se puede llegar a creer que Polonia y Hungría, Checoslovaquia y Rumania, Bulgaria y la U. R. S. S. han recorrido un camino común desde 1945. Al terminar la guerra, todos los satélites estaban obligados a hacer frente a difíciles problemas de reconstrucción. La comisión encargada de las reparaciones estimó los daños de la guerra en Polonia equivalentes a la suma de 2.118 dóla-

EL COMUNISMO FRANCÉS



Los bomberos de París tratan de sofocar el fuego producido en la sede del partido comunista por los manifestantes franceses que protestaron por la intervención rusa en Hungría

res por individuo, y en la U. R. S. S. igual a la cifra de 1.525 dólares, también por cabeza. El caos económico de esta situación hubiese sido lógico que se atacara con procedimientos idénticos y con mutua ayuda, dada la hermandad que se pregonaba entre los Gobiernos del bloque soviético. Pero la realidad no ha sido así.

La primera diferencia surge de la existencia de países considerados como vencedores y otros como vencidos dentro de la zona comunista. El primer caso es el de la U. R. S. S., Polonia y Checoslovaquia. Los vencidos son Alemania, Hungría, Rumanía y Bulgaria. Los unos tenían que hacer frente a difíciles problemas de integración territorial y los últimos estaban sometidos a pesadas cargas en beneficio de Rusia.

Al mismo tiempo se iniciaba en todos esos países un proceso socializador de muy distintos vuelos. Si Checoslovaquia y Polonia estatificaban la industria hasta el último extremo, Hungría empezó socializando solamente las minas de carbón y los centros de producción de energía. Simultáneamente se ponía en práctica la Reforma Agraria. En Hungría, todas las fincas de más de 1.400 acres se expropiaban y se daba a sus antiguos propietarios una superficie de 142. En Polonia la expropiación alcanzaba a las fincas de más de 125 acres y se hacían lotes de doce acres y medio. En todos los países satélites se procuró fomentar el corporativismo, pero los resultados expresan ya los primeros fracasos. En Bulgaria las 1.300 cooperativas creadas sólo abarcaban, en 1949, el 12 por 100 de la tierra de labor.

Todo esto origina la superposición de seis simultáneas formas de propiedad: empresas estatales, empresas mixtas propiedad del Estado y de particulares, empresas mixtas propiedad del Estado y de la Unión Soviética, compa-

ñías soviéticas y de otras nacionalidades, al mismo tiempo que compañías capitalistas y propiedades privadas en pequeño número. A este caos hay que añadir que se mantienen tres tipos básicos de organización de la producción: el «capitalista», en el comercio; el «socialista», en la industria, y de «propiedad privada en pequeña escala», en la agricultura, sobre todo.

Al pretender estos países planificar sus economías, transformar sus estructuras sociales, industrializarse, se vino encima un verdadero caos. El ambicioso plan polaco de seis años no resuelve el déficit de productos alimenticios, y se llega al resultado de que la pequeña mejoría industrial experimentada se debe tan sólo a la incorporación de la rica región alemana de Silesia. En Hungría se producen embotellamientos que atenazan a toda la economía nacional.

HUNGRÍA, VÍCTIMA DEL HAMBRE

Si en cada país satélite existen tan gigantescas dificultades económicas, éstas se agravan al trasladarse al plano del comercio exterior. Los pueblos de la Europa oriental habían montado sus economías, desde siempre, a base de un activo intercambio con las naciones industriales del resto del Continente. La sustitución era poco menos que imposible. Rusia, por su parte, al acaparar gran cantidad de bienes de consumo de los países satélites, ha originado verdaderos procesos de hambre y descontento, muchas de cuyas consecuencias han salido a la luz pública en estos días.

Ejemplos de todo lo anterior. En el barrio de Praga, situado más allá del Vístula, se alzan en Varsovia los edificios de la fábrica de automóviles «Zeran», orga-

nizada y dirigida por el Estado. En uno de sus últimos discursos, Gomulka, ha definido así la situación:

—Nosotros producimos a costes exagerados un pequeño número de automóviles de viejo modelo y que consumen una gran cantidad de gasolina.

Basados en este reconocimiento oficial del fracaso de la industria automovilística polaca, los ingenieros y obreros han decidido obrar sin la intervención desastrosa del Estado y trabajar por su cuenta. Siguiendo este ejemplo, muchas más fábricas polacas han montado su autogobierno interior para poder funcionar.

Antes de terminar con los talleres «Zeran» hay que apuntar que los rusos han gastado en su montaje nada menos que mil millones de zlotys y no se produce en ellos otra cosa que el viejo modelo «Probiada», de patente rusa, vuelto a bautizar bajo el nombre de «Varsovia».

La sublevación de los húngaros obedece, de un lado, a la esclavitud política a que se halla sometido el pueblo, y de otro, a la caótica situación económica, debida a la explotación de sus recursos en beneficio de la U. R. S. S. Cuando llega el día del alzamiento, en Hungría se registraba gran escasez de productos alimenticios, de combustibles, de primeras materias y de energía industrial. Por falta de carbón se habían suprimido muchos trenes y se habían cerrado muchas fábricas. No pudo suplirse el déficit por un aumento de la producción de petróleo. Buen número de pozos habían quedado inundados, y se calcula que la pérdida de este combustible equivalía por lo menos a un millón de toneladas de carbón al año.

La falta de materias primas cionaba casi exclusivamente con cionaba casi exclusivamente con mineral ruso, y el algodón y la pulpa de madera se tenían que

traer también de la U. R. S. S. Como no llegaban en cantidades suficientes, a causa de la propia escasez rusa, se ocasionaba el paro de un gran sector laboral. La misma falta de importaciones se registraba respecto al caucho sintético, el coque y los metales no ferrosos.

Moscú prometió a Hungría un empréstito para superar las dificultades y elevar el nivel de vida, pero la oferta no fué cumplida. Por otra parte, se censuraba a los comunistas por haber forzado a una rápida industrialización, sin condiciones para ella, lo que se traducía en el abandono de la producción agrícola y, como consecuencia, se ocasionaba la escasez de sustancias alimenticias.

EL «PARAISO» DE LOS SOVIETS

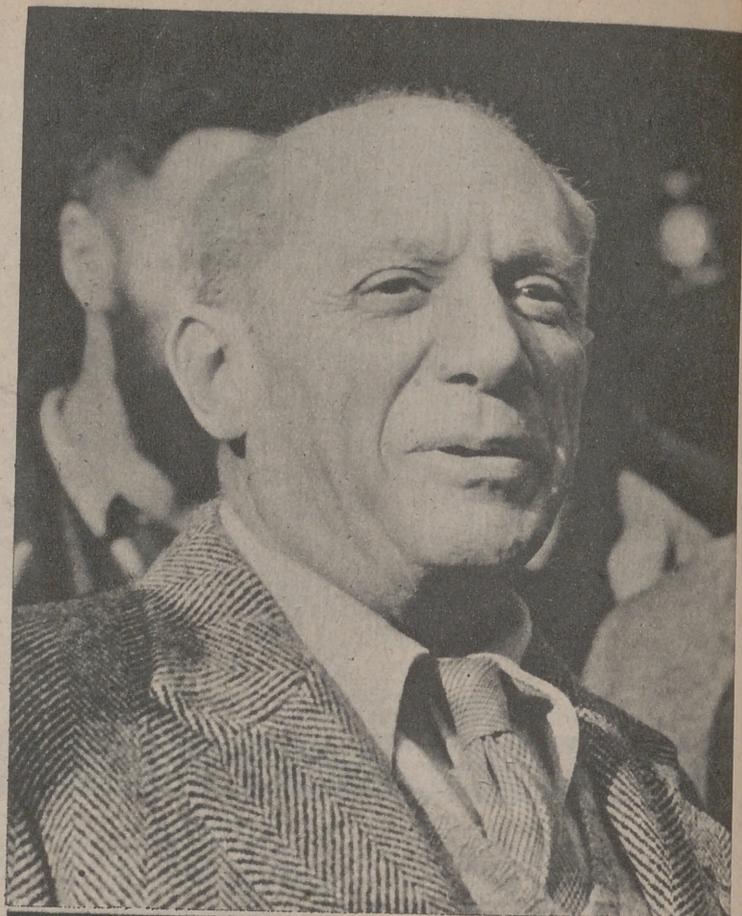
La situación en la misma Rusia no es mucho más risueña. El salario mensual de un obrero oscila entre 420 rublos y 600 rublos. Un obrero especializado alcanza los 1.050 rublos, cantidad igual a la que percibe un maestro, un médico de hospital o un ingeniero recién ingresado en una fábrica. Es decir, que considerando para Rusia un ingreso medio de 20 rublos diarios, hacen falta 40 jornadas de trabajo para adquirir un par de zapatos de vestir (800 rublos), y dos días para comprar un par de calcetines (41 rublos), y cuatro días y medio para una camisa de nope-lin (90 rublos). Y 155 jornadas completas de trabajo para comprar un abrigo de señora, que vale 3.200 rublos. Más de un año de jornal hay que tener para adquirir un dormitorio completo, que se vende al precio medio de 10.000 rublos.

En el orden agrícola, la economía soviética va de mal a muy mal. Krustchev se ha visto obligado a declarar que el «retraso es intolerable». Entre 1950 y 1955, por ejemplo, la producción de patatas, base de la alimentación del país, disminuyó en una quinta parte. No han podido alcanzarse las previsiones hechas para la recolección de remolacha. Faltan igualmente forrajes. Para cerrar esta estampa del panorama económico comunista, se cede la palabra al camarada Mazurov:

—Nuestros últimos esfuerzos se han reducido en la práctica a que se hacen pagar tres veces más caros los productos del campo.

Para sostener esta quiebra económica y política, para prestar unas muletas a un régimen que ha hecho crisis en todos y cada uno de los países satélites, sólo quedan esas divisiones del Ejército rojo que vienen a proclamar el único acierto de los dirigentes que manobran junto al Kremlin: el dar preferencia a los cañones antes que al pan de los pueblos esclavizados. Porque el Ejército ha sido, en definitiva, el que ha pretendido imponer la «disciplina» comunista en el Berlín oriental y en Poznan, en Varsovia y en Hungría. Pero el éxito de estas medidas, de la fuerza bruta, aún no aparece en el horizonte soviético.

ALFONSO BARRA



«Mis palmas han sido también víctimas de los cañones y tanques rusos. Han muerto al lado de los revolucionarios húngaros», ha dicho Picasso

DESBANDADA EN EL FRENTE INTELLECTUAL Y EN EL POLITICO

EN París existen tres Asociaciones exclusivamente dedicadas a defender los derechos de quienes, además de estar afiliados al partido comunista, ponen en su tarjeta de visita la palabra «intelectual». Los intelectuales comunistas franceses han estado bien protegidos. Una de esas Asociaciones es la Francia U. R. S. S. La segunda es el Comité Nacional de Escritores, y la tercera lleva el rimbombante título de Movimiento por la Paz del Mundo. Las tres Asociaciones tienen hoy entornadas sus puertas, como en señal de duelo. Sus dirigentes han escrito unas cartas, se han marchado y no han vuelto a dar una explicación de su retirada. Otros han sido más explícitos y han anunciado desde las columnas de algunos diarios parisienses la causa que ha motivado esta deserción. Ahí está el ejemplo del viejo político y santón mayor del republicanismo francés, Eduardo Herriot. Herriot era el decano de la Francia U. R. S. S. Cuando a París llegaron las primeras noticias de la tragedia húngara, Herriot subió los dos pisos de la casa donde está la Asociación y dejó este escrito encima de la mesa del secretario: «Hasta hoy he sido, en mis largos años, un antiguo simpatizante y fiel ami-

go de la idea comunista. Hoy la injusticia perpetrada en Hungría me obliga a aborrecer todo cuanto tenga relación con el comunismo y sus defensores. Todo ha sido un engaño.»

Herriot se enfundó en su gabán, bajó despacio las escaleras y todavía le están esperando en la Asociación. Desde aquel día, 21 de noviembre, Eduardo Herriot no ha vuelto a dar señales de vida.

Jean-Paul Sartre fué más explícito. Primero envió una carta al presidente de la Francia U. R. S. S. protestando enérgicamente contra lo que él llamaba «la muerte de la libertad», refiriéndose a la sangre derramada en Hungría. Después vino aquel artículo largo, acusatorio, aparecido en las columnas de «L'Express». Y al «maestro de la juventud», como se ha hecho llamar el pregonero del existencialismo francés, siguieron todos sus discípulos que un día llegaron a las puertas de cualquiera de estas tres Asociaciones comunistas llevados de la mano del maestro. Simone Beauvoir, la novelista francesa, que se ha entretenido durante muchos años en protagonizar al comunismo en sus obras, encabezaba una lista larga de escritores comunistas france-

ses que abandonaban el partido por aquellos mismos días.

Frederic Joliot-Curie tiene ahora cerca de los cincuenta y siete años. Muchas veces, Joliot-Curie había repetido esta frase: «A mí me han nacido las canas dentro del comunismo.» Y un poco decía la verdad. Sus méritos en el partido le llevaron, hace ya muchos años, a la presidencia del Movimiento por la Paz del Mundo. El día 26 de noviembre, Frederic Joliot-Curie hizo pasar unas circulares a todos los escritores comunistas afiliados a su Asociación. La reunión se celebraba a las seis de la tarde. A esa misma hora, en los amplios salones del edificio donde la Asociación se aloja, tomaban asiento sólo veinticinco escritores de los más de tres mil que figuran afiliados. Frederic Joliot-Curie ocupó la presidencia y, con su voz engolada de tenor de ópera, dijo:

—Siento que por hoy las sillas estén vacías. Quería que mis palabras las oyeran todos. Yo, como presidente, condeno los sangrientos métodos con que Rusia ha querido aplastar la libertad de un pueblo. Y si el comunismo persiste, durante un día más en derramar la sangre de Hungría, os aseguro que, para mí, el comunismo ha muerto. Si queréis que esta Asociación siga viviendo, nombrad y elegid otro presidente.

Era natural que los capitostes del comunismo francés acusaran el golpe y lanzaran sus inválidas «excomuniones» contra los desertores. Pero ni las arengas de Mauricio Thorez, en París, ni las broncas de Togliatti, en Roma, han servido para nada. El comunismo ha fracasado ante los intelectuales de Europa que un día vieron en él una postura cómoda y una cierta protección para la cobardía de sus ideas y de sus sistemas. Por otra parte, no hay que olvidar que uno de los principales fines del Comité Nacional de Escritores de París era, o es, asegurar y proteger la venta de las obras lanzadas al público por los intelectuales comunistas afiliados a esta Asociación. Como gancho o imán, la cosa no estaba mal.

Naturalmente, estos intelectuales filocomunistas o comunistas totales que hoy emprenden la retirada mascan también la amargura de su fracaso, de su desvío. El escritor comunista Jean-Francois Roland ha sido más explícito que todos al explicar su retirada:

—Lo triste es que ya no se puede desandar el camino hacia atrás. Lo triste es que la tragedia de Hungría haya sucedido ahora y no hace quince años, cuando yo daba mis primeros pasos dentro del partido y sembraba en mis libros ideas comunistoides. Lo triste es que los carros de combate rusos hayan traspasado las fronteras húngaras hoy y se hayan manchado con la sangre de los amantes de la libertad hoy, y no cuando yo me pasaba las horas envenenando mi espíritu con todos los engendros literarios salidos de plumas comunistas.

La confesión no puede ser más clara. Jean-Francois Roland ha sido, posiblemente, el único que



«Yo condeno los sangrientos métodos con que Rusia ha querido aplastar la libertad de un pueblo», dijo Joliot-Curie, presidente del Movimiento por la Paz del Mundo, a quien se ve en la fotografía a la derecha



Nenni, dirigente socialista italiano, devolvió a Moscú los dólares de su Premio «Stalin» y condenó ante la Cámara la intervención soviética en Hungría

ha tomado una postura clara. Los demás han condenado. Su anatema ha caído sobre la injusticia, pero sólo han hecho eso: rasgarse sus vestiduras. Y eso es poco. Apenas nada. Al intelectual, o al que de ello presume, se le exige más. Se le exige un análisis frío, lógico de las causas que producen en la vida una postura determinada.

HAN MUERTO LAS PALOMAS DE PICASSO

El Comité Central del partido comunista francés publicaba el

día veintisiete de noviembre en las columnas de «L'Humanité» esta nota:

—Quedan excluidos, por este Comité, del partido comunista los siguientes escritores: M. Claude Morgan, Claude Roy, Roger Vailland, Gerard Lyon-Caen, Eduard Pignon, Helene Parmelin, Paul Tillard, Marcel Cornu, Georges Besson, Francis Jourdain, René Zazo y el doctor Herel.

A continuación, la nota dada por el Comité Central a la redacción de «L'Humanité» explicaba concisamente la causa de esta

determinación: «por indisciplina de los camaradas para con la jerarquía». Y no decía más.

Dentro de unos días es de esperar que la lista se alargue. Henri Wallon es un profesor de derecho de la Universidad de París que ha pertenecido al partido desde el año 1946. Wallon ha llegado a tener altos cargos dentro de las filas comunistas y hasta en un tiempo fué diputado en la Cámara, teniendo su escaño a medio centímetro de Mauricio Thorez. Por eso los dos se hablan de tú. Thorez en cierta ocasión decía, refiriéndose a la fiel lealtad del profesor para con todas las consignas del partido:

—Si hubiese en Francia tres Henri Wallon, el comunismo francés estaba salvado.

Henri Wallon es hoy un candidato a la lista negra de «L'Humanité». Primero, en su clase de Derecho Internacional, cuando un alumno le preguntó si había alguna razón jurídica que justificase la postura de Rusia en Hungría, el profesor respondió:

—Siento decirle que ninguna. La presencia de los ejércitos armados de Rusia para someter a una nación extraña bajo la amenaza de los cañones y de los tanques no puede justificarse por ninguna de las leyes jurídicas del más amplio y generoso probabilismo.

Los alumnos de Derecho Internacional se sorprendieron. Ellos sabían muy bien de qué pie cojeaba el doctor Henri Wallon. Pero el profesor no se quedó aquí. Más tarde escribía un artículo en un semanario francés, en el que decía textualmente:

—Los que quieren justificar, con falsos razonamientos, la violencia contra la libertad, saben que se hacen reos y cómplices de la injusticia en lo más hondo de sus conciencias. La honradez exige hoy ponerse enfrente de los protagonistas de la injusticia.

Pablo Picasso hace ya dos semanas que no recibe a nadie en sus estudios. Su secretario, cuando alguien llega a visitar al pintor, le dice invariablemente:

—El maestro no recibe.

Picasso ha querido unirse esta vez a las voces de los intelectuales comunistas franceses. Y a la hora de expresar su protesta ha preferido manifestarla de un modo muy simbólico, muy «picasiano»:

—Mis palomas han sido también víctimas de los cañones y de los tanques rusos. Han muerto al lado de los revolucionarios húngaros.

Las últimas deserciones de intelectuales franceses que abandonan el comunismo las publica el semanario «France Observateur». Sus autores son los escritores Vercos y Villefosse.

Vercos es un novelista muy conocido por la juventud francesa y uno de los autores cuyas obras se han traducido a más idiomas en el último año. Su novela «El

silencio del mar» batió el record del número de ediciones en el año 1954. Desde hace diez años, el novelista pertenece al partido comunista. Vercos se expresa así en las páginas de «France Observateur»:

—Ha llegado la hora de hablar honestamente... El ejército ruso ha barrido, con sus carros armados, por primera vez, la libertad de un pueblo, y esto, naturalmente, me ha producido indignación y cólera. Si el comunismo es lo que en estos días está pareciendo, yo, desde luego, no soy comunista.

La confesión del novelista indica una cierta ignorancia o estudiada amnesia al mismo tiempo que una puerilidad de risa. Y esto es justamente lo que caracteriza a muchas de las nuevas posturas de los intelectuales en esta desbandada: fracaso, ignorancia, falta de agudeza en sus tardíos descubrimientos y una falta absoluta de estabilidad y de honradez intelectual para buscar la postura firme del equilibrio que nunca se puede perder. Vercos, por ejemplo, ignora que el comunismo no amenaza por vez primera con sus tanques a la libertad de un pueblo. Ignora Vercos que, desde 1945 a nuestros días han existido muchos Budapest en la historia de los países alcanzados por las uñas de los gavilanes del Kremlin.

Villefosse, por su parte, tampoco se ha quedado atrás. Villefosse tiene fama de ser un escritor de palabra fuerte, dura, y uno de los polemistas más temidos que tienen las filas comunistas francesas entre los intelectuales. Por esto, una tarde a la casa de Villefosse llegó un día una carta firmada por el redactor jefe de «L'Humanité». Eran unos cuantos renglones, en los que se le pedía un artículo arremetiendo contra los intelectuales desertores. Villefosse no pensó la respuesta. Se sentó en su mesa de trabajo y en una cuartilla escribió:

—Por ahora mi colaboración con el comunismo es imposible. Me es repugnante continuar colaborando con hombres que no tienen escrúpulos en aplicar los métodos sangrientos del terrorismo para impedir que los pueblos obtengan su ansiada libertad. Esto que hace Rusia ahora no es lo que nos predicaban desde dentro los pontífices máximos del comunismo francés.

Y el escritor se despedía del redactor jefe

—Creo que hasta nunca.

Treinta y cinco escritores soviéticos han escrito una carta abierta a los intelectuales franceses, como exigiéndoles cuenta de su actitud, de la retirada. Ninguno de los escritores de Francia que hoy han dejado atrás las filas del comunismo han respondido todavía a esa carta abierta. ¿Responderán?

Si la postura de estos hombres es honesta y sincera, la carta abierta debe ir ya de camino. Reconocer el fracaso no es deshonra. Lo que es cobarde y deshonroso en el hombre es semejar-se al camaleón.

UN PLANTE EN EL PARLAMENTO ITALIANO

Togliatti ha echado en cara a Nenni su espectacular despren-

dimiento al devolver a Moscú los dólares que había recibido por su reciente Premio «Stalin». Nenni, al hablar de Togliatti ha dicho de él que es un hombre pertinaz en el error. Y así andan las cosas entre el comunismo y el socialismo italiano. Pajetta, diputado comunista en la Cámara, se levantó de su escaño para insultar, con palabras que un diario de Roma calificó al día siguiente de «soeces, injuriosas y dignas de un guardia de puercos», a un diputado socialista que condenó la intervención soviética en Hungría. A los pocos segundos de comenzar Pajetta su discurso, los diputados italianos se dieron cuenta que Pajetta había asistido aquella tarde a la reunión con el único fin de insultar y burlarse del sacrificio de los húngaros. Pero la sorpresa del orador fué inaudita cuando, al volver su rostro hacia atrás, se dió cuenta de que todos los escaños estaban vacíos. En el plante no se habían quedado atrás los propios comunistas italianos. Allí quedaban sólo tres colegas de Pajetta, que no se atrevieron a levantarse. Los demás se habían marchado. La acusación que Pajetta haría de sus colegas comunistas ante Togliatti no la ha publicado la Prensa, ni creemos que pueda escribirse en letras de molde.

La misma reacción que, frente al comunismo, han tenido los intelectuales europeos que un día militaban en sus filas, la han observado también los partidos del comunismo internacional. El comunismo de las quintas columnas occidentales han descubierto también que el imperialismo soviético del Kremlin tiene una maravillosa facultad de adaptación para engañar a los incautos, a los ignorantes y a los inconscientemente atrevidos. Hoy todo queda al descubierto. El comunismo internacional muere el polvo de su fracaso político. Que lo digan si no las filas diezmasadas del comunismo inglés, del que, en la última semana, se han retirado exactamente trescientos afiliados. Que lo diga el confusioismo en las altas esferas del comunismo italiano. Pietro Fabri, un viejo comunista que hizo su carrera de ingeniero en los escuelas espectaculares de Moscú y que volvió a Italia después de veinte años en Rusia dedicado a estudios de sociología y de política, ha seguido siendo fiel a la ideología comunista durante más de cuarenta años. Hasta hace seis días, Pietro Fabri ocupaba un alto cargo como asesor técnico de Togliatti en materia política. Hace seis días Pietro Fabri ha dejado de ser comunista, y en unas declaraciones a un periodista romano decía:

—Si fuera posible organizar un referéndum nacional sobre esta cuestión, el resultado no sería dudoso. Los electores dirían: «Poned al partido comunista fuera de la ley». Yo, en este caso, soy parte de esa opinión pública. No podemos ser partícipes de la locura y del endiablamiento de los jefes soviéticos.

La deserción de Fabri ha vuelto a mermar el comunismo en Italia.

Ernesto SALCEDO

Lea todos los sábados
LA ESTAFETA
LITERARIA

LA FILIACION NATURAL EN EL REGISTRO CIVIL

UN PROYECTO DE
LEY QUE LIMITA A
DOS LOS NOMBRES
CON QUE PUEDE SER
INSCRITO
EL RECIEN NACIDO

NUEVAS NORMAS SOBRE
LA ADQUISICION DE
NACIONALIDAD ESPAÑOLA

AQUEL hombre era un nuevo padre, de familia recién estrenada. Llegó al Registro Civil de una tenencia de alcaldía de Madrid acompañado de un amigo. Venía contento.

Se puso a esperar turno detrás de un grupo pequeño en fila. El grupo era variado de composición: allí estaba, el primero, un padre de familia numerosa empleado del Ministerio de Hacienda; la hermana de un ama de casa modesta, cuyo marido—funcionario de Marconi—no había podido venir; dos o tres padres jóvenes, embutidos en gabardinas de diferentes precios; una señora que se había equivocado y quería una partida de nacimiento; luego, aquel otro padre con su amigo y nosotros.

Les dieron un impreso y se apartaron a un lado. Ambos se consultaban para cumplimentarlo.

—¿Cómo se llama esa clínica de Alonso Cano?

—No sé. Vamos a mirar en la guía de teléfonos.

Nuevas disensiones y consultas para determinar el lugar, hora, día, mes y año de aquel momento. No habían pasado tres días del nacimiento del primer hijo. El despistado padre pasaba sus apuros para recordar la hora, el día, mes y año del alumbramiento. Luego rellenaron la casilla con el nombre, apellido, edad, naturaleza, domicilio y profesión u oficio de la persona que lo presen-



El recién nacido, por ministerio de la ley, adquiere todos sus derechos ciudadanos desde su inscripción en el Registro



Don José Alonso Fernández, director general de los Archivos y del Notariado, despacha con el señor Lozano, jefe del Registro Civil. Ambos han intervenido directamente en el proyecto de ley sobre el Registro

ta. Donde ponía: relación de parentesco u otro motivo por el cual esté obligado a presentarlo, aquel hombre reaccionó como si conociese de memoria el artículo 47, título II (DE LOS NACIMIENTOS), de la ley del 17 de junio de 1870, que habla de la obligatoriedad de las personas para hacer la declaración:

—P-a-d-r-e—repitió en voz alta mientras escribía.

Llegó el momento de anotar el sexo del recién nacido: VARON, escribió con mayúsculas y le vimos mirar con cierta suficiencia a los lados.

La casilla siguiente decía: «Nombre que se le haya puesto o se le haya de poner.» Le preguntó a su amigo:

—¿Qué es esto de se le haya puesto o se le haya de poner?

—Sí, hombre—le contestó—; si ya le has bautizado o si no el nombre que le piensas poner cuando le bautices.

—Mi suegra quiere el nombre del abuelo: Nicolás. Pero yo no le hago esa faena al chico. Nosotros le pensamos poner Carlos-Enrique y el nombre del santo del día. ¿Qué hacemos?

—Ponle todos.

El padre hizo sus cálculos y comenzó a escribir: Car-los-En-ri-que, Ni-co-lás, Vir-gi-li-o. (Nombre del abuelo paterno que no tenía por qué ser menos), Mau-ri-cio y Cán-di-do.

El funcionario del Ministerio de Hacienda, que ya había terminado con su impreso, liaba un cigarrillo. Con la familiaridad de encontrarse en situación semejante entabló conversación con nuestro amigo.

—Ahora hay un proyecto de ley que cuando entre en vigor no podrá usted ponerle tantos nombres a su hijo.

—¿No?

—No. Solamente dos nombres simples o uno compuesto que deberán ser los mismos que se le pongan en el bautismo. Tendrá usted un plazo de veinticuatro horas a ocho días después del nacimiento, como mínimo, para inscribirlo. Tampoco se podrá poner el mismo nombre de un hermano, aunque hubiese fallecido.

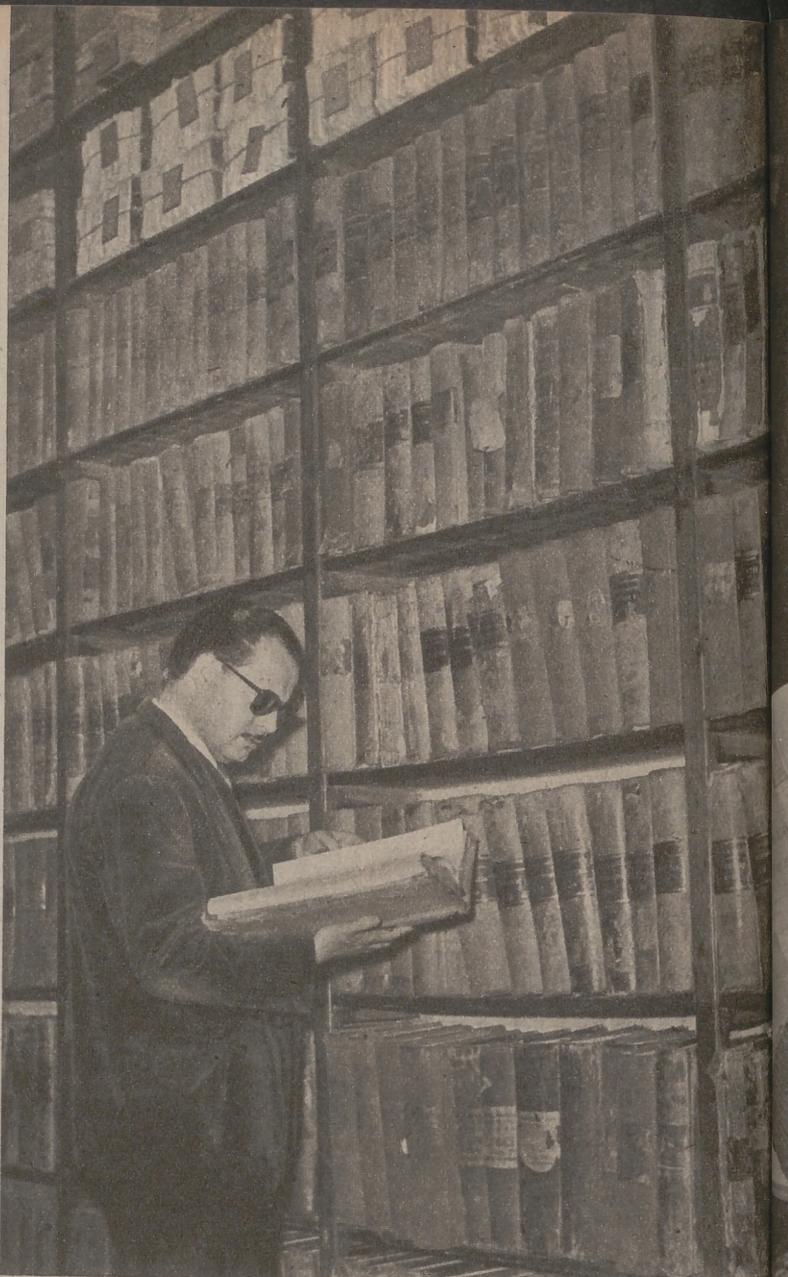
—¿Y dice usted que es una nueva ley?

—No, no; es un proyecto de ley que ha pasado a las Cortes para su discusión y aprobación.

Y allí los dejamos hablando del Registro Civil y de la simplificación de sus trámites de acuerdo con el proyecto de ley del 7 de noviembre de 1956.

HASTA 1871 SOLO EXISTIAN LOS REGISTROS PARROQUIALES. DESPUES FUNCIONO EL PRIMERO CIVIL

Anteriormente al año 1870 no existía el Registro Civil. De los cuatro hechos fundamentales en la vida de los hombres: el nacimiento, el matrimonio, el cambio de nacionalidad y la muerte, sólo tres de ellos tenían una constancia en los registros parroquiales que—desde el punto de vista civil—resultaban incompletos por su índole propia, extraña a los intereses mundanos, y porque su origen venía de épocas remotas por lo que técnicamente considerados, resultaban atrasados.



Nacimientos, matrimonios, nacionalidad, defunciones... todos los hechos más definidos en la vida de los hombres están anotados en esta colección de legajos de un Registro

El celo con que se llevaban estos registros parroquiales y el sagrado ministerio de las personas que en ellos intervenían lograron una eficacia y una garantía a través del tiempo que hizo se depositase en ellos una merecida confianza. Por ello se olvidó durante muchos años la conveniencia de adecuar su organización a las exigencias más actuales y apremiantes de la colectividad.

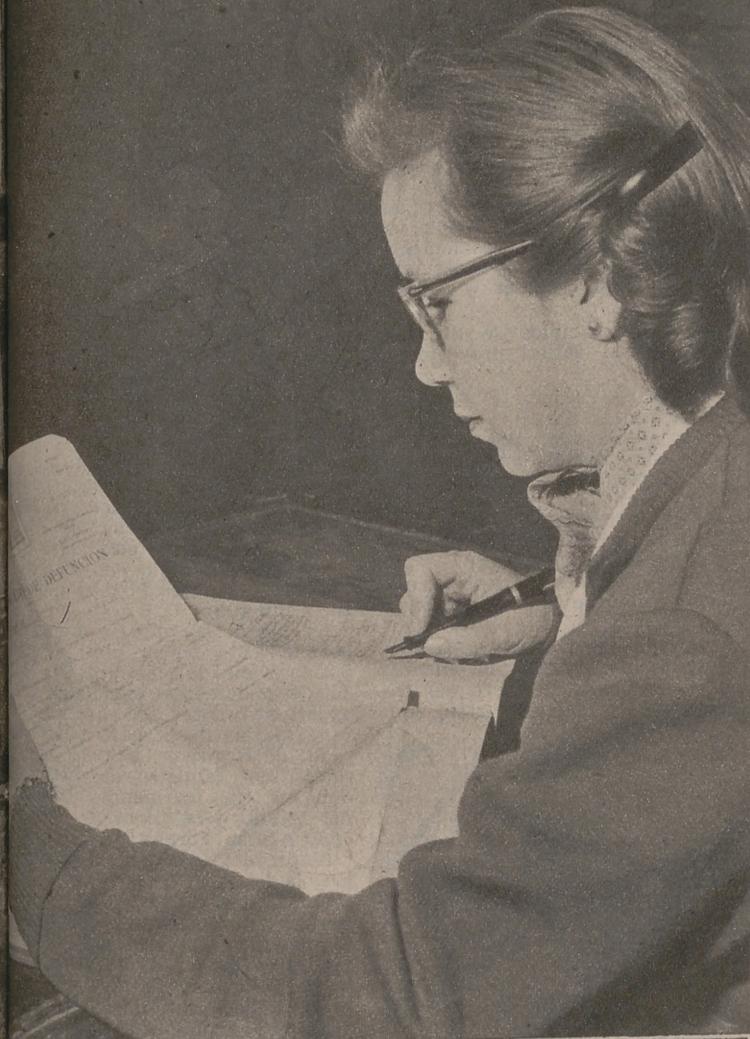
En 1870 se estimó necesario completar los registros eclesiásticos con un registro de carácter esencialmente civil relacionado exclusivamente con los derechos puramente civiles de los españoles.

Palacio de las Cortes: 2 de junio de 1870. Don Francisco Serrano y Domínguez, regente del Reino por voluntad de las Cortes soberanas; a todos los que las presentes vieren y entendieren salud... «El Gobierno establecerá, desde luego, con carácter provisional, el Registro Civil en la Península e islas adyacentes.» «Por tanto—rubricaba el Ministro de Gracia y Justicia, don Eugenio Montero Ríos—cuando a todos los

Tribunales, Justicias, Jefes, Gobernadores y demás autoridades así civiles como militares y eclesiásticos de cualquier clase y dignidad, que lo guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar en todas sus partes.»

Aquel proyecto de ley constaba de un amplio prólogo en el que se hacía el merecido elogio de los registros parroquiales y se destacaba las modificaciones más sustanciales que se proponían a las Cortes para la creación de los registros civiles.

La ley provisional del Registro Civil costaba de 112 artículos y uno más, transitorio, agrupados en cinco capítulos: disposiciones generales, nacimientos, matrimonios, defunciones e inscripción de ciudadanía. Por el artículo transitorio se concedió al Gobierno 200.000 pesetas para los gastos de planteamiento del Registro. También se disponía que la Dirección General del Registro de la Propiedad se denominara Dirección General de los Registros Civil y de la Propiedad y del Notariado. Dirección que hoy se llama de los Registros y del Notariado.



El nuevo proyecto de ley contiene interesantes modificaciones para el registro de defunciones

En el registro central de la Dirección General se inscribirían hasta quince hechos civiles distintos. En el municipal, encomendado a los Jueces municipales, diecisiete, y también se creaba un registro consular en nuestras Embajadas que recogía las inscripciones fundamentales de los dos anteriores. En el nuevo proyecto de ley se mantienen estos tres tipos de registros central, municipal y consular.

La ley del 17 de junio de 1870, actualmente en vigor se llevó a efecto por decreto del 13 de diciembre el día 1 de enero de 1871 en la Península, islas adyacentes y Canarias. Había sido completado con un Reglamento de cien artículos, varios más transitorios y diez modelos de certificaciones e impresos.

EL NACIMIENTO, MATRIMONIO Y DEFUNCION EN LA LEY PROVISIONAL VI-GENTE

Desde 1871 hasta 1956, y aún hoy, continúa vigente aquella primera ley que creaba los Re-

gistros Civiles. Una ley provisional bien estudiada, y de la que en estos días se ha hecho el merecido elogio.

En ella no se exigía la presentación rigurosa del recién nacido al juez municipal, supliéndose por la comparecencia de éste o su delegado en el lugar del alumbramiento o donde se encuentre el niño, para comprobar su existencia y practicar la inscripción.

Se señalaba un orden de personas obligadas a presentar los datos para la inscripción atendiendo a los lazos de parentesco, en primer lugar, y luego al conocimiento más perfecto del hecho del alumbramiento. También se disponía sobre el registro de los matrimonios celebrados en el extranjero, sobre matrimonios «in articulo mortis», los celebrados durante una travesía por mar o por militares en campaña, etc. Actualmente la relación entre el matrimonio canónico y el civil o, más exactamente, de la inscripción en el Registro del matrimonio celebrado por la



Sólo se podrán poner al recién nacido dos nombres simples o uno compuesto. Los funcionarios del Registro pronto lo exigirán



La inscripción natal en una ventanilla del Registro Civil

Iglesia, se viene realizando automáticamente. El juez municipal o un delegado suyo da fe de la ceremonia, a la que asiste, y los contrayentes firman en la sacristía unos papeles que completan el acta civil para su inscripción en el Registro.

La inscripción de defunciones mereció a los legisladores de 1870 mayor atención. En la defensa que se hizo del proyecto ante las Cortes, el Ministro de Gracia y Justicia, señor Montero Ríos, político de pelo canoso, con grandes bigotes y barba blancos, dijo: «Una de las principales miras del proyecto en esta parte es la de evitar a toda costa el enterramiento de personas víctimas de un transitorio paroxismo.» A continuación los artículos de la ley provisional cuidaban de que se señalase y se comprobase el hecho de la defunción, la identidad de la persona del difunto y sus relaciones de familia. Se prevenían las circunstancias especiales de inscripción del fallecimiento de personas desconocidas, de los que

ocurrieran en establecimientos públicos. viajes... y así—de acuerdo con las disposiciones de los doscientos y pico artículos de la ley provisional y reglamento de 1871—se han venido registrando hasta la fecha los principales acontecimientos que modifican el estado civil de las personas.

LA NUEVA LEY. VISTA POR LOS PROPIOS LEGISLADORES

En el Ministerio de Justicia funcionan en el piso tercero las oficinas y los negociados de la Dirección General de los Registros y del Notariado. Hace más de año y medio que ocupa esta Dirección General don José Alonso Fernández. El es quien nos recibe puntualmente en su despacho. Sobre la mesa, al alcance de la mano, están —entre otros muchos— los clásicos volúmenes del Medina Marañón. La conversación con el director general de Registros es fluida a pesar de la aridez del tema. El señor Alonso Fernández presidió la Comisión que ha preparado el proyecto de ley que ahora consideramos:

—¿Ha quedado vieja la ley de 1870?

—En cierto aspecto, puede decirse que no. Su técnica legislativa y su equilibrio son maravillosos; por ello todavía supera a muchas disposiciones posteriores. Sus principios son la base inmovible de todo buen sistema de Registro del estado de las personas.

—¿Cuáles son, entonces, los motivos que han impulsado a una nueva ley?

—La ley todavía vigente posee varios defectos que dificultan un normal desenvolvimiento de la vida práctica. Tal es la disposición sobre inalterabilidad de las inscripciones, salvo en virtud de ejecutoria dictada luego de un largo proceso contencioso. Por otra parte, las propias lagunas de la vigente ley sobre inscripciones fuera de plazo, reconstitución de Registros destruidos, etc., etc., y la necesidad de recoger en una ley fundamental otras normas relacionadas con su contenido, algunas del propio Código civil, de publicación posterior a la ley de 1870, y otras relativas a los efectos civiles del matrimonio canónico, a la legislación sobre nacionalidad, etc., etc., imponían la conveniencia y hasta la urgencia de una nueva ley de Registro Civil, con toda la meditación y serenidad necesarias en una norma de tan superlativa extensión, quizá como ninguna, puesto que ella pretende regularizar jurídicamente la constancia oficial de la existencia, del estado civil y de la condición de las personas.

—¿Qué orientación seguirá el proyecto?

—Sin descender a detalles que harían esta entrevista interminable, el proyecto tiene estas tres orientaciones fundamentales: primera, entregar tan delicado instrumento a funcionarios técnicos que lo salvaguarden de los errores que caben en personas no peritas, sin dudar de su buena fe y mejor ánimo en la prestación del servicio público; segunda, en procurar que no quede excluido de su ámbito cuanto deba ser propio de su misión, procurando,

a la vez, simplificar el sistema, haciéndolo ágil y eficaz. A este respecto, convendrá consignar el propósito de hacer del folio de nacimiento un cierto registro particular de la persona que ha de facilitar extraordinariamente la publicidad registral; pues bastará saber el lugar de su nacimiento para conocer los asientos que a ella se refieran (matrimonio, defunción, nacionalidad, vecindad, adopción, modificaciones de la capacidad, declaraciones de concurso, quiebra, etc.) mediante oportunas referencias a los folios separados que recojan estos hechos. Y tercera, se pretende dar a la inscripción todo su valor, reforzando sus garantías y a la vez permitiendo su rectificación mediante procedimientos adecuados dentro de su rapidez y simplicidad.

—¿Qué principios se han seguido en el actual proyecto de ley?

—Son los mismos de 1870, pero se han introducido las novedades aconsejadas por su indudable conveniencia que conducen a un Registro más completo y flexible, pero siempre con unas fuertes garantías. Además, las normas de carácter casuístico, complementario e interpretativo, se han reservado para el Reglamento, siempre más adaptable a la práctica.

La conversación se interrumpe unos momentos por la entrada en el despacho del jefe del Registro Civil, señor Lozano, que



Desde el 1. de enero de 1871 se viene anotando en los Registros Civiles la historia legal de cada uno de los españoles

también ha intervenido en la elaboración del nuevo proyecto de ley. Conversamos unos momentos con el director general, pero pronto volvemos al cauce de la entrevista.

Mire usted, la sustitución por una ley y un Reglamento de todo el cúmulo de disposiciones carentes de un minimum de condiciones de certeza, simplicidad y unidad orgánica, justifican sobradamente la reforma.

—¿Resulta ampliado el campo del actual Registro?

—Indudablemente ya que acogerá el contenido de los Registros

de Tutelas y el de Ausentes, que carecían de razón suficiente para su existencia dispersa. También se incluirán determinadas representaciones legales, pues es de interés general que de ellas haya constancia pública.

Las inscripciones relativas al organismo tutelar se practicarán en el Registro del domicilio de la persona tutelada, la de la representación del ausente en el del lugar en que se haya declarado la ausencia y las demás representaciones se inscribirán en el Registro del lugar en que se constituya.

—Tengo entendido que se han efectuado algunas simplificaciones de interés.

—Claro, por ejemplo, se han suprimido los antiguos Registros ocasionales que, en la práctica, no siempre funcionaban con arreglo a las prescripciones legales. Se ha simplificado, igualmente, el modo de extender los asientos.

—¿Alguna otra novedad?

—Ya sabe usted que hay muchas, y de gran importancia, merecedoras de un párrafo especial. Ahora bien, tiene un cierto interés público, la modificación, introducida en la sección de «Defunciones», y es la posibilidad de inscripción, aunque el cadáver hubiere desaparecido o se hubiere inhumado.

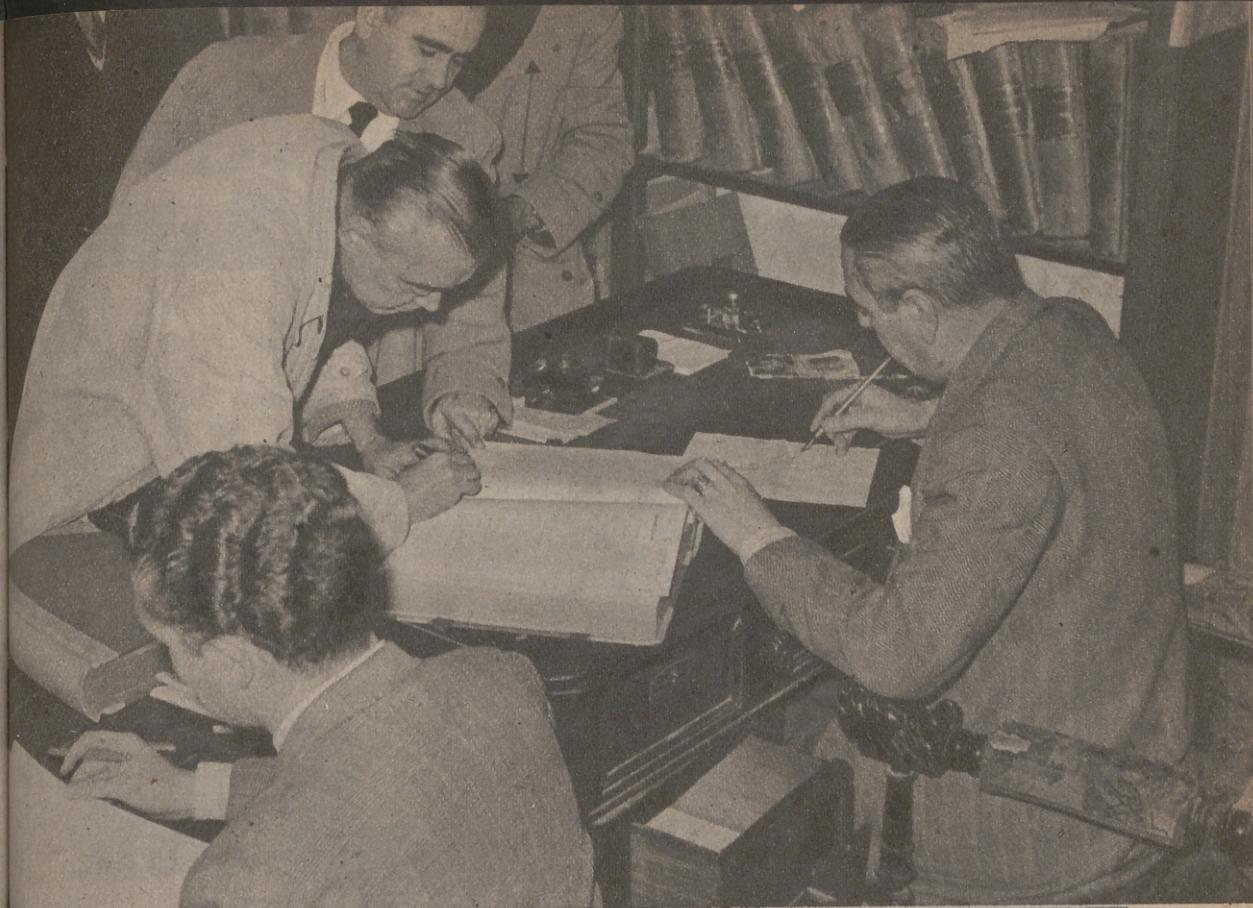
La nueva ley que se discutirá posiblemente en el próximo segundo pleno de las Cortes ha sido detenidamente estudiada por expertos juristas, catedráticos y funcionarios de la Dirección General de Registros, bajo la inspiración del Ministro de Justicia, don Antonio Iturmendi, abogado del Estado, y la dirección de don José Alonso Fernández.

El proyecto contiene siete títulos, dedicados, sucesivamente, a disposiciones generales, a los órganos del Registro, reglas de competencia, de los asientos en general y modos de practicarlos, de las secciones del Registro, de la rectificación y otros procedimientos y del régimen económico. Además, contiene una disposición transitoria y dos finales.

El Título V se divide en cuatro secciones: de nacimiento y general, de matrimonios, de defunciones y de tutelas y representaciones legales; y la Sección primera se subdivide en cuatro capítulos, dedicados a regular las inscripciones de nacimiento, de la filiación, del nombre y apellidos y de la nacionalidad y vecindad.

ESPIRITU HUMANITARIO DEL PROYECTO EN CASOS ESPECIALES

La novedad más importante de la Sección primera la constituye la forma de inscribir la filiación natural. Se ha procurado evitar lo que hasta hoy era frecuente, es decir, la inscripción de hijos de madre desconocida, por obstáculos de difícil superación e incluso, contra la voluntad de las propias madres que por su amor maternal, y no obstante la irregularidad de su situación, desean que conste la filiación de su prole, sin perjuicio de proporcionar a la vez a la interesada una situación ventajosa contra las falsas atribuciones de filiación. Además, se facilita, con ciertas garantías, el



Los padres de familia son los más calificados para inscribir a sus nuevos vástagos. Ahora el plazo mínimo es posible se amplie a ocho días

reconocimiento del hijo natural por la simple declaración, en cualquier tiempo, ante el encargado del Registro. En estos casos se restringe la publicidad del Registro limitándola a las personas a quienes directamente afecte o con autorización del juez de Primera Instancia, el derecho a pedir la manifestación de asientos o de solicitar certificaciones que contengan el dato de una filiación ilegítima. En cuanto al nombre y apellidos, se procura que sea coincidente el nombre del bautismo con el del Registro. También se prohíben los nombres extravagantes, impropios de personas, así como la conversión en nombre de los apellidos o seudónimos.

Los apellidos se determinan por la filiación legítima o natural. En los casos de filiaciones ilegítimas, por razones incluso de caridad, los apellidos serán los del padre que haya reconocido a su hijo por el mismo orden de éste o de la madre en orden inverso; y si la filiación no ha podido determinarse, el encargado del Registro impondrá unos apellidos de uso corriente.

En cuanto a matrimonios, si se trata del canónico, se ha hecho la oportuna adaptación al Concordato con la Santa Sede y al Código Civil, dando normas para promover su inscripción, pero declarando que ésta puede llevarse a efecto en cualquier momento, aun fallecidos los cónyuges, mediante la presentación de copia auténtica del acta sacramental. Los efectos civiles de toda clase de matrimonios, canónico, civil o secreto, se producen desde su celebración y para que sean re-

conocidos bastará su inscripción.

Al margen de dicha inscripción se harán constar las sentencias y resoluciones sobre validez o separación del matrimonio, cuantas pongan término a ésta y la existencia de pactos, resoluciones judiciales y demás hechos que modifiquen el régimen económico de de la sociedad conyugal.

Las rectificaciones importantes sobre inscripciones en el Registro sólo podrán hacerse, como hasta la fecha, por sentencia firme recaída a juicio ordinario, y los menos importantes por los conocidos expedientes gubernativos. En este sentido el proyecto también recoge algunas novedades sobre declaraciones que pudieran afectar al estado civil, la nacionalidad, vecindad o cualquier estado si no consta en el Registro.

La nueva ley no tendrá efecto retroactivo con respecto a los hechos inscritos. La inscripción de los no inscritos anteriores a su entrada en vigor si quedaran regulados. Por otro lado, deroga todo lo anterior sobre Registro, excepto las disposiciones del Código que no hayan sido modificadas.

LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA

La adquisición de la nacionalidad española se regulaba en la ley provisional atendiendo a dos principios diferentes. Vaya por delante la afirmación rotunda de que los cambios de nacionalidad producirían efectos en España «solamente desde el día en que sean suscritos en el registro» aún en vigor. La nacionalidad española—según dice la ley de 1870—

se consigue por naturalización de extranjeros que sin ninguna vinculación anterior ni ningún motivo especial de afección hacia nuestro país, la solicitan y la obtienen por concesión expresa del Gobierno. También se puede obtener por una especie de prescripción, demostrando durante una larga serie de años, y con hechos de positiva significación que especifican las leyes, su deseo de ser considerados como españoles. En este caso se trata de personas verdaderamente extranjeras ligadas a España por razón de nacimiento o por vínculos familiares que no precisan de las pruebas establecidas por la Novísima Recopilación en sus leyes.

En el nuevo proyecto quedan notablemente aligeradas la regulación de la nacionalidad y vecindad y se centraliza en el Ministerio de Justicia todo tipo de intervención administrativa sobre lo mismo. Por tanto, la concesión de nacionalidad por residencia se hará, previo expediente, por el Ministerio de Justicia.

También el citado Ministerio se ocupará a través de sus oficinas de la concesión de cartas de naturaleza o de recuperación por concesión graciosa del Jefe del Estado. Asimismo se facilita la prueba de la nacionalidad.

La vida, en una serie de momentos trascendentales al hombre, quedará así registrada para todas las consecuencias jurídicas de la personalidad civil de los españoles de una forma actual, técnica y moralmente.

Fernando M. ETCHEVERRY
(Fotografías Basabe.)



EN CASA DE ANTOÑITA LA FANTÁSTICA

LA NIÑA DE BORITA CASAS VOLVERA A TENER 12 AÑOS

La historia de un personaje infantil que nació en los micrófonos

NUESTRAS palabras serán hoy tan jóvenes como Antoñita la Fantástica. Antoñita es deliciosa siempre y su palabra esconde en su último pliegue gramatical el fecundo capricho de su madre, a quien se le parece mucho. Su madre es Borita Casas, una señora encantadora y sencilla cuyas manos conocen la fragilidad de los enormes pianos y saben la manera de extraer de

ellos sonidos como gotas de agua, como trozos de vidrio. El santo de Borita Casas es el 13 de julio. Antoñita la Fantástica habitó su corazón dos veces, y de la segunda vez se originó toda la particular biografía de una muchachita de ojos negros, morenucha, algo delgada y melancólica, fondo de todas las mujeres, niña que lo fueron todas, abril florecido en la memoria y

alegre aventura de las niñas de hoy, para quienes hoy nos alegra sobremanera escribir.

Vamos a contarlo todo desde el principio. Pero sabed una cosa: Antoñita la Fantástica no es un asunto banal. Ella cumple con su obligación al preocuparse de las pequeñas cosas y al rozar con las alas de su ligero corazón menudas penas y alegrías que al instante no lo son ya o

son otra cosa. Alegrías y penas de su instante vital de adolescente y de jovenzita a punto de rasgar la postrera niebla de su intimidad. Sabed que Antoñita podrá un día una madre ejemplar —yo sé que su hijo será muy hermoso y le llamarán «Casabello»— y podrá ser también enfermera y muchísimas cosas más, según el tiempo corra, arrastrando entre sus patas hechas de silencio modelado, como las patas de la gacela, miles y miles de recuerdos. Pues que así ha sido siempre y así será.

LA MADRE DE ANTOÑITA LA FANTÁSTICA

Estamos ya frente a Borita Casas. Es una mujer alta, cuyos gestos y diferentes actitudes componen un tema grácil, un signo de mujer interesante. Hay en ella algo de anárquico, es decir, absolutamente femenino, que se manifiesta con una espontaneidad arrolladora y que literalmente encanta por lo menos con igual intensidad que la guzla dulcificada que Balzarad llevaba en la garganta. Le pregunto por su niña y me responde con muchas palabras de amor, con muchísimas.

Le digo:

—Hábleme un poco de usted.

—Verá... Poco hay que decir. Yo nací en Madrid ¿sabe? Sí, sí, yo soy madrileña. Fui una niña bien.

—Es usted, señora—digo—, la exacta imagen de su niñez.

Borita Casas sonríe y luego hablamos de otras cosas. Hay un capítulo muy triste. Durante la guerra le mataron a un hermano. Se quedó sola con su madre. Algunas semanas después fueron a Burgos. Burgos, en aquellos años heroicos, era el centro nervioso de la España nueva. En la radio necesitaron una locutora, y allí fue Borita Casas.

—Sí. La verdad es que fui a la radio un poco deportivamente, por el deseo de hacer algo, sin que en realidad lo necesitara.

—¿Aprendió allí mucho?

—Bastante. Me inicié en el micrófono. Precisamente ante el micrófono nació Antoñita.

—Cuenta, cuente.

Estamos, sea dicho de paso, en una amplia habitación lujosa. Mi interlocutora se halla ante una pequeña máquina de escribir. Ha indicado que nos sirvan jerez y pastas. A través de una gran ventana, con rejas y visillos, una mañana gris pelea por entrar.

—Antoñita se me ocurrió en Radio Madrid. Habíamos vuelto de Burgos. Esto ocurrió en el año 1947. Yo había hecho una gran amistad con Pototo y Boliche, y era entusiasta de su emisión, verdaderamente extraordinaria, como usted recordará.

—Sí, sí. Lo recuerdo.

—Pues bien: en una ocasión se celebró un homenaje a aquella pareja. Con anterioridad yo les había prometido que llevaría, para alegrar más el homenaje, una niña simpatiquísima. Me había desbordado en alabanzas. Que si era de esta manera, que si tenía esta gracia y aquella otra... En fin, estaban todos pero que muy impacientes por conocer a mi niña.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó? ¡Casi nada! Que llegó aquel homenaje y yo aparecí en la emisora sin la niña.

—¡No lo puedo creer!

—Pues ya le digo. ¡Sin la niña! Claro que yo tenía mi secreto...

Bebemos un sorbo de jerez. Un jerez seco, para que se enteren. Y luego me imagino la consternación de toda la emisora. Todos preparados con sus trajes nuevos y con sus voces de domingo. Porque en la emisora, claro, no sabían el secreto de Borita. Si lo hubiesen sabido, entonces nada. Pero como no lo sabían... Ya entra Borita en la sala de emisión. Todos la miran. Algunos quedan perplejos. ¿Y la niña? ¿Se la habrán comido, al pasar, los leones de la Cibeles? Y en seguida se corrió la voz: ¡que Borita ha venido sin la niña, que Borita ha venido sin la niña!

—Pero Borita, por Dios. ¿y la niña? Lo hemos anunciado. Todos los radioyentes de España esperan a la niña...

Y entonces vino lo bueno. Porque Borita, que jugaba con todos los triunfos de su ductilidad artística, de su varia sensibilidad y de su voz, repuso:

—La niña soy yo.

Muy bien. En verdad, en verdad ¿no vale—y recorro a la analogía mental que de modo súbito ustedes han establecido—, no vale, digo, un Estado, infinitamente menos que una niña como Antoñita la Fantástica? La niña soy yo... Mágicas palabras de un recuerdo puesto en pie y hecho nuevamente actualidad.

Y así fué. Y se pusieron en marcha los micrófonos. ¡Atención, control! Y preguntó Manolo Bermúdez:

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Me llamo Antoñita, pero me llaman Antoñita la Fantástica.

—Oye, rica..., ¿cuántos años tienes?

—Ocho.

Estas fueron las primeras palabras que Antoñita, nuestra gentil niña, pronunció en público. Borita Casas ha tenido la amabilidad de pronunciarlas hoy ante nosotros, y es realmente una pena que la dulce inflexión de su voz tierna y brillante no pueda ser reproducida.

LA TARJETA DE BENAVENTE O LA GRAN ALEGRÍA

Antoñita me ha dicho su madre—nació de pie. Su aparición fué un éxito rotundo. Sus intervenciones ante la radio se multiplicaron y eran esperadas con singular ansiedad. Comenzaron a surgir en su torno variadas figuras que para siempre serán ya parte muy honda de su biografía. Todo aquello necesitaba ya un soporte menos aéreo que la radio, un soporte que hiciese permanecer las bellas historias. Así, Antoñita pasó al libro. Fué el primero «Antoñita la Fantástica». Y los siguientes: «Más historias de Antoñita la Fantástica», «Antoñita la Fantástica y su tía 'Carolina'», «Antoñita la Fantástica y Tite-ris», «Antoñita la Fantástica se pone de largo», «Antoñita la Fantástica en el País de la Fantasía», «La hermana de Antoñita la Fantástica», «Las amigas de An-



En estos días se pone a la venta un nuevo libro sobre Antoñita la Fantástica. La fantasía de Borita Casas volverá a alegrar el alma infantil de sus incontados pequeños admiradores

11 ³/₄₈

St Borita Casas —
Justamente de st He leído su
libro — Antojito la fantástica —
Aparte de comercial es un perfecto
estudio de psicología infantil. Le
lee de un fin sube a pesos —
Muy de veros felicitación en el
muy corchil quibus in fin 2-2-2-
Jacinto Benavente

Carta autógrafa que el Nóbel don Jacinto Benavente dirigió a Borita Casas felicitándole por su libro «Antoñita la Fantástica»

toñita la Fantástica» y «Algunos cuentos de Antoñita la Fantástica». Todo es ella, pará ella, y es, asimismo, en su torno. Como se ve que es su madre quien escribe. Su madre, que la lleva en el corazón.

Todos los libros han ido apareciendo por la Navidad, como un regalo más sobre la nieve y la fantasía. Si los niños—como escribimos una vez—calzan por tales días espuela de oro, las niñas sueñan dorados paisajes de eventual travesura inocente en donde lo único maravillosamente serio es su muñeca. Pues ninguna muñeca tan verdadera y sanguínea como Antoñita, a veces—como su madre dice—melancólica. Y eternamente asombrada.

Estamos ahora, por un momento, en el año 1948. Borita Casas llega a su casa. Su madre, que está ya bastante enferma, dice que han llegado unas cuantas cartas. Una de ellas es de don Jacinto Benavente. ¡Ay, y cómo le sube la emoción por la garganta a Borita al leer el nombre de su niña en letra del premio Nó-

bel! «He leído su libro. Aparte de su interés, es todo un tratado de psicología infantil».

Llegamos ahora a otra parte triste. Muere la madre de Borita Casas. En el año 1949 la enfermedad que sufría se agravó de manera alarmante, y Borita decidió permanecer junto a ella en todo instante. Aquel año, pues, el 49, se retiró de locutora. Con ella, Antoñita dejó los micrófonos. Al año siguiente, la madre de Borita murió.

Hablamos ahora de cosas de la vida. Si yo tuviera que describir —ya se sabe que es imposible definir a un ser humano—, describir, repito, en pocas palabras a Borita Casas, diría: Un ser incapaz de adoptar actitudes premeditadas.

Hace unos instantes que mi interlocutora se ha levantado y se ha ido al piano. En el atril hay una partitura de Schubert. Ella se sienta al piano y suena al momento un vals, pero un vals de Strauss. Me dice, sonriendo:

—Lo antiguo...

Se me ocurren cosas antiguas y

nuevas, como, por ejemplo, el vals creó un ritmo y hasta una figura femenina distinta a la que creó el tango o crea ahora el Rock and Roll.

SIEMPRE CON LA MALETA PREPARADA

Borita es una gran viajera. Ha recorrido lo más importante de América y Europa. Me cuenta cosas de todos los sitios.

—En Méjico una vez me hallé, de pronto, delante de mi niña. Fué en un escaparate. No lo esperaba, ni mucho menos, y aquello me impresionó mucho.

—Por cierto, ¿no cree que debería enviar a Antoñita al extranjero durante una temporada? Todo lo que la niña pensase una vez fuera de su ambiente natural, sus mismas reacciones, servirían de mucho a las niñas españolas.

—No hay duda. Es posible que la lleve alguna vez a la Argentina o a Méjico. Allí se enfrentará con aquellas hermosísimas leyendas indias. Será una bonita y honda experiencia.

Hablamos ahora de lecturas.

—Mis lecturas son muy heterogéneas. —Y añane—: Como los perfumes. Sin embargo —continúa—, hay un autor que hizo mella en mí desde siempre. Es Ramón Gómez de la Serna. Luego hay otros. Entre ellos, Pedro Salinas. Jedro Salinas me llama al corazón. De ahora me interesan mucho Elena Quiroga y Foxá.

Y Andersen. Borita Casas habla de él con gran entusiasmo. Hablamos después de los niños, y ya de todo, de todo junto.

—Antoñita ve las fábulas de Samaniego como si Walt Disney se las pusiera en la cabeza.

Borita Casas, en Radio Madrid, con Joaquina Carrera, Bellón y Calderón, en el año 1951





Borita Casas cuenta a nuestro redactor cómo nació su personaje infantil Antoñita la Fantástica, allá por el año 1947, ante los micrófonos de una emisora madrileña.

Parece que la imaginación de su niña —y de todas las niñas— ha quedado bien fijada. En efecto: Walt Disney es la imaginación de los niños.

Seguimos.

—Mi niña vió tres o cuatro veces «Pinocho». Sin embargo, «La Cenicienta», una vez nada más. No le gustó. Ella había imaginado otra «Cenicienta».

Creo por un momento que averiguaré el último y precioso secreto de Antoñita. Bastaría para ello saber qué «Cenicienta» había la niña imaginado. Mas no lo logró alcanzar, probablemente por falta de pericia, una visión clara de ese antro final, en donde tal vez yace la fibra más radicalmente íntima de la niña.

Pregunté una, dos, tres veces. La respuesta fué así:

No le gustó; le pareció mejor «Pinocho». No le gustó, le pareció mejor «Pinocho»

—Por qué.

—No le gustó...

ANTOÑITA Y EL DOMUND, Y ANTONITA EN EL TEATRO

Tal vez el hecho más memorable de la variada biografía de Antoñita la Fantástica haya sido la noche en que pidió, a través de Radio Madrid para el Domund. Su fresca voz fué como un impacto fecundo que aceleró la generosidad de los madrileños. Aquella noche, Antoñita se ganó definitivamente el amor de todos. Borita Casas narra aquella simple emoción que con simples palabras corrió como sangre a través de los hilos e hizo rebosar todas las antenas.

—El más ateo, el de corazón más duro, habría enviado su óbolo Antoñita recibió miles de felicitaciones. El padre Echenique

y el padre Félix García le escribieron entusiasmados.

—¿Y en el teatro? ¿Ha estado alguna vez su niña en el teatro?

—Sí. Actuó una vez en aquel famoso Teatro de Monigotes de hace algunos años.

—¿Qué niña encarnó a la suya?

—La hija de Amparo Reyes. Fué el verdadero trasunto de Antoñita. Ella actuaba y gesticulaba y yo le prestaba la voz, por el micrófono, oculta tras los decorados. Fué un éxito grande.

—¿Volverá algún día con Antoñita a la radio?

—Es probable.

Extendemos la conversación a otros asuntos y hablamos de los personajes y de los personajillos que se movieron en torno de la niña durante los nueve libros de su historia. De la tía, Carol, de las amigas, de...

—No sé si recordará usted— me dice— a Nicereta.

—Creo recordar, Nicereta, la chacha Nicereta...

—Sí. Pues Nicereta ha muerto. Estaba yo en Washington cuando me dieron la noticia. Joaquina Carrera, que tantas veces hizo y tan bien el papel de aquella chacha buena, graciosa y humilde, había muerto. Lloré con toda mi alma. Joaquina Carrera era angelical. Había muerto.

—Es triste. Lo comprendo. Había muerto ella y su papel. Doble muerte y doble dolor.

«OTRA VEZ ANTONITA LA FANTASTICA»

El diálogo se tiñe otra vez de azul claro, que es el color de uno de los vestidos más monos de Antoñita, aunque ya está un poco pasado.

—El libro que saldrá ahora, en los primeros días de diciembre, se titulará «Otra vez Antoñita la

Fantástica». En él, mi niña vuelve a los doce años.

—¿Qué le ha decidido a esa vuelta?

—Sus amigas. Las amigas de Antoñita. Yo había cuidado muy bien a mi niña. Para eso era mía. Se había casado estupendamente. Su marido la adoraba, tenía una casa magnífica en Madrid y una finca estupenda en La Mancha. ¿Qué más se podía pedir?

—Nada más, señora. La verdad es que usted se había portado muy bien con su hija.

—Claro. Ya le digo que para eso era mi niña. Pero sus amigas empezaron a decirme que Antoñita había crecido muy pronto, que su adolescencia había sido nada más que un soplo. Y me vencieron. Accedí a sus deseos y ahora Antoñita será otra vez la niña de doce años.

—¡Feliz ella que podrá ver dos veces el mismo río! Y dígame, señora, ¿qué pasa en este otro libro?

—Verá. Antoñita va a un hotel y resulta que allí está una vedete de esas tontas y presumidas. Hay un robo y le echan la culpa a uno que no es. En fin, que mi niña se ve envuelta en un asunto policíaco.

Poco más hablamos. Antoñita la Fantástica, morenucha, espigada y melancólica a veces, de tierno corazón y de ojos oscuros, estará otra vez muy pronto con todas las niñas de España. Antoñita, que ha traspasado ya alguna frontera, pues sus libros se leen en portugués, volverá, sobre el caballo blanco de la fantasía, a alegrar a sus amiguitas y a quienes por razones terribles hemos hecho de la fantasía profesión.

Carlos Luis ALVAREZ
(Fotografías de Aumente.)

LA POLITICA A VISTA DE PAJARO

Por **Trinidad NIETO FUNCIA**

MIRADA la política desde lo alto, lo mismo que el paisaje visto desde el cielo, cambian los perfiles y los elementos de valoración. Así, mientras los temas candentes son la rivalidad ante el mundo comunista y el de los pueblos occidentales, y ahora en concreto, la agresión a Egipto o la rebelión y el heroísmo del pueblo húngaro, desde lo alto, todo eso no es que no signifique nada, sino que deja de cobrar ese relieve y como valor decisivo. La política a nuestro nivel habitual se cultivaba ya suficientemente en mil maneras de información y de comentario. No hay duda de que, si así no fuera, sería esto lo primero que habría que atender. Mas estando aquello otro suficientemente atendido, la contemplación de la política a vista de pájaro puede desempeñar un papel complementario que acaso llegara a ser del mayor interés.

Contemplada desde la altura la política, lo más importante y hasta decisivo es el estado general de los conocimientos de nuestra época. Ello lo condiciona todo para circunstancias de hecho dadas. Y, sin embargo, para la política contemplada al nivel habitual, el estado general de los conocimientos es una constante, un dato, algo invariable y con lo que no es preciso contar de manera expresa. Esta simple referencia ilustra bien el cambio de perspectiva que se opera en la contemplación o consideración de los problemas políticos a uno u otro nivel. A vista de pájaro los accidentes, las complicaciones y aun las dificultades de la política contemporánea se allanan, simplifican y transforman de una especial manera acerca de la cual conviene tener noticia.

Una de las características de este cambio en el ángulo de contemplación de la política es que desaparece la importancia de la división clásica de la política en política interior o nacional y política internacional. Los perfiles se desdibujan y pierden significado. Y mientras que de ordinario se entiende y se acepta, porque así es al nivel habitual, que la política exterior condiciona la política interior decisivamente, en algunos casos a lo menos, desde esta otra plataforma, si en algún modo puede interesar la distinción entre estas dos clases de política y si puede hablarse de que una condicione a la otra, es la política interior, o son las posibilidades de la política interior lo condicionante y previo.

Refiriéndonos en concreto a España, el tratamiento de la política desde el más alto plano de contemplación tiene la ventaja de que es por sí mismo suficiente para centrar buen número de las cuestiones cardinales, dejando al descubierto la inconveniencia de ciertos planteamientos en los que puede caerse, por extraño y disparatado que pueda parecer. Mirada desde arriba y con el más

amplio horizonte la situación histórica de España, puede mostrarse que en nosotros se da en la forma más aguda e interna cuanto hace de nuestra época una época crítica o de crisis en lo político.

La «crisis del Estado» y de los instrumentos de la vida colectiva es un fenómeno mundial, que ha ilustrado últimamente el catedrático Fraga Iribarne con un excelente libro dedicado al tema. Esa crisis no es, por tanto, algo peculiar de España. Pero lo que sí es peculiar de nuestra Patria es que las manifestaciones de ese hecho coinciden aquí con las de la crisis histórica nacional que arranca, cuando menos, de los comienzos del siglo XIX y cuyo máximo tiene lugar en 1936, con la iniciación de la guerra civil. Esta coincidencia de dos procesos críticos hace que se agraven las consecuencias debidas a cada uno de ellos. En particular, eso que se conoce ya generalmente como «la crisis del Estado» se comprende que ha de gravitar fuertemente sobre los intentos de cancelación y superación definitiva de aquella otra crisis histórica, no ya específicamente política. En último término, todo se traduce en necesidades de creación política más apremiantes y profundas que las de cualquiera otro de los países sumidos simplemente en el fenómeno general de «la crisis del Estado». La «crisis del Estado», en cuanto quiebra del pensamiento decadencia y hasta perversión de las instituciones y esterilidad de los expedientes tradicionales o conocidos de acción desde el Estado, está entre nosotros en un más avanzado punto de desarrollo y nos fuerza a una acción histórica de vanguardia. De ahí que entre los errores posibles, ninguno sea mayor que cualquier intento de vuelta hacia fórmulas del pasado, que no pueden ser ineludibles más que en el ánimo de quienes no llegan a ver ni entender nada de lo que sucede ante sus ojos.

Contemplada la política española desde arriba, nada más claro, seguro y prometedor que la oportunidad nacional de conquistar la otra orilla y poner pie firmemente en el futuro mediante la concepción y ejecución de soluciones políticas y ensanchamiento y desarrollo de nuestro propio presente. A ver esto ayuda la luz que proviene de considerar no constante, sino variable, el estado general de los conocimientos. Porque, a vista de pájaro, la política se ve como encorsetada por la mentalidad del momento y es accesible reconocer en una amplia ojeada por dónde puede ensancharse con eficacia aquella cárcel. Desde arriba la política cobra una naturaleza nueva y deja de prestarse a tanta confusión, a tanta perplejidad y dispersidad de juicios como estamos acostumbrados a observar.

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

**PARA CONOCER
POESIA ESPAÑOLA**

**LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS**

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

UN CATEDRÁTICO QUE RECORRIÓ 3 CONTINENTES



UNA META: "QUE TODOS LOS ESPAÑOLES PASEN POR CENTROS DE ENSEÑANZA MEDIA", DICE LORENZO VILAS

UN NUEVO ORGANISMO PARA LA ORIENTACION DIDACTICA

—EN realidad, mi verdadero trabajo no es éste, sino la investigación.

—¿Entonces?

—Dicen que sirvo y aquí estoy hasta que me envíen a otro sitio. Don Lorenzo Vilas habla a veces despacio, a veces de prisa, en ocasiones como una ametralladora, con frecuencia lentamente, como si las palabras cayesen gota a gota, sílaba a sílaba.

A él le ha resultado fácil decir «hasta que me envíen a otro sitio». Pero el, «dicen», encierra algo que no quiere reconocer él mismo: treinta años dedicado a la enseñanza, que le han situado desde hace unos meses en la Dirección General de Enseñanza Media. Sí, porque sirve está aquí, en

un despacho de paredes forradas de madera, sillas cómodas y una ventana grande que da al sol de noviembre. Una habitación espaciosa y clara, papeles por todas partes, un dictáfono y dos o tres teléfonos. En este mundo se mueve Lorenzo Vilas, catedrático de la Facultad de Farmacia, doctor en Químicas y viajero que ha cruzado ocho veces el Ecuador.

«EN TODO HAY ALGO BUENO. SOLO HACE FALTA TRABAJAR UN POCO PARA ENCONTRARLO.»

No hace muchos días la Real Academia de Farmacia ponía su nombre en un acta nombrándole miembro efectivo. Es el reconoci-

miento a una labor oscura y callada, sin relumbrones ni alharacas.

—Me enteré cuando estaba en el extranjero. Hace cinco días que he llegado a España.

Fué a Austria con unos alumnos de la Facultad y ha vuelto un poco triste, porque también Viena está triste. Es ahora una ciudad apagada, casi muerta, no todo lo alegre que debía ser, ya que la nación ha recobrado su independencia.

—Sí, a pesar de que se han gastado veinte millones de dólares en reconstruir el edificio de la Opera, ya no es lo mismo.

Ha dejado atrás la sombra de una guerra para volver al sol de la paz. Lo paradójico es que la

guerra misma ha influido en su vida para traerle hasta aquí.

—Bueno, usted pensará que soy un pesimista, pero en realidad soy todo lo contrario. Soy de los que creen que en todo hay algo bueno y que sólo hace falta trabajar un poco para encontrarlo.

Trabajo y tenacidad. Lorenzo Vilas los tiene. Sonríe un poco:

—Aunque he nacido en Barcelona, soy de pura raza aragonesa, lo mismo que mis padres. Los dos eran del Pirineo de Huesca. Quiero a las dos regiones por igual y lo mismo me sucede con las Vascongadas y Castilla.

Su mujer es vasca por los cuatro costados, pero nació en Madrid. Y sus dos hijos son castellanos. Ahora se ríe más:

—Toda una pequeña O. N. U. peninsular...

Pero antes de llegar a esta «organización», mucho antes, Lorenzo Vilas era un niño que estudiaba en el colegio que los padres jesuitas tenían en Sarriá. El colegio fué cerrado en 1915 y Lorenzo tuvo que ir a estudiar a otro.

—Aquél era un buen colegio. Se había adelantado en muchos años a su época. Por eso lo cerraron... No lo comprendían.

Sigue con los jesuitas en el caserón de la calle de Caspe, de Barcelona, y cuando los padres se trasladan a Zaragoza, el muchacho entra en el Colegio del Salvador, de la misma Orden. Allí termina el Bachillerato y empieza a estudiar Ciencias Químicas en la Facultad de la Universidad aragonesa. No eran buenos tiempos para España. Poco después, Primo de Rivera da el golpe de Estado que le llevaría al Poder, y cuando éste se halla en su momento cumbre, Lorenzo Vilas recibe el título de licenciado en Químicas. Corre el año 1925. Doctorado, oposiciones, aulas, laboratorios y, por fin, cátedra. Un año en Tortosa, dos en Logroño y luego la guerra en España. Cuatro años antes se había casado en Madrid, en la parroquia de los Dolores.

MUERTO DURANTE TRES AÑOS

Quando la República arrancó la corona del escudo de España, él fué uno de los que se negó a



Lorenzo Vilas, al terminar el colegio, en Zaragoza, en el año 1921

pactar con aquella situación. Debajo de todo el aparato republicano no veía más que vacío. Sólo la cáscara. Debajo, nada. El mal que arrastraba la Nación desde hacía muchos años comenzó entonces a asomar a la superficie. Era necesario encontrar una solución, pero aquella no era «la» solución.

—No firmé la adhesión, y me declaré difunto sin enterrar.

Difunto, porque oficialmente él no existía; pero, sin embargo, allí había un hombre que se daba cuenta de lo que pasaba y que iba calando hondo en la esencia del problema mientras esperaba, escondido, el fin de una guerra que nadie hubiese querido, pero que se hizo necesaria.

—Y precisamente durante la guerra me di cuenta de lo que necesitábamos: educación, formación humana. Precisamente la guerra era una falta de esa formación.

Por aquella época, Lorenzo Vi-

las ya había viajado mucho antes de que empezase el conflicto y forzosamente había visto los sistemas, de educación que seguían en otros países. Ahora, 1936 y siguientes, esa diferencia se ponía de manifiesto brutalmente, arrolladoramente, y los tres años de lucha no eran más que una protesta desesperada, un grito «¡Ya basta!» de un pueblo harto de podredumbre, alimentada y sostenida por alguien de fuera a quien le interesaba mantener aquel estado de cosas.

—Desde hacía muchos años, la enseñanza primaria y la media estaban totalmente desatendidas; los métodos eran anacrónicos y las posibilidades de instruirse cualquier persona estaban coartadas por una barrera económica y social. Incluso los investigadores se hacían a sí mismos, sin ninguna garantía de que su trabajo tuviese una continuidad por impulso de otras personas.

Todo esto tuvo su reflejo en el Madrid de 1936. Las quemadas, los asesinatos y los «paseos» acusaban una falta de formación humana que aterraba. Fué entonces cuando pensó, cuando sintió, que todo aquello tenía un origen remoto. Unas fuentes que se remontaban a muchos años atrás, a un pensamiento que cristalizó a finales de siglo en un «ni hacer ni dejar hacer», que a nada bueno conducía.

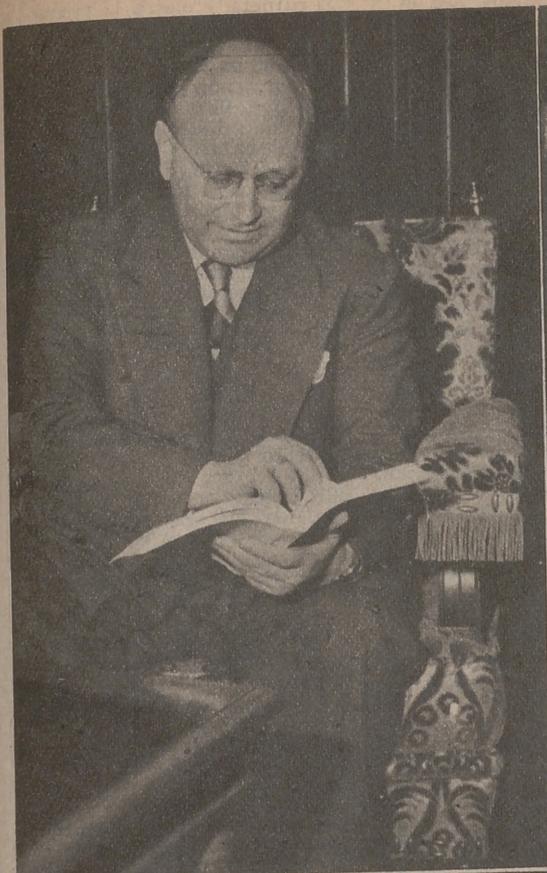
—La postura crítica que después se ha manifestado tantas veces es la misma que adoptó la generación del 98. Y así no adelantamos nada.

Termina la guerra, y Lorenzo Vilas, en 1944, se hace cargo de su puesto en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Madrid. A partir de entonces, y con la experiencia adquirida durante la campaña, todos sus esfuerzos se dirigen a conseguir una mejor educación de los españoles.

En el Instituto «Ramiro de Maeztu», antes de llegar a la Facultad, montó un taller, en el que los estudiantes alternaban sus horas de clase con fresadoras, tornos, válvulas y máquinas herramientas. Se trataba de conseguir una más estrecha unión entre el hombre dedicado al estudio y al trabajo manual. Quería romper el aislamiento del intelectual.



El segundo por la izquierda es Lorenzo Vilas, en el Campamento de San Gregorio, durante el servicio militar (1927).—Derecha: Una fotografía deportiva, cuando el señor Vilas practica el esquí, en la sierra de Guadarrama. En la fotografía, el primero de la derecha



Los gestos del catedrático don Lorenzo Vilas, doctor en Químicas y viajero que ha cruzado ocho veces el Ecuador

tual para acercarlo al obrero, enseñándole a manejar las mismas herramientas que él. a conocer cada pieza por su nombre, a emplear el argot usado en las fábricas y talleres, a comportarse dentro del taller como lo haría un obrero en su trabajo.

—Pensaba que aquellos muchachos seguramente no harían uso de esas herramientas en su vida, pero pensaba también que para un hombre que trabaja con sus manos en un taller de forja, por ejemplo; el hecho de que el médico que le asiste cuando se pone enfermo le hable como él habla y conozca lo mismo que él conoce, significa mucho, crea una confianza que rompe esa barrera, ese antagonismo instintivo del que no ha estudiado hacia el que tiene una carrera y que considera situado en otro mundo.

Era sólo un ensayo, pero de aquel taller empezaron a salir buenas cosas y se puso de relieve la conveniencia de hacer lo mismo con esos millones de españoles que trabajan en el campo y en las industrias: acercarlos a las Escuelas, a las Universidades, a los lugares en que pudiesen recibir esa formación que necesitaban. Y al Instituto acudieron trabajadores para, poco a poco, llegar a saber que en la vida hay un algo que se llama bien común, al que deben contribuir todos, cada uno en la medida de sus fuerzas y de su capacidad intelectual; que las bellas artes son algo más que blandenguerías y que trabajando y estudiando se puede mejorar de posición. Una labor constante y difícil.

—De acuerdo; pero nosotros pensamos que si podíamos ir a

favor de la corriente, mejor, y si no, peor para la corriente. La enseñanza media es el nervio de la Nación y hay que procurársela a todos los españoles.

Fueron años de lucha, de verdadera prueba. Entonces es cuando Lorenzo Vilas, vocacionalmente, se decide a contribuir a la formación de esos miles de personas en la medida de sus fuerzas.

«ES MUY FACIL ESTAR EN EL TENDIDO GRI-TANDO Y SACANDO HUMO DEL PURO»

El primer éxito le anima, y más aún cuando Jesús Rubio, hoy Ministro de Educación, monta la Enseñanza Laboral. Se crea el primer Patronato Nacional encargado de estructurar esa Enseñan-

za, y Jesús Rubio, su presidente, no olvida a Lorenzo Vila. Le llama a su lado y, juntos, emprenden el nuevo camino. Poco más tarde le encargan de la fundación del Instituto de Formación del Profesorado Laboral, y en el despacho del hotelito de la calle del Pinar, de Madrid, pasa tres años.

Quizá sea de esa época de la que guarda mejores recuerdos. Por allí desfilan hombres que luego van a enseñar al campo, a los pequeños núcleos urbanos, a las capitales de provincia demasiado pequeñas para tener Universidad y demasiado grandes para carecer de ella y lo que la Universidad supone.

Coincide esta época con la intensa migración del campo hacia



Otra fotografía de sus actividades deportivas. Aquí aparece en la cumbre del Monte Perdido

Las grandes ciudades, que más tarde crearía otro problema. A todo hay que poner remedio, y urgente. Los profesores van, reciben orientaciones y normas, firman su contrato y toman el tren hacia... donde haya gente que les necesite. Lorenzo Vilas se pone muy serio al hablar de ellos. Y lo hace con respeto, con verdadero cariño:

—Son gente extraordinaria; realizan una labor dura, de verdadero misionero, ya que hay un absentismo total de universitarios en las capitales de provincia.

Son los años en que se concede excesiva importancia a la enseñanza primaria. Es así porque de buena fe se cree que debe tener prioridad. Luego los resultados demuestran que tal creencia era una equivocación, y llega la hora de rectificar. Envejeciendo se aprende, y unos cursos más han puesto en evidencia que debe darse otra orientación a la enseñanza.

—Verá, esto es un poco como en los toros. En la arena el toro y el torero, y en el tendido, el señor del puro que protesta y pide que se arrime, quizá con la esperanza de ver cómo le coge. Con esto sucede lo mismo: el señor del puro grita, pero no baja a arrimarse a él. Los periódicos se meten siempre con el Ayuntamiento y con nosotros, pero me gustaría a mí ver a alguien toreado...

Lo triste es que sabemos que todo va por buen camino, pero queremos que esté ya hecho, ahora, quedándonos en nuestro tendido y sacando nubes de humo a nuestro puro.

—Es una labor en la que tenemos que intervenir todos, cada uno en la medida de sus fuerzas —mueve las manos sobre la carpeta—. éstos encauzando y dirigiendo y éstos obrando y en-

ñando. Trabajar todos, eso es lo necesario, y eso es lo que vemos inculcando en la mente de los españoles de un tiempo a esta parte.

El bien común es el bien de las partes. Y al revés. Que cada uno ponga su piedrecita y tendremos la casa.

—¿Cuándo?

—Hemos fijado un plazo de unos quince años. Al cabo de ese tiempo, el noventa y nueve por ciento de los españoles habrán recibido una enseñanza media que contribuya a su formación humana y espiritual, de modo que el nivel medio del país haya subido extraordinariamente con relación a los años pasados.

—¿Con qué medios cuentan para llevar a cabo esta labor?

—El Estado tiene Institutos y tiene Centros de Formación Profesional. Ahora se está montando el Centro de Orientación Didáctica, que aconseja y apoya a todo el profesorado de enseñanza media en España. Están los centros docentes particulares, una parte de ellos muy buena y otra algo deficiente, pero que se está reformando para evitar que sean meros negocios con los cuales especulan algunos. Y no olvide las Universidades Laborales... Son fundamentales en este mutuo acercamiento y en la realización de este deseo.

Hace una pausa y sus ojos grises brillan serios tras las gafas.

—La aspiración es que la enseñanza media la reciban todos los españoles, y para dar movilidad y alcance a estos medios, se están creando filiales de los Institutos, que se montan en colaboración con los particulares.

Entra el secretario con unos papeles para firmar. Suena el timbre del teléfono. El sol va subiendo por los cristales. Más firmas. Luego el secretario recoge

su carpeta y cierra la puerta por fuera.

—El día en que el conductor de un autobús haya recibido la misma educación media que el pasajero que lleva detrás, nos daremos por satisfechos. Pero eso hay que trabajarlo, hay que conseguirlo a pulso, día a día, un poco más en cada hora...

Pienso que tiene razón y pienso también que poca gente conocerá y reconocerá luego esta labor insensible ahora, lenta por sutil y persuasiva, que realizan cientos de miles de hombres y mujeres en toda España.

VIAJERO DE TRES CONTINENTES

Una cosa nos lleva a otra, y las palabras de Lorenzo Vilas van tejiendo un puente de realidades y proyectos entre el hoy y el mañana. Lo seguro, lo tangible, es que ya está en marcha lo que él soñó en los días en que andaba escondido. Y está contento. Pienso en el porvenir con optimismo y sin inquietudes de ninguna clase por el suyo particular.

Sonríe.

—El día en que consideren que he cumplido ya mi misión, me volveré a mi cátedra y...

Volverá contento a las aulas de la Facultad y a su laboratorio del Instituto de Edafología. En los ratos de descanso, a la cámara fotográfica y los viajes. Viajar le apasiona, le gusta enormemente. Para él todos los viajes son buenos; todo lo que sea: conocer nuevas caras, nuevos paisajes y nuevas costumbres es bueno. ESCOCOLMO. San Francisco, Santiago de Chile y Ciudad del Cabo pueden ser los vértices de un polígono ideal en el que se encierra todo lo que ha visto: Europa, casi entera; Estados Unidos, Centroamérica, Brasil, Argentina, Chile...

—Y he llegado al convencimiento de que todos somos iguales. Lo único que nos diferencia unos de otros es la educación.

Climas distintos, distintas gentes. Ha cruzado ocho veces el Ecuador, de modo que ya es veterano en la travesía del Atlántico.

—Y, sin embargo, el continente que más me ha gustado es África. Es maravilloso y sorprendente. Si alguien con dinero no supiese qué hacer, yo le diría que se fuese a África.

Va recogiendo papeles. Sobre la mesa, un periódico.

—Estuve en Budapest cuando tenía veintidós años—dice ceñudo—. Era la ciudad más bonita de Europa...

Durante un momento, el ruido de la calle atraviesa los cristales de la ventana. Luego vuelve a África.

—Estuve en el Congo Belga, en el parque Krueger. Allí las fieras están en libertad y los hombres enjaulados. En los coches, claro. Desde el mío hice muchas fotos a un par de leones que pasaron a nuestro lado por la cuneta.

De repente empieza a sonreír y las gafas le brillan al sol.

—Llegué hasta el Cabo de Buena Esperanza para ver si era redondo o terminaba en punta.

—¿Y...?

Se ríe:

—Termina en punta.

Gonzalo CRESPI
(Fotos de Mora.)



«Desde hacía muchos años, la Enseñanza Primaria y la Media estaban totalmente desatendidas», dice el señor Vilas a nuestro redactor

AZOR



*Compruebe
la calidad exquisita
del*

BRANDY VIEJO

VETERANO

OSBORNE

BARCELONA, UN BARRIO DE LARACHE CON MAS DE CINCO MIL HABITANTES

LOS ESPAÑOLES CREARON
UN PEQUEÑO ORAN
EN EL GARB



La Alcaicería de Larache se puebla de tertulias árabes a la sombra de las edificaciones españolas

EL NUMERO 20 DE HAMD BEN TZAMI

HACE unos meses, el barrio de Nad Dur, de Larache, recibía cada mañana la visita de soldados americanos, preferentemente negros. No es que en Larache tuviesen establecida una base los Estados Unidos. La tenían en Arabua, en un bosque de eucaliptos cerca de la frontera de ambos Protectorados.

Desde el día en que Su Majestad Mohamed V cortó la cinta simbólica, los soldados norteamericanos olvidaron el camino de la desembocadura del Luccus. Ya no se les ve en la terraza del Canaletas ni de los otros cafés de la que primeramente se llamó carretera de Alcázar, y después le fueron cambiando el nombre una y otra vez, y ahora se me ha olvidado mirar cómo se llama, pero que para todos los españoles que tuvimos nuestra vivienda colgada en las orillas de los mitos griegos y de los mitos punos, continúa siendo la carretera de Alcázar.

Parecía que, borrada la frontera, debían venir más soldados de América. Es triste tenerlo que confesar, pero no les apasionan la arqueología, las ruinas de Lixus les dejaban indiferentes a los negros nacidos en Florida o en Carolina del Sur, y si les hubiesen dicho que en Larache hay un castillo que se llama de Nuestra Señora de Europa, les hubieran sorprendido grandemente. Lo único que les interesaba es un

arenal que existe cerca del Campamento, cerca también del mar, donde se elevan unas casitas de mampostería, donde eran bien recibidos.

Hoy las casitas de mampostería existen, pero dentro no hay nada que pueda recibir a los ne-

gros de la base de Arabua. Ni a los negros ni a los blancos, ni a nadie. El gobernador de la ciudad no se lo permite. Tampoco permite que las muchachas vecindadas en el arenal, con vagos pretextos de amistad áraboamericana, vulneren la sura koráni-

ca que prohíbe las bebidas alcohólicas. Advertido a la media hora advertido o a la media hora de los cantineros que tienen sus establecimientos en Nad Dur que sienten dueños de un generoso y se obstinan en beber de coñac o de whis-

ky a las mencionadas señoritas musulmanas, amigas de los negritos de Virginia, ya se pueden disponer a atravesar el Estrecho a nado, porque con la multa que les imponga los dejará más pobres que a un aissaua que haya hecho voto de pobreza.

Así es que si se empieza la visita a Larache desde Nad Dur, se observa que se han perdido varias cosas; la primera, la música. No sé por qué a las moras les gustaba tanto el manbo, pues siempre lo estaban poniendo en sus gramófonos. Cuando no era el mambo, era una estulticia cualquiera de esas que ensucian las ondas. Con lo cual, quien fuese en busca de música folklórica musulmana, lo mismo daba que se quedase en un ventorro de Vallerias.

Los cantineros andan de una parte a otra, según expresión de sus antiguas clientes, con «las caras rompidas», en espera de que haya algún perturbado mental que les ofrezca algo por sus cantinas.

El arenal lo han despejado las chicas de las casas de mampostería y lo han invadido las gallinas. Es una derivación impensada del comercio a que se dedicaban. Todo los días se arma un poco de alboroto, pero no de la clase de los que organizaban los negros, que, según referencias que me merecen crédito, tenían el vino triste y el coñac agonioso...



Puerta de acceso a la Alcazaba de Larache. Sobre la clara explanada de la ciudad marroquí se alza la mezquita. Al sol impresionista, que dibuja los contrastes de una civilización, el borriquito pasa como símbolo humilde bajo los arcos



Larache, ciudad de vario contraste, donde predomina lo viejo. Rincones que conservan el secreto de los recuerdos. El zoco se llena de color y gritos de mercadería

Ahora, los barullos se los organizan a los conductores de las desvenecijadas camionetas que hacen el servicio de la plaza de España, porque, como las gallinas no se atienen a ningún código de circulación, siempre resulta que una de estas odaliscas plumas fallece bajo los neumáticos de las ruedas, con gran indignación por parte de su propietaria.

UNA VILLA HECHA CON LATAS DE SARDINAS

Del barrio de Dad Dur se pasa al barrio de Las Navas.

El barrio de Las Navas nació con la primera caja de latas de sardinas que llegó a Larache con el Ejército de ocupación, el año 1911. Tras las tropas desembarcaron muchos españoles, que no encontraban sitio donde alojarse en el barrio moro, que era el único que había en la ciudad, pues la Judería se había ido cayendo de puro vieja y los hebreos se establecieron dentro de las murallas, por las cuevas pinas que suben desde la calle Real a ninguna parte, porque ninguno de los callejones tiene salida.

Un peninsular vió las latas de sardinas y dijo:

—Con esto me hago yo una casa.

—Bueno—le dijo el capitán—pero se la hace usted lejos.

Y construyó la primera casa de latas. Como el hombre había nacido en Las Navas del Marqués puso un letrero a la puerta de su zahurda que decía: «Villa Las Navas.»

Otros españoles, con materiales no mucho más sólidos que latas de sardinas, se fueron construyendo sus casitas. La vida, en lo que concierne a la alimentación, incluso en 1926, se puede decir que la regalaban. Las mujeres de los suboficiales y las de los albañiles emigrados a Larache armaban horribosas zapatiestas en el Zoco si el vendedor moro pretendía cobrarles cinco reales por un gallo. Las sardinas costaban a 20 céntimos las diez (se vendía todo por docenas y no por docenas, por ser ésta la costumbre marroquí, lo que hacía que las mujeres españolas se escandalizaran de que les robasen dos sardinas o dos huevos o dos pimientos cada vez que iban a la compra). Los huevos en 1911 estaban a 30 céntimos la docena. En 1926 habían subido los precios y había cableños arriesgados que se atrevían a pedir dos reales, aun sabiendo que iban a provocar explosiones de ira en las compradoras.

En cambio las casas estaban carísimas. No había forma de encontrar alojamiento a precios razonables. Un judío cobraba veinte duros españoles por una habitación larga y estrecha en una casa en la que pagaba de renta cuatro duros «hassanis» (unas 13 pesetas). Los moros emprendieron la «Operación Desahucio».

En Las Navas surgió un barrio. Se edificó en la plaza de España, en la carretera de Alcázar, en los Chinguetti. El quehacer más urgente era construir. Los contratistas no se decidían porque la guerra andaba muy cer-

ca, por las tomas de Beni Arós. Pero la iniciativa particular fué resolviendo el problema. El ejemplo del señor de Las Navas del Marqués lo siguieron muchos imitadores. El cónsul de España, que en aquella época era la máxima autoridad civil, manifestó su discrepancia con la lata de sardinas como material de edificación. A quien quería construirse su casa no se le cobraba nada por el terreno, y así, de una manera anárquica, nació el barrio de Las Navas, cerca del de Nad Dur, en un terreno arenoso.

A medida que la situación mejoraba los materiales utilizados en la construcción fueron cada vez más selectos. Hubo megalómanos que llegaron a utilizar el ladrillo.

Del barrio de Las Navas han desaparecido muchas chabolas y casucas. Sería inútil buscar la villa de Las Navas. Algunos ancianos de cuarenta años de la localidad la recuerdan, y también a don Fermín González, que era el nombre del fundador de la barriada. Don Fermín González, afecto siempre a la hojalata, se construyó detrás de la villa un corral, en el que llegó a tener una buena punta de cabras.

Por la mañana, precedido de sus reses y provisto de una campanilla, recorría la Española. A la vista de las clientes, que salían al oír la campana, ordenaba a las cabras, les daba la pitanza, y por una peseta cedía un azumbre de lecha.

Don Fermín González hizo en Larache añicos la industria de la leche condensada. Los hebreos rebajaban los precios de los botes. Una que se llamaba «El Pato» llegó a venderse a 20 céntimos y daban cupones. Era igual. Las españolas y las hebreas no compraban más género que el que les suministraba el nativo de Las Navas del Marqués.

Hizo una fortuna y se fué a España porque a los hijos se les había antojado estudiar una carrera. Un verdadero desatino. Que le subvencionasen los fabricantes de leche condensada es cosa que no ha podido ser probada hasta la fecha.

El barrio de Las Navas continúa siendo pintoresco: un arrabal andaluz trasladado a África. Lo atraviesan muchas calles. Está unido al centro de la ciudad por un servicio de camionetas, que es más bien un servicio de pelotas de tenis por los botes que pegan sobre el pavimento.

En el barrio de Las Navas entablé conversación con unas muchachas menestralas:

—Vosotras, de dónde sois?

—Nosotras, andaluzas de Larache.

Antes, refiriéndose principalmente a las oranasas, se decía «una española de África». Ahora hay andaluzas de Larache. No es desafortunada la expresión. En el barrio de Las Navas la casi totalidad de la población es andaluza o se encuentra la primera generación marroquí, hija de andaluces. Todos hablan con el acento de Málaga o con el dulce acento del Campo de Gibraltar.

—¿Cómo van las cosas? —les pregunté vagamente.

—Esta tiene novio. Yo no he tenido tanta suerte.

Realmente yo no me refería al aspecto sentimental ni a los casos particulares de las dos andaluzas nacidas en Larache, pero como de lo que está lleno el corazón habla la boca...

—¿Y con los moros...?

—Con los moros, ¡qué!

—Que si os lleváis bien...

—Y por qué nos íbamos a llevar mal? Nosotras no nos metemos con nadie y nos llevamos bien con todo el mundo.

Era necesario vencer la obstinación en convertir en un problema privado cada pregunta.

—Y los moros y los españoles de Larache, ¿cómo se llevan?

—Mire usted... Ahora los moros no fuman, y de beber, ni olerlo. Que no les deja el bacha... Pero de eso a llevarse mal con los españoles... ¡A usted le han equivocado!

—No. No me ha equivocado nadie. Pregunto simplemente.

—Pues se llevan lo mismo que antes. ¿Usted no estaba en Larache el día de la quema?

—No.

—Cuéntaselo tú, María de la Consolación.

—Entre ellos armaron una trapatista... bueno, ¿para qué le voy a contar? Pero con los españoles, ni esto... Nada... Y a mí eso me parece muy bien, porque si mi padre se pelea con un vecino, ¿por qué van a venir los moros a pegarles ni a mi padre ni al vecino?... Digo yo...

Decía muy bien María de la Consolación, que agregó que además les había dicho el Sultán que cuidado, y también se lo había dicho el gobernador, y que, además no hacía falta que se lo dijera nadie.

—¿Usted ha oído hablar de los franceses?

—Vagamente.

—Pues a los franceses no los pueden ni ver.

—Algo había oído

—Ni ver.

Por el barrio de Las Navas pasaba un marr oquí vendiendo higos chumbos; una mora cargada con un haz de leña; otro moro con un carrito de helados. En lo que se refiere a la buena vecindad, a la estimación mutua; nada habían cambiado las cosas desde los días en que don Fermín González adquirió la primera cabra.

En los demás, sí. Ha cambiado bastante. En el barrio de Las Navas hay bares, tiendas de comestibles, cerca un médico y en el mismo barrio, una comadrona. Las Navas nutre casi por completo el censo escolar del Grupo Español de la carretera de Nad Dur. La población, que en 1926 sería de unos 500 habitantes, es posible que actualmente llegue a los 5.000. Por añadidura se ha formado cerca otra barriada, la de Barcelona, que desaceraría quien creyese que estaba poblada por catalanes. En gran parte sus vecinos son árabes. Cuando la Medina se les quedó estrecho pasaron a la Española y construyeron en unos terrenos que hay a mano derecha de la calle de Barcelona, y de ahí el nombre del barrio.

Cuando el general Silvestre desembarcó en el muelle el 8 de junio, en Larache, vivían 5.000 musulmanes. Han pasado cuarenta y cinco años y hoy viven 40.000.

El barrio de Barcelona es un exponente magnífico de buena convivencia. Lo habita gente un poco más acomodada que el de Las Navas. En una casita vive una familia española; en otra, una familia marroquí. Los unos van a la iglesia y los otros a la mezquita, pero todos se llevan bien. Fui a la barriada. Mi amigo el «fakih» Sid Mohamed ben Abdesalam el Mekanasi, uno de los hombres más cultos y prestigiosos de El Garb, notario, tenía una casa muy hermosa en la «kasba». Se cuarteó, y como el árabe prefiere construir que reparar, levantó una nueva en la calle de Barcelona.

Me invitó a almorzar y nos sirvió la comida su hija Arjimo, que no se tomó la molestia de cubrirse el rostro. Para la hija de un notario tan viejo turbante como mi amigo no era poca cosa. Luego, con naturalidad, se sentó junto a nosotros y habló de política. Lee los periódicos españoles, franceses y árabes y le apasiona el tema de la monogamia.

¡Allá ella!

Dijo que iba a reunirse con unas primas suyas que eran maestras.

—¿Maestras?

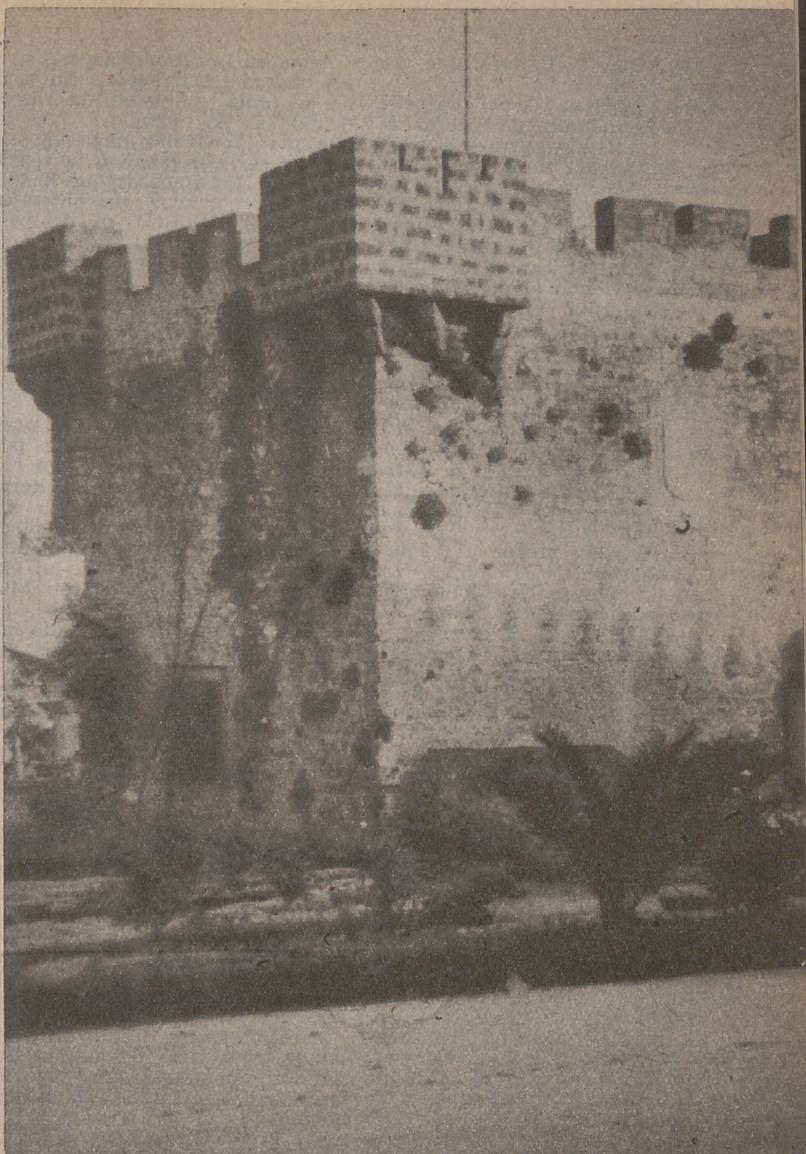
—Sí. Estudiaron en la Escuela Normal Femenina Musulmana de Tetuán. Ahora las van a colocar los istiglalis.

Del barrio de Barcelona, a la plaza de España. Antes hace muy poco tiempo, el Hotel de Larache, el Hotel España, aunque los viejos larachenses continúan llamándole el Hotel de la Amparo, tenía unas tarifas irrisorias. Está situado en el mejor sitio de la ciudad, con buenas habitaciones y bonitas terrazas. Cobraban la mitad que en un hotel de la misma categoría de Tetuán, cuarenta y cinco pesetas la pensión entera con baño y habitación exterior con vistas a un retazo de mar.

Hoy se han terminado esas bicocas.

Hace unos meses, en mayo como unas angulas en un bar. Puestas infernalmente. El precio que cobraron por ellas hubiera sonrojado a una figonera de Aguinaga. En un restaurante me cobraron mucho más de lo que hubiese ascendido la cuenta en uno de la misma categoría de Madrid. Inexplicable, porque las rentas son bajas y la vida está por lo menos un cuarenta por ciento más barata que en España.

No he querido repetir la experiencia. Pero en el Cocodrilo y en lo que fué la Ballena, punto de reunión de la gente andaluza. Los precios eran moderados y algunas cosas verdaderamente baratas. El hombre de las gambas nos dejó medio kilo de sus crustáceos por un duro. La dulcería está también a un precio más bien bajo. Los confiteros españoles han terminado con sus colegas hebreos que tenían pastelerías en la calle Real. Hoy los pasteles judíos hay que encargárselos, y lo mismo su-



Otro aspecto de la Alcazaba de Larache. Sobre la fachada un viejo escudo que recuerda los hechos históricos de España en aquella Zona del Norte africano

cedería con los moros si no hubiera algunos vendedores ambulantes por la Alcazaba.

Quien mejor puede informar acerca de la vida de Larache es un viejo y buen periodista, Gregorio Alonso Ruescas, más conocido por El Abate Busoni. Cuando la cosa comenzó a ponerse fea por la Zona Francesa, camino de Rabat me detuve en Larache y hablé con él unos momentos. Me dió una información que luego comprobé que era exacta, incluso en sus detalles más mínimos.

—¿Cómo anda esto?

—Bien.

—¿Bien de verdad?

—De verdad.

Hace treinta años, cuando Larache tenía menos de la mitad de los habitantes que hoy tiene, se publicaban tres diarios: «Heraldo de Marruecos», «Diario Marroquí» y «El Popular» y una revista semanal gráfica: «Hespérides». No sé quién los leería, pero lo cierto es que se publicaban. Hoy, las necesidades de información periodística que siente la ciudad son más moderadas y no hay más que un periódico, semanal: «Larache», que lo dirige con acierto El Abate Busoni.

UN PEQUEÑO ORAN EN EL CARB

Hace poco tiempo, a lo único que se podía bajar al muelle de Larache era a dar un paseo. Ni siquiera existía el Royalty, con la terraza donde en la actualidad se reúnen los almadrabereros. Allí tienen su casino y hablan de cosas del oficio, en una industria, la de la pesca, salazón y conservas, en la que lo únicamente se importa es la hojalata de Bjlbao y la madera de pino de Galicia. Todas las manipulaciones se realizan en el puerto larachense. Se fabrican las cajas y las latas en los talleres de la Compañía situados junto a la fábrica, mejor dicho, entre las dos fábricas, porque hay una de pescado y otra de productos agrícolas, en unas naves grandes, con instalaciones montadas con arreglo a los últimos progresos técnicos.

Desde la medina bajan todos los días las mujeres españolas y las mujeres mahometanas que sirven las máquinas, que cierran herméticamente los botes y desescaman y desespinan el pescado. Por la calle Real hasta la

Puerta (Bah el Bahar), que era límite de la ciudad.

Estas fábricas, en el Larache de 1956, son índice de las dos riquezas garbis: la tierra y el mar.

El cultivo del campo comienza a cuatro pasos del castillo de Nuestra Señora de Europa, sobre el Jardín de las Hespérides, por el aduar de Mhas Has y por Mensah, va buscando la orilla del río, sirviendo el propósito español de formar un nuevo Orán en El Garb en las márgenes del Lutus, propósito en gran parte logrado.

Lástima que lo reducido del territorio garbí que estuvo bajo la influencia española no nos abriera perspectivas mucho mayores. De todas formas se aprovechan admirablemente las hectáreas cultivadas y nuestra labor en las cabilas de Jolot y de Jolot y Tilig ha creado el pequeño Oranesado de Occidente. La tierra en que se ha hecho, con éxito, toda clase de ensayos, el de las grandes y el de las pequeñas parcelas, este último la misma Compañía que ha instalado las fábricas de conservas en el muelle y elevado una harinera en el camino de Alcazarquivir, donde antes no había más que moscas y mosquitos productores de malarías.

Conservas de tomates y de toda clase de verduras susceptibles de ser envasadas, productos de un campo en el que solamente se obtenían unas lechugas enanas y media docena de ristas de ajos.

Las cosechas no sólo bastan para cubrir el consumo de Yebala, sino que sobra para la exportación.

El mar, en Larache, es muy rico en pesca. Como el árabe no tiene afición al mar ni el judío de Marruecos tampoco apenas si tres faluchos se alejaban un tanto de la costa; pero desde hace años los españoles se lanzaron a la pesca y ésta resultó tan abundante que no fué posible consumir toda la que se conseguía: gambas, sardinas, pescadilla, aguja pala.

Como el lago de Tiberiades, en la noche de la pesca milagrosa, cuando las redes de San Pedro se desgarraron porque no podían sostener el peso de los pescados, este lugar del Atlántico es igualmente lugar de prodigiosa pesca. Cuando las redes no pudieron sostener el peso de los peces fué cuando se pidió hojalata a Bilbao y madera de pino a Galicia para fabricar latas y cajas donde meter la sardina, la anchoa y el atún de las almadrabas.

En 1956—y desde mucho antes—falla la profecía de que en Marruecos la gente se iba a morir de hambre y que los que aquí se establecieron iban a ladrar su necesidad y sus agobios en cuanto la metrópoli dejara de suministrarles desde lo imprescindible hasta lo superfluo.

Asombra la ignorancia con que fué tratado Marruecos. No sólo no se tenía en cuenta la razón de que se nos estimara por lo que por los demás hagamos, sino que se le negaban a la tierra y al mar las riquezas que basta con tener ojos, sin entender nada de agricultura ni de pesquería, para verlas.

Los cabileños, en otro tiempo hundidos en sus chilabas y en su indiferencia, prestan el concurso de sus brazos a la tarea agraria en el Marruecos desde ayer independiente, donde, con método y decisión, se trabajó y se trabaja resueltamente.

Hubiera resultado lastimoso que los esfuerzos realizados por España se malograran por la existencia de una barra peligrosa, en un puerto hecho por los alemanes, antes de que nosotros ocupáramos la ciudad, como una pacotilla más de las que los extranjeros vendían al sultán Muly Abd el Azziz.

Plinio y Silax habían loado las riquezas de las tierras garbis. Su testimonio valía más del que los que, sin haberlas visto, nos aseguraban que todo era arena, y a él nos atuvimos, con el éxito que supone el que, en el poco tiempo que la ocupamos, consiguiéramos que esta zona se baste a sí misma y lo fabrique todo.

Los navegantes punos primero, y los navegantes griegos, después, aseguraron que en El Garb existía un bosque de manzanas de oro. Este bosque se hallaba cubierto de lentiscos y palmito que dejó crecer una civilización que se derrumbaba. A nosotros nos competía la tarea de desenterrarlo.

Arroz, tomates, naranjas, harina de trigo, ricas pesquerías. Teníamos que crear un pequeño Orán en El Garb y lo hemos creado.

En la plaza de España, a un lado y a otro de la entrada de la carretera de Nad Dur, había un café y un cabaret. El café, el Hispano-Marroquí, era el mejor de todo Marruecos, con una terraza muy amplia y muy cerca del mar, con grandes ventanales y grandes espejos. El cabaret, Claridge Bar, no sé si era bueno o malo, porque nunca entré. Pero desde la calle se oía la música y se veía entrar y salir a las tanguistas.

Ni el café ni el cabaret existen. Esto podría dar idea de que la ciudad anda más escasa de caudales que en otros tiempos, pero no es así. La vida se ha trasladado, no sé por qué, ya que es una calle feísima, a los Chunguetti, donde se celebra el paseo que antes se celebraba en la carretera de Alcázar, y aquí se ha ampliado el número de bares y de colmados.

En cuanto al cabaret, creo que desapareció porque en la actualidad el dinero es más seguro, no tiene la inconsistencia de la época

de la guerra, cuando los oficiales bajaban del campo con el ahorro forzado de varias pagas y se las gastaban o se las jugaban. Entonces andaban por Larache algunos tahures.

La gente vivía, con excepción de los funcionarios, acampada en Larache. Terminada la guerra, se acabaron el Claridge Bar y el juego. Ya no se trataba de poner una cantina en cualquier parte o de abastecer al Ejército de cualquier cosa. Hubo que trabajar. El cabaret no lo cerró nadie. Lo cerró su dueño porque dejó de ir la gente. El juego, durante la Pascua judía del Purim, está tolerado. Ninguno o casi ninguno de los miembros de la colonia española aprovecha este permiso para jugar a los prohibidos, y los hebreos lo hacen moderadamente.

Tienen otras cosas en que ocuparse. A la gente hay que sacarla del ocio, no permitir que se blande, y Larache no es una población ociosa.

En cada momento, los pueblos tienen que resolver un problema. El que hoy preocupa no es, afortunadamente, el de la convivencia ni el de la guerra. Es el económico; pero no afecta a la ciudad, sino a todo el Imperio. Los cabileños andan remisos en el pago del tertib. No se les puede pedir que, sin una preparación previa, comprendan bien el significado de independencia. Creyeron, sin duda, que ser independientes era no pagar tributos. Hay que sacarles de su equívoco; pero, por el momento, la situación no es para producir alarma.

Si la autoridad del Sultán se ve reforzada, si los franceses comprenden que no es cosa de broma ni se puede andar jugando al ahora te lo doy y al ahora te lo quito, el Magzen impondrá su autoridad. En otro caso, puede ser la anarquía. Pero ya digo que no lo considero fácil y que, lo más probable es que todo se resuelva normalmente.

En lo que concierne a Larache, no está situada en tierra de banderías ni de rojés.

El Garb no tiene una tradición de rebeldía. El cabileño, antes de que se instaurara el Protectorado, estaba habituado al pago de los impuestos. Era país «bled el Majzen» y no país «bled es Siba», o sin autoridad central, desobedientes al Emperador y a su Gobierno. En otros lugares se hará más difícil el cobro de los impuestos. En Larache, Arcila, Alcazarquivir y sus respectivos campos, no.

EL ESTEPONERO DE PORTUGALETE

Mi casa mora estaba situada en Hamed bent Tzaml, en el número 20, en un recodo que hace la cuesta.

Ayer pasé por allí y llamé a la puerta para solicitar de los inquilinos que me permitieran verla. Me abrió una mujer musulmana y le expliqué el objeto de mi visita. No había ningún hombre en la casa y, sin embargo, me franqueó la entrada sonriente.

Esto hubiera resultado imposible hace algunos años. El Istiqlal ha hecho cambiar mucho a Marruecos. Le ha dado un em-

Suscribase a

"POESIA ESPAÑOLA"

La mejor revista literaria, que sólo cuesta
DIEZ PESETAS



España ha levantado sobre el suelo de Larache la clara esencia de su espíritu generoso e hidalgo. Nuevas edificaciones contribuyen así a la reforma urbana de la ciudad marroquí

pujón enorme y ha tenido la fortuna de que avance sin caerse.

La casa tiene planta baja, un primer piso, luego la azotea y encima de la azotea una habitación, que era en la que yo vivía. El resto de la vivienda, excluida la terraza y dos habitaciones sin puerta que allí había, se lo cedió a una familia andaluza a cambio de que se ocupara de la limpieza. Desayunaba en cualquier café moruno y las comidas las hacía en el Casino Español.

La morada es alta, pero tiene poco fondo. Todas las habitaciones distribuidas a la usanza moruna

Estaba en el patio cuando a la barandilla del primer piso se asomó una joven mahometana, con el rostro descubierto. Se fijó en que llevaba una máquina de retratar en la mano.

—¿Por qué no retratas a mi niña?—me preguntó.

—Vamos a la azotea—le contesté en árabe.

Subimos las dos musulmanas y yo, y en la azotea me esperaba la sorpresa de ver a un español sentado en una mecedora. De la habitación alta salieron una mujer y un niño, españoles también. Aquello ya era un poco más de

lo que podía esperarse, pero aquello era el Marruecos que nosotros ambicionábamos. El de la más estrecha convivencia. Ni en el Patio Trabuco, de Tetuán, ni en ningún otro sitio había observado hasta entonces que en una misma casa vivieran dos familias moras y una familia española.

—Esto sí que está bien—dije.
—Regular—me dijo el hombre—. No se está mal en esta azotea.

—Fué la mía. Entonces habían construido mucho por la Española y alquilé la casa en diecinueve duros hassanis.

—Más o menos, lo que me cobran por esta parte. Estoy muy cerca de la almadraba. Mi mujer se entiende bien con las moras. ¿Para qué me voy a cambiar?

—Usted es esteponero.

—Como nacer, he nacido en Portugaleta; pero aquí todos los que trabajamos en la almadraba somos esteponeros.

Todo estaba muy limpio, muy ordenado.

Con la ayuda de la mujer del esteponero de Portugaleta retratamos a la niña musulmana.

Si hubiera empezado por aquí, no habría necesitado hacer el recorrido de Larache para conocer

cuál es el espíritu de la ciudad. Los vascongados, en Marruecos, sentimos propensión a alojarnos en las Medinas moras. Recuerdo al pintor Antonio Got que vivía en el Tala de Tetuán; a Felipe Verdejo, en la alcaicería de Alcazarquivir; a Larrucea, a Echevarría; a los pelotaris del frontón de Tánger.

¡Pero de eso a irnos a vivir con familias moras!... Por lo que me concierne, no hubiera encontrado ningún inconveniente, pero ¡qué clase de escándalo se hubiera organizado en Morería!

El esteponero encartado ha instalado una ducha. Su mujer ha puesto media docena de macetas en la terraza. Los maridos de las dos moras, cuando terminan su trabajo, suben al piso alto y todos juntos hacen la tertulia.

¿Para qué habrá dado tantas vueltas por Nad Dur, por Las Navas por la plaza de España, por el muelle y por la calle Real si el nuevo Larache, el de Marruecos independiente, me estaba esperando en mi casa del número 20 de la calle Hamed el Tazmi, según se sale de la alcaicería y se desciende hacia el mar?

Luis Antonio DE VEGA

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO AR-
TISTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS



Por la ventana enrejada se podía descubrir la exuberante vegetación africana y el horizonte, de un azul profundo. Aquella parte del jardín, oculta a la vista de los transeúntes, era la más frondosa y la más silenciosa: eucaliptos gigantes con sus locas cabelleras de hojas estrechas y sus troncos tiernos, manchados de lengüetazos morados; enormes rosas blancas, amarillas y de un encarnado casi negro; jazmines anacarados, una multitud de plantas grasas y de flores cuyos nombres ignoraba la joven.

Silencioso, penetró en la habitación un joven árabe. Sus piernas se movían rítmicas, enfundadas en los anchos pantalones de tela roja. En sus manos, pequeñas y perfectamente formadas, llevaba la bandeja moruna de cobre pulido, con el servicio de té verde. La depositó sobre la mesa baja y salió sin una mirada para Virginia, como si ella no tuviera ninguna corporeidad, ajeno él a todo lo que no fuera su inaprehensible mundo interior.

Desde aquella casa se dominaba la ciudad de Argel y el puerto. En la lejanía, la suciedad, la pobreza, la enfermedad, se fundían en un resplandor de oro. Lo negativo se borraba mágicamente. Tan sólo vibraba la luz sobre el mar y sobre las casas blancas, cuyos desperfectos habían desaparecido.

Virginia adelantó la mano para coger un cigarrillo rubio de la caja de plata repujada, pero su gesto se quedó a medio hacer. «Alguien» la estaba mirando. Notaba el peso de una mirada que partía de no sabía dónde.

Enderezó la columna vertebral, lo que solía darle excelente resultado en momentos de apuro y decaimiento, y procuró serenar su espíritu y sus nervios desatados por el calor, el cambio de altitud y las violentas impresiones recibidas durante la excursión, en medio de antiguas ruinas romanas, cuya belleza la había conmovido dolorosamente.

Las voces conocidas habían enmudecido. Podría haber descansado unos instantes saboreando el té verde y caliente; mas, de pronto, «algo» había penetrado allí y había trastornado los valores establecidos y el anhelado reposo. Virginia notaba la carrera loca de la sangre en la garganta y en los oídos. Sin embargo, la joven había demostrado siempre fortaleza de ánimo y mucha sangre fría. Esta vez tampoco se dejaría invadir por fantasías absurdas.

Miró lentamente a su alrededor. La habitación poseía, como acceso único, la puerta por donde había entrado el criado árabe. Luego existía la ventana enrejada, pero esta posibilidad quedaba fuera de cálculo, ya que nadie conseguiría introducir más que una mano por entre los hierros cruzados.

«Aquí no pasa nada —se dijo—. Estoy muy excitada, eso es todo... Ver tan de cerca cosas en las cuales una ha estado soñando durante tantos años debe de producir una especie de fiebre, un desequilibrio nervioso... Sí, eso es lo que me está ocurriendo...»

Automáticamente giró la cabeza hacia otro lado. De la pared colgaba un espejo de tamaño regular, sostenido por un marco estilo renacimiento español, de madera oscura y pulida. Virginia concentró allí su mirada un buen rato, pensando que parecía extraño que aquella plaza valiosa no le hubiese llamado la atención al entrar en el saloncito. El marco era francamente de una belleza excepcional: figuras

de gárgolas y hojas de parra cinceladas con segura perfección en una madera que ya de por sí era una obra de arte; siendo oscura, se le descubría, al cabo de un rato cierto brillo apagado de color caoba, como el último destello de un invisible oasis. Hacía pensar en el árbol que dió tan maravillosa y sólida madera; un árbol entre incalculable número de hermanos suyos, peinados por los vientos y besados por las buenas lluvias, que hacen a la tierra olorosa como un incensario; árbol poblado por una nube de pájaros diurnos y también por alguna que otra sabia ave nocturna.

Ya habían transcurrido unos instantes desde que Virginia dedicara su atención al espejo cuando, de pronto, se dió cuenta de que algo anormal estaba sucediendo. Algo andaba cojo. Al principio estuvo buscando lo que pudiera ser causa de aquella sensación de molestia angustiosa, sin acertar a encontrarlo. Pero en seguida, lentamente, volvió a captar una impresión que ella bien conocía: la mis-

EL ESPEJO DE LA REINA

NOVELA, por Sofía NOEL

DESDE su llegada a aquella maravillosa casa, una sensación desconocida habíase apoderado de Virginia. Sensación de ausencia corporal, de felicidad casi objetiva, de placer misterioso, inexplicable, como cuando, de niña, se quedaba sola en el chalet que por aquel entonces ocupaba la familia en Ginebra.

Ahora, Virginia, sentada en el canapé recubierto por una gruesa alfombra de seda multicolor, ante la chimenea vacía en aquella época del año, se adentraba en el silencio de la habitación redonda. Llegaba a formar parte de este silencio, como la concha incrustada en la arena húmeda de la playa. Lejanas, resonaban las voces de sus dos compañeros de expedición y de la dueña de la casa, la señora Ledoux. Ellos habían quedado en el salón de recepción, una sala soberbia, un verdadero Museo, con cuadros de pintores célebres, porcelanas de Sajonia y de Sévres, muebles pequeños, inútiles y encantadores.

ma que la invadía cuando su mirada se perdía en la materia blanda y frágil de las nubes y empezaba a descubrir movedizos accidentes geográficos.

La luna, algo opaca, del antiguo espejo, reflejaba un cuarto sombrío que no podía recordar ni remotamente el cómodo saloncito donde Virginia se encontraba. Aguantó la respiración para no romper el encanto. Todo, de pronto, habíase tornado frágil, misterioso, palpitante. Se levantó despacio y fué hacia el espejo.

Quedó frente a él, desafiante y ansiosa a la vez por adueñarse del misterio o la locura engendrada por su agotado cerebro. El silencio se había hecho más compacto. Formaba un muro invisible y opriente en derredor suyo. Los pájaros, que momentos antes revoloteaban por los árboles con su alegre piar y el ruido sedoso de sus alas, habían enmudecido. Ningún paso hacía crujir la grava de los senderos del jardín, ni el vientecillo cálido agitaba las hojas de los eucaliptos. Virginia se encontraba como dentro de una campana de vidrio, aislada del mundo. Había perdido por completo la sensación de libre albedrío, que suele darnos tanta seguridad y esperanza. Miraba sin parpadear el espejo. Le dolían los ojos de tanto fijarlos en un mismo punto. Estaba como hipnotizada. Ante su vista se extendía un vapor turbio; ¿O bien era sobre la luna pulida? Formas blancuzcas, ligeras, pasaron, más bien como reflejos de pensamientos que de cuerpos materiales. Resultaba muy difícil explicarse este fenómeno.

«No puede ser..., no puede ser..., debo de encontrarme muy mal... ¿Tal vez el hígado? No estoy acostumbrada a estos calores ni a estas comidas grasas... Dicen que los trastornos hepáticos pueden causar perturbaciones oculares...»

Pero la joven permanecía inmóvil frente al espejo. Ahora veía dibujarse una cara. No supo si acababa de crearla ella misma o si, en realidad, se trataba de un rostro auténtico reflejado por el espejo.

En las noches de insomnio, para aligerar las interminables horas nocturnas, Virginia había inventado un juego apasionante. Consistía en apretar violentamente los puños en las órbitas y, tras un momento de oscuridad apuñalada por mil rayos de luz, daba comienzo un desfile extraordinario de caras. Algunas eran horribles, llenas de una expresión malevola y perversa; otras poseían un encanto personal delicioso. Virginia hubiera querido poder contemplarlas largo rato y retenerlas en su noche oscura para recrearse con los rasgos: las delicadas curvas de las cejas, el trazo palpitante de la nariz, el corte armonioso de los ojos. Nunca, sin embargo, había logrado asoderarse durante mucho rato de ninguna de aquellas deliciosas caras. La sucesión de rostros era vertiginosa. Acababa rendida. Debía encender la luz de la mesita de noche y leer algo insulso para olvidar el peligroso juego y su singular atracción. Se prometía no reincidir, comprendía que este juego era peligroso para sus nervios; pero, así como el intoxicado por el tabaco

no puede prescindir del placer excitante que le produce el perfume del humo, tampoco ella podía renunciar a llamar silenciosamente la atención de aquellos rostros, cuyo tamaño era el de las cabezas embalsamadas que conservan los guerreros aztecas como trofeos de sus victorias bélicas.

Ahora sucedía, tal vez, algo similar. Pero, no... Ahora, el rostro que iba dibujándose con limpidez no parecía querer huir.

Una faz morena se apoderó pausadamente de la luna del espejo. Un rostro altivo, de ojos negros de un negro absoluto, sin matiz, grandes, de forma alargada como el cuerpo del lenguado; con una boca carnosa, ancha, noble en su dibujo desdenoso. Aquel rostro pertenecía a una mujer de cierta edad, pero con una potencia casi varonil, un don de mando como el de una antigua amazona empapando todos sus rasgos. El oscuro cabello le caía en gruesas trenzas sobre los hombros fuertes y desnudos. Las mejillas, el cuello, conservaban una redondez juvenil que desmentía la vieja sabiduría de la mirada.

Virginia no supo cuándo dejó de contemplar aquella cara sobrecogedora. ¿Pudo su cerebro exaltado captar en unos segundos los menores detalles, como solía ocurrir en su peligroso juego nocturno de «crear caras»? ¿Pudo la imagen haberse aposentado largo tiempo en la luna del espejo español?

Bruscamente, el hilo invisible que la ataba al rostro acababa de ser cortado. Virginia no vio nada más. El espejo volvió a ser un espejo corriente, con valioso marco de madera, reflejando la pared enfrente: unas barcas falsamente infantiles, pintadas por Dufy, y el soleado esplendor de unos girasoles de Van Gogh.

De nuevo Virginia se había integrado en la vida. Oyó un leve crujir de madera y, al cabo de un rato, a lo lejos, el canto tenso, desnudo, de un árabe. Aquella voz la devolvió de lleno al instante actual: las callejas leprosas donde se agolpaban racimos de niños comidos por la mugre y las moscas; la majestad aplastante de las montañas con sus manantiales de aguas frías, espumosas; los días de mercado en los pueblos pequeños, con su ausencia de mujeres, sus mendigos ciegos cantando una meopea eterna en tono menor; el frescor silencioso de la mezquita, donde tuvo el privilegio excepcional de entrar; la escuela indígena, donde los niños descalzos en cucillitas sobre las esteras aprenden el Corán, como lo hicieron sus padres, sus abuelos y todos sus antepasados varones, en rítmico vaivén del cuerpo. Aquel vaivén había preocupado seriamente a Virginia. Le dijeron que los orientales creen que por el vehículo del ritmo penetra en el ser la palabra sagrada para ya nunca abandonarlo. Las frases son, al principio, sonidos huecos, hermosos, vibrantes. Luego, al madurar el ser, al ensancharse su mundo interior adquieren las palabras su trascendental sentido, tal como lo quiso el Profeta.

Virginia se daba cuenta de lo lejísimos que se encontraba de todo lo que había sido su vida hasta entonces, por lo menos en lo que constituía la par-



te externa; porque un mundo como el suyo, como el de sus padres, como el de los constructores de aquellos maravillosos teatros y templos romanos, poseía valores constantes y comunes a todos ellos: nacimientos, muertes, enfermedades y pasiones...

Parecía irse acostumbrando a la excitación que la trastornaba. Sabía perfectamente que ya no podría echar fuera de sí la visión de aquel rostro único; pero en tal preciso instante dejaba de ser un motivo de angustia, permitiéndola volver a las impresiones recibidas en la excursión a Tipasa: el ocre cálido de sus rocas y de sus tierras, aun más ardientes por la presencia del verde brillante, esmaltado de los lentiscos y los penachos plateados de las artemisas. Como siempre, los romanos supieron escoger el lugar más hermoso. La luz vibraba en constantes cambios sobre el mar, sobre la arena rubia de las extensas playas, en las rocas violetas de los temibles acantilados, entre las ramas de los pinos y de los almendros. Un lugar conmovedor donde a la majestad de los tesoros arqueológicos se unía la belleza inamovible, eterna, del país. Tuvieron la suerte de ser los únicos visitantes aquella mañana. Virginia pudo pasear a sus anchas entre los olivares, descubrir por sí misma los templos, las termas, el mausoleo y los hermosos restos de una fuente monumental, un verdadero teatro dedicado a las ninfas, las auténticas divinidades en un país donde el agua se considera como el bien supremo. La joven se divirtió en hacer resonar su nombre, repetido por un eco clarísimo y que debió de agrandar maliciosamente el ruido de las aguas al caer de escalera en escalera, entre columnas de mármol azulado y las estatuas de las ninfas desnudas, para ir a remansarse en las últimas balsas. Virginia aplastaba matas de hierbas olorosas, flores silvestres; podía apoyarse en los restos de muros calentados por el ardiente sol y habitados por familias de lagartos verdes y holgazanes. Los lentiscos de follaje verde brillante recubrían celosamente antiquísimas piedras que habían formado teatros, termas, sarcófagos... Era fácil olvidar su propia vida en medio del silencio de Tipasa, un silencio vibrante del zumbido de las abejas libando las flores, del canto de los grillos alegres. ¡Qué dulzura poder reposar allí! Al pisar la tierra seca y fecunda, pensaba que tal vez andaba sobre los que fueron anónimos agricultores y humildes artesanos de aquella pequeña aldea africana, y que ahora dormían tranquilos al lado de sus enemigos antiguos, los soldados venidos de los puntos más alejados y opuestos de lo que fué el Imperio romano.

Pero era inútil. Nunca podría olvidar aquel rostro, cuyo significado se le escapaba. La puerta se abrió. Entró la señora Ledoux acompañada por los dos periodistas. Era una mujer pequeña y dura como una fruta cristalizada; elegante y macerada en perfumes caros. Alrededor del cuello, ya ligeramente arrugado y cuya piel había perdido su lozanía, llevaba un collar de perlas de una pureza

perfecta, como una etiqueta que indicara su posición social. El dinero la rodeaba con un halo dorado, de un indescifrable y misterioso resplandor, que además le daba una fe absoluta en su destino, en su inteligencia, en su infalibilidad.

—¿Ha recuperado usted algo de sus perdidas fuerzas, Virginia?—preguntó con voz puntiaguda y tensa.

—Gracias, señora. He disfrutado de su maravillosa casa y del ambiente tan encantador, tan peculiar de esta habitación...

—No olvide usted el hablar de esta residencia, querida Virginia, cuando envíe su crónica sobre Africa—interrumpió uno de los periodistas—. No sé si usted sabrá que perteneció...

La señora Ledoux cortó, sonriente e incisiva, dirigiéndose a la joven:

—Usted habló del ambiente de esta habitación. ¿Ha notado en ella algo especial, querida?

Por la ventana se vió pasar a dos bultos femeninos, envueltos en sus «ganduras» blancas. Uno de los periodistas abrió ampliamente la ventana y un olor de plantas grasas penetró en el salóncito, mezclado con el ligero aroma a especias de los eucaliptos y el casi carnal de los jazmines. Como si hubiese ingerido una droga activadora de las facultades psíquicas, la mente de Virginia se agudizó de manera extraordinaria. Captaba detalles que suelen quedar en la sombra, se introducía en los seres que la rodeaban, con la concisión de una hoja de acero. Un mundo la asaltó a ráfagas, un mundo de móviles secretos, de ocultas tragedias, de llagas, de taras imprevisibles en estos seres.

La señora Ledoux había perdido su encanto superficial de pajarillo mimado por la vida. De pronto la joven comprendió que su corazón era duro, pesado como una gruesa piedra fría, y que su pequeño cuerpo anidado alojaba tan sólo a un único huésped: el orgullo. Un orgullo monstruoso, sin límites y sin responsabilidades de verse nunca satisfecho. Su cara ya no poseía su aparente gracia picante. Era una cara de madera, sin finura, sin matices.

El aspecto franco, sonriente, de uno de los jóvenes que se hallaba junto a la señora Ledoux no impidió a la joven el darse cuenta de lo toruoso de su pensamiento y del sensualismo turbio que le atraía hacia aquella mujer. Casi llegaba a ser molesta esta nueva facultad psíquica. ¿No estaría perdiendo su fe en las gentes? ¿Llegaría a encontrar hombres limpios, mujeres dulces, tiernas y con capacidad de entrega total...?

Virginia veía sin ver las paredes de enfrente, adornadas con los cuadros de Dufy y de Van Gogh, y sus ojos tropezaron con el espejo.

—¿Está usted interesada por el espejo?—indagó la señora Ledoux—. Es hermoso, ¿verdad? Perteneció a la última reina de Madagascar. El Gobierno francés le regaló esta casa cuando tuvo que





abandonar su país. Esta fué su última morada en el exilio.

—Entonces... en esta casa... vivió la reina...

—Sí, durante veinte años, me parece. Cuentan muchísimas cosas sobre ella... Se formó una especie de leyenda en derredor suyo. Dicen que aquí mismo ocurrían «cosas raras»... Se habló tanto y la fantasía del pueblo hermo­seó tanto el tema que la casa quedó vacía muchos años tras la muerte de la reina.

Muy satisfecha de convertirse de nuevo en el centro de la atención general, la señora Ledoux continuó con su voz puntiaguda y alta:

—Como yo no tengo supersticiones tontas, convencí a mi marido de que nos convenía comprar esta residencia al Gobierno. ¡Y no me arrepiento! Nunca hubiera podido soñar con una casa tan lograda: el lugar, la arquitectura, la soledad, el jardín...

Virginia añadió interiormente: «Olvidas mencionar que para ti, nacida en una humilde familia y ocupando hoy día esta situación codiciada, vivir en una residencia real debía de significar algo muy importante...» Y en voz alta, a la señora Ledoux:

—En realidad es una casa soberbia. Pero... ¿notó usted alguna vez «algo» particular en el ambiente, señora Ledoux?

—Personalmente no. Somos gente civilizada, gracias a Dios. ¡No como esos indígenas, dispuestos siempre al milagro, a la magia, a los encantamientos... Usted no ha vivido en este país; ignora, pues, hasta dónde pueden llegar en sus extrañas creencias. Me costó un trabajo inverosímil encontrar servicio doméstico dispuesto a venir a vivir en esta casa. Tuvimos que ir a las regiones montañosas, allí donde nunca habían oído hablar de la vieja reina...

El joven, que todavía no había tomado parte en la conversación, exclamó:

—No me había usted enterado de esta historia, Simone... ¿Por qué?

La señora Ledoux se puso a reír nerviosamente, mirando al muchacho con coquetería:

—Siempre suelo conservar algún tema de conversación para los días insulsos. Y a pesar de que este día no lo fué no sé por qué se me ocurrió sacar del olvido esta vieja historia.

Virginia parecía mirar fijamente a la señora Ledoux. Pero ella no veía los rasgos agudos, picarescos y marchitos de la dueña de la casa. Recordó con nitidez la faz morena del espejo.

—Yo sé cómo era la reina, señora Ledoux, cuando vivía en esta casa—dijo de pronto Virginia. Hablaba como una niña, que repite la lección; con voz dulce, un poco tímida, cortando la frase por pequeñas pausas—: Una mujer madura, con la expresión de un poder extraordinario, casi varonil, morena, de ojos grandes y de un negro profundo y brillante, y, sin embargo, sin matiz, rasgados, tenebrosos y luminosos; a la vez; de boca carnosa, ancha... —Y designándolo con la mano—: Aquel espejo español le perteneció.

Uno de los jóvenes dijo alarmado:

—Virginia; empieza usted a inquietarme seriamente. ¡Qué historia es ésta, Dios mío! Usted no se encuentra bien. Esta excursión por las ruinas de Tipasa ha sido demasiado larga y cansada.

—No, amigo; no estoy cansada. Tampoco estoy loca. Sencillamente, «he visto a la reina».

—¿Habló usted con mi chófer Abdul?—inquirió la señora Ledoux.

—No hablé con nadie; no vi a nadie, señora. Estuve aquí procurando descansar y disfrutar de su maravillosa casa y de la soledad. Pero, ahora que me acuerdo, sí vi a alguien..., al joven criado que me trajo el té...

—Bueno; ese muchacho no cuenta: es sordomudo. Realmente, resulta curioso lo que me está usted contando, Virginia... No me lo explico. —dijo entre dientes la señora Ledoux, con el ceño fruncido. Continuo, despacio:— No se equivocó usted. Este espejo perteneció a la reina. Fue un regalo del rey de España al Gobierno francés, quien a su vez lo ofreció a la reina cuando vino a ocupar esta casa. Dicen que ella lo apreciaba mucho y lo colgó en una salita de estar donde solía retirarse durante horas, en el silencio y en la oscuridad, entregada a no se sabe qué pensamientos...

—Tras unos instantes añadió:

—Y ya que estamos hablando del tema tengo que confesar una cosa. Al instalarnos aquí hice caso de lo que me aconsejó mi chofer, Abiul; ya sabe quién, Virginia: aquel escuálido moro con turbante blanco y gesto tan digno. Bien, yo conozco a Abiul desde que era una jovencita, en casa de mis padres. Es un hombre bondadoso, que siente una especie de devoción hacia mí. Cuando nos instalamos en esta casa, ya el primer día, si mal no recuerdo hice colgar encima del gran portal de la entrada principal el retrato de la reina y poner una placa con la inscripción que podréis ver si queréis acompañarme.

Virginia y los dos jóvenes siguieron a la señora Ledoux por los largos pasillos y los salones.

Encima del portal pudieron contemplar el famoso retrato. En efecto, se trataba del rostro que Virginia había visto en la luna del espejo de manera tan misteriosa. Dominaba la residencia que fué su último reino en la tierra y habría de seguir siéndolo hasta el final de los tiempos. Podrían vivir en ella muchas señoras Ledoux, enriquecidas por operaciones bancarias transacciones de cobre y de nítrato; siempre serían huéspedes de paso, sin auténtica consistencia, sin real importancia. La casa era, verdaderamente, tal y como lo afirmaba la plaza de plata con inscripción en caracteres gruesos, «La casa de la Reina». Allí quedaron enjaulados sus rabiosos sufrimientos de leona vencida por un sino trágico, sus últimos destellos de amor apasionado su antigua sabiduría malga-

che, sus espejismos nostálgicos y sus crueles realidades.

¿Qué habría contemplado la soberana en aquel espejo? Su perdida alegría de niña-diosa, en su caliza tierra llena de cantos de pájaros de color, de ríos vibrantes de peces con escamas brillantes... El baile suave y lánguido de las mujeres en noche de luna llena, con sus ojos enroscados, buscando en la oscuridad el futuro esposo que admiraría su belleza envuelta en túnica ligera... Y también contemplaría en él sus propios ojos negros, tenebrosos, brillantes felinos y poderosos como las fuerzas de la Naturaleza, como el fuego, como el agua misteriosa y el viento arrebatador. ¿Sabría ya entonces que no había de quedar con vida ninguno de sus hijos? ¿Que el Destino le tenía designada como última reina de un antiguo y orgulloso pueblo, sometido injustamente? ¡La última! ¡Qué palabra tan terrible, triste, desgarradora! El fin de un mundo, de un determinado orden de cosas, de valores. Por lo que el rostro expresaba, era fácil imaginar que no se le había atorrado ningún sufrimiento. La muerte y la desolación debieron de suceder a la dionisiaca alegría de su amor de mujer, a la maravillosa maternidad de aquel ser al que tan poco quedaba de humanidad corriente.

Pensó Virginia que su vitalidad debió de ser algo tan descomunal, que los objetos que la reina tocó diariamente tardarían años y años en perder su irradiación magnética. La joven miraba el retrato con humildad y con cierto temor nacido del contacto con lo irracional. Seguía encontrándose espiritualizada, feliz, llena de un extraño fuego intelectual, de una aguda y anormal perspicacia y con la seguridad de que su deseo de lograr una superación en su propia vida, era fácilmente alcanzable si ella se lo proponía con seriedad. Al tener que vivir entre la mediocridad que nos circunda, llegamos a olvidar que la vida puede ser otra cosa que lograr una existencia estable, quietud, cómoda y prevista de sus más nimios detalles.

La señora Ledoux, intrigada, preguntaba:

—Pero, ¿cómo pudo usted enterarse, Virginia...?

RECETARIO DE COCINA

ENTRÉS Y PASTES SOPAS VINOS ARROZ PUDINES VERNIS CARNES Y PESCADO SALSAS BOMBAS POSTRES

Siga mi ejemplo, adquiera otros productos



PUDINES Royal

RIERA MARSA S.A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

**SI EMPEZAIIS
DESDE AHORA**

*En tres semanas
esta será vuestra
silueta...*

**SIN
DROGAS
NI PRIVACIONES**



La vida nos muestra cada día a mujeres que, después de haber conquistado la felicidad sentimental, se hallan desamparadas e incluso abandonadas. Muchas de ellas reconocen haber descuidado o no haber sabido conservar sus cuerpos libres de rodetes o grasa excesiva que elimina la juventud.

Sin embargo existe un tratamiento externo, que sin tomar nada por boca, sin régimen que debilite, sin gimnasia fatigante, ha permitido a millares de mujeres de 13 países de tres continentes, recobrar la alegría de vivir, de ser hermosas y amadas.

una novedad

**NO OS PEDIMOS UNA
FE CIEGA... SOMOS
NOSOTROS LOS QUE TENEMOS FE COMPLETA EN VUESTRO JUICIO.**

Envíadnos el vale adjunto o su copia, nosotros os remitiremos literatura y sobre todo, una oferta especial que os permitirá ensayar en vuestro caso un tratamiento completo y en tales condiciones que si no obtenéis nuevamente la silueta deseada, no os costará ni un céntimo.

NO ENVIAD DINERO. Adjuntad únicamente sellos para la respuesta.

GRATUITO > VALE EE

Para enviar (o su copia) a:
Laboratorio SVELTOR
Osio, 27 - BARCELONA

Envíeme Ud. sin compromiso, ninguno por mi parte, la documentación sobre el método SVELTOR, así como la oferta de prueba a sus expensas.

SVELTOR

30

PARIS-LOS ANGELES-BRUSÉLAS-MILAN-MATENZA-VEVÉ-CARACAS



La señora Ellen Moore, después de ciento sesenta y nueve días en estado de coma, dió a luz felizmente un niño, a quien vemos en la fotografía en brazos de una enfermera, acompañado de su padre, Kenneth Moore, de veinticinco años

DESPIERTA DE UN SUEÑO DE SEIS MESES PARA TENER UN HIJO

UN FINAL FELIZ EN EL DRAMA DE LA FAMILIA MOORE DOS VIDAS EN LA BALANZA

AQUEL día de primavera la señora Moore había salido a dar un paseo. Su hijo Paul, de quince meses, sentado en su cochecito, hacía reír con frecuencia a la joven, que comentaba cada gesto y cada movimiento del pequeño con su suegra, la señora Sofia English.

El tiempo era maravilloso, y una paz extraordinaria reinaba en el barrio residencial de Wollensend de la ciudad de New Castle;

Ellen Moore, la madre del pequeño, se sentía una mujer afortunada y absolutamente feliz. Sus veintidós años se veían colmados de felicidad.

Si alguna vecina charlatana pasaba por su lado hacía unas caricias al pequeño.

—¿Y Mr. Moore, Ellen?

—Trabajando.

Kenneth Moore, el padre, un hombre joven de sólo veinticinco años, es representante de una

marca de aspiradores. Los negocios le han ido siempre bien.

En resumen: el pasado día 4 de mayo la vida parecía sonreír al matrimonio Moore. Sin embargo, un minuto bastó para que todo el panorama de esta familia fuera brutalmente cambiado: Un camión, un enorme camión, que las dos señoras no habían visto, hizo un brusco viraje. Iba cargado de troncos de árboles. Inesperadamente, un trozo inmenso de ma-

dera saltó del camión y fué a dar a las dos mujeres por detrás. El coche del niño volcó. La señora English sufrió algunas contusiones. Ellen Moore, mientras tanto, había sido lanzada contra el muro de una manera violentísima por el madero caído como una maza sobre su cabeza.

Trasladada rápidamente al Hospital, pudo verse que la joven tenía hundida la parte derecha del cráneo. Una contusión horrible. La gravedad era extrema. El diagnóstico, fatal. Los médicos avisaron al marido.

LA VIDA SIGUE

Los médicos del General Hospital Newcastle quisieron poner sobre aviso al señor Moore. Palabras de consuelo, de valor y de resignación preceden la entrada del hombre en la habitación donde se encuentra su mujer moribunda. Moore penetra en la habitación. Al lado de la cama se arrodilla y reza. La mujer sigue respirando. Moore permanece así mucho tiempo, sin querer abandonar la habitación. Médicos y enfermeras le dicen que debe tomar un descanso; dormir un poco. Moore se niega. Convencido al fin, marcha a descansar, para volver al poco tiempo. Pasa otras dos horas al lado de su mujer.

Y ella respira, respira siempre. Tendida en el lecho aparece tranquila, como si reposara.

Y así, días y días. Días interminables, en que el joven permanece al pie de la cama de su mujer, esperando. Ella, mientras tanto parece dormir siempre. Su respiración es tranquila, siempre tranquila.

A Kenneth Moore se le autorizó para ocupar una habitación en el mismo hospital. Allí puede seguir al detalle las incidencias del extraño sueño de la joven.

El doctor Rowbotham, especialista en lesiones cerebrales, sigue con creciente interés la trayectoria de la enferma. Se le ha sometido en el primer momento de peligro a hibernación. Pasados ocho días la joven sigue viviendo. Un día el médico decide empezar a alimentarla. Entonces pudo verse cómo Ellen absorbía dulcemente, como un animal dormido, el hilo de leche que caía entre sus labios.

Así pasaron dos meses y medio. Fué entonces cuando el terrible problema le fué expuesto a Kenneth Moore. Un problema que él, a solas con su conciencia, debía de resolver.

Solamente él.

ELLEN YA NO SERA ELLEN

Una mañana, el doctor Rowbotham cita al joven Moore. Una entrevista embarazosa en extremo para el médico.

Bien conocida era en el hospital la actitud del marido de la enferma, a la que ya se había empezado a dar el nombre de «la bella durmiente». El hombre creía con extraña fe que el milagro del sueño de su mujer se producía a causa de él mismo.

Ellen—creía él—luchaba con todas sus fuerzas por su vida para volver a verle a él y a su pequeño Paul. Con una ingenuidad casi infantil, el hombre creía firmemente en la salvación de su mujer.

—Ella quiere vivir para volver con nosotros.

Los ojos de Kenneth habían, por lo tanto, recobrado, en el transcurso de aquellos dos meses y medio, su acostumbrado brillo. La alegría volvía a reflejarse en su semblante.

Por eso fué dura la tarea del doctor Rowbotham.

—Mister Moore, escúcheme usted con atención.

Luego, la noticia, la primera noticia:

—Primeramente, Moore, su esposa, aunque se salve aunque la ciencia logre salvarla, no será nunca la misma.

El hombre, atontado por el golpe, parecía no comprender.

—¿Quiere usted decir?

—Que su esposa no se recobrará jamás totalmente del golpe sufrido.

Sigue un embarazoso silencio. El doctor entra a dar detalles más profundos sobre el caso. En primer lugar, la parte del cerebro que había sido dañada correspondía a los centros motores, a los que condicionan el movimiento del cuerpo. Como las células nerviosas no se reconstituyen jamás, había que abandonar toda esperanza, aun en el caso de que Ellen saliera del coma, de verla algún día restablecida por completo.

—¿Y el hecho de que siga viviendo, doctor, y ese hecho?

La voz de Moore era una pura congoja.

—No quiere decir sino que la parte del cerebro que corresponde a las actividades vegetativas es decir, a la regulación interna de los órganos, no ha sido dañada. Por eso ha sobrevivido.

—Pero entonces ¿y su espíritu?, ¿y su conciencia?

No vayamos tan de prisa, ni tan lejos. Estamos en la vida vegetativa de Ellen que continúa casi normalmente, aunque en condiciones excepcionales. Y es esta vida, la que le va a plantear un problema que solamente usted puede resolver.

¿QUE VIDA IMPORTABA MAS?

Hubo un largo silencio. Una vez más el doctor habló pausadamente:

—En el momento del accidente su mujer estaba embarazada de tres meses, ¿lo sabía usted?

No, Kenneth no lo sabía.

—El accidente no ha provocado ningún cambio en este aspecto.

—¿Es decir?

—Que el niño se desarrolla normalmente, Ellen puede ser madre una segunda vez... si usted lo quiere así.

Casi instantáneamente, Kenneth Moore se vio lanzado por el doctor a un dilema espantoso que él y nadie más que él podía resolver. Ni siquiera el doctor quería ni podía tomar aquella responsabilidad sobre sus espaldas.

He aquí lo que expuso el doctor:

Ellen no podía dar a luz normalmente. Había que pensar en intervenir. Pero esta intervención no «podía» salvar a la vez a la madre y al hijo. Había que escoger. Había que pensar en sacrificar al uno o al otro. Kenneth tenía que decidir, y que decidir pronto. Puesto que desde el momento en que el hijo fuera viable, si el padre le escogía a él como su-

perviente sería necesario intervenir, dada la fragilidad de su madre para salvarle de cualquier contingencia. Operación que mataría a Ellen.

Por el contrario si Kenneth escogía a Ellen como superviviente, había que terminar con aquella promesa de vida cuanto antes.

—Piénselo usted —insistía el doctor—, aconséjese usted de su familia. Y piense usted también que corremos el riesgo de perder a los dos: a la madre y al hijo.

UN HOMBRE DIVIDIDO

Desde aquel mismo instante el joven Kenneth ya no pareció el mismo. Aquella alegría esperanzada, aquella fe que le había invadido días atrás habían desaparecido.

En Corkane Park, en casa de su madre, permanecía horas y horas hundiéndose en un sillón con la mirada fija en la chimenea, en la que ardían unos leños, única luz que iluminaba la habitación.

En el General Hospital las enfermeras y los médicos le veían pasar como una sombra, sin apenas darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

No bastaban las palabras de simpatía, los espaldarazos amistosos que amigos conocidos y desconocidos venían a darle. Aquellas manos que se apoyaban amistosas sobre el hombro de Kenneth no servían para resolver el terrible dilema.

Si sacrificaba al hijo no sabría siquiera si Ellen viviría. Aquella Ellen que, según había asegurado el doctor Rowbotham ya no sería nunca más la misma Ellen, una mujer normal por completo. Si por el contrario decidía sacrificar a Ellen era posible que aquel niño, formado en tan extrañas circunstancias no pudiera vivir sino algunas horas después de su nacimiento.

Los días de Kenneth Moore transcurrían con una terrible lentitud. Había que escoger. Decidit. A cada instante le era necesario comparar la existencia de su mujer y la de aquel hijo que ni siquiera conocía.

Y había también que poner sobre la balanza las posibilidades de vivir que cada uno de ellos tenía. Sin sentimentalismos. Con crueldad terrible, la vida le ponía ante la terrible perspectiva de ser él quien condenase a uno u a otro. Carne de su carne ambos.

EL MENSAJE DE LA BELLA DURMIENTE

Mientras tanto la enferma continuaba en letargo. Durante aquellos meses ni uno solo de sus gestos había denotado que en aquel cuerpo inerte existía una conciencia.

Durante ocho días, al principio de su estancia en el Hospital, había sido sometida a hibernación.

La temperatura de su cuerpo descendida por medios artificiales a bajísima temperatura, Ellen vivía como los animales en letargo. De esta manera las funciones vitales se reducían a lo indispensable para vivir.

Durante siete días los médicos mantuvieron a Ellen en este es-

tado. Al octavo, el punto crítico parecía haber superado. Poco a poco se hizo que Ellen fuera recobrando la temperatura normal. Luego se le «bloqueó» esta temperatura.

Seguía viviendo, sí. Pero ni un solo movimiento ni un gesto indicó durante aquellos ciento un primeros días que la enfermera fuera a salir del coma.

Kenneth seguía cada día a la cabecera de la cama en la que yacía su mujer, tan blanca como las mismas sábanas, con aquella expresión apacible.

No sufría. No vivía.

El hijo de ambos, Paúl, Kenneth se lo había enviado a los padres de su mujer, que viven en el mismo New Castle en el barrio llamado High Howdon.

Es decir, dentro del drama, la vida se había organizado lo mejor posible.

El pequeño Paúl vivía contento en el chalet de sus abuelos. Del drama que la familia está viviendo nada sabe el chiquillo. Cree que va a volver a su casa en seguida. Pero allí, en casa de sus abuelos, también se encuentra bien. Tiene un oso de trapo. En cambio, en casa, tiene un gato de verdad que le estará aguardando para jugar con él.

Quiere volver por eso. Por eso, y por estar otra vez con su mamá.

Los abuelos, el padre, los familiares todos, se esfuerzan en sonreír para la criatura.

Así, en esta situación, en medio de su problema, Kenneth espera algo extraordinario, algún suceso milagroso que le ilumine. En la catedral de San Nicolás se mezcla en voz alta su nombre en las plegarias de cada día. Gentes piadosas rezan por él. De todo el mundo le lueven cartas de condolencia y de simpatía.

Es la noche número 102. Kenneth llega al hospital como poseído de un presentimiento. Como cada día, una vez terminado su trabajo, a las cuatro y media de la tarde, Kenneth toma el camino del hospital.

Una vez en el hospital, se sabe de memoria el camino que tiene que recorrer hasta la habitación de su mujer: «Pabellón pre y posnatal, habitación número 27, segundo piso».

Kenneth recorre los larguísima pasillos como un autómata, hasta llegar a la antecámara de la habitación tan conocida y saludar a la enfermera con la frase de ritual.

Aquel día, como siempre, alrededor de las cinco de la tarde, el joven Moore entra en la habitación de su mujer. Cuatro largas horas permanece con ella. Cuatro largas horas en las que el hombre reza, arrodillado a los pies de la cama.

Kenneth espera. No sabe el qué, pero espera.

Lo que luego contó el joven, puede ser—¿quién lo duda?—efecto de su imaginación. Pero lo ocurrido decidió al joven sobre lo que había de hacer.

Kenneth Moore había pedido un milagro, y el milagro parece ser que ocurrió... al menos, en su imaginación.

Mientras él rezaba, contemplaba tan sólo cómo Ellen, con una paz infinita, luchaba quizá en el fondo de ella de una manera escondida, por vivir.

Y de pronto, el hombre sintió algo. Algo distinto. El rostro de su



Mistress Ellen Moore, de veintitrés años, ha tenido un desenlace feliz al cabo de ciento sesenta y nueve días en lucha con la muerte

esposa pareció cubrirse de una expresión extraña, como de dolor. Su respiración se hizo más alta y más fuerte. Pudo percibir claramente cómo los labios de la enferma se contraían.

Kenneth dijo más tarde que en aquel momento él comprendió claramente que en el fondo de su subconsciente la muerte libraba una batalla. Dijo también que en aquel momento es posible que ella hubiera querido decirle algo: un suspiro más fuerte que los otros, y Ellen volvió a la paz y a la calma de todos los días.

Pero Kenneth estaba ya completamente decidido: escogía a su mujer. Ella viviría.

Era como si en aquel esfuerzo ella hubiera querido infundirle confianza. «Yo también lucharé para vivir.»

De vuelta al hogar de su mujer, Kenneth miró a su hijo.

—No, no tendrás un hermanito.

DESPUES DE LA DECISION

Después de aquellos angustiosos días, la perspectiva pareció, sin embargo, aclararse.

El mismo doctor Rowbotham animó a Moore cuando éste le comunicó la decisión.

—Es posible que todo vaya mejor que lo que esperamos.

Tiempo después, cuando estaban a punto de tomarse decisiones terminantes el estado de la enferma se mostró de más en más satisfactorio. Movimientos conscientes,

gestos. Y cuando menos se esperaba, la primera frase, la primera palabra.

Habían transcurrido seis meses. La enferma despertaba y hablaba lentamente. Luego, volvía a dormirse dulcemente.

Los ratos de lucidez se fueron haciendo de más en más frecuentes. En aquellos días, habían transcurrido seis meses, como hemos dicho, desde que el accidente ocurriera. Al despertar la madre, las esperanzas de salvación de ambas fueron muy grandes... El nacimiento del hijo se esperaba para el 8 ó el 9 de diciembre. Sin embargo, el acontecimiento se adelantó un mes.

El domingo día 18 de noviembre, a las dos y media de la mañana, la señora Ellen Moore dió a luz un hermoso niño de siete libras y media. Tres días después justamente de haber despertado.

Como si el hijo hubiera reclamado su conciencia, como si hubiera abandonado su sueño letárgico para cumplir con su deber, la señora Moore despertó.

Todo ocurrió con toda normalidad. El hospital entero, la familia Moore en pleno, aguardaba impaciente aquella madrugada.

Cuando le fué anunciado a Kenneth Moore el feliz final de lo que amenazó ser terrible tragedia, los ojos del joven se abrieron en un inmenso destello.

El jamás olvidará que tuvo que desgarrar su conciencia para decidir sobre dos vidas.

María Jesús ECHEVARRIA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA ENFERMEDAD HACE LA HISTORIA UNIVERSAL

Por Gerhardt VENZMER

GERHARD VENZMER

Krankheit
macht
WELT
GESCHICHTE

El papel preponderante representado en la Historia por la enfermedad, bien sea de una manera colectiva o restringida sobre las grandes personalidades que han influido de una manera definitiva en el acontecer histórico, constituye el objeto del libro que hoy resumimos. Escogiendo siempre una gran figura, el autor, tras de estudiar el impacto sobre la misma de una determinada dolencia, hace como una especie de divisiones tipológicas de este mal, partiendo del personaje inicial estudiado. La originalidad del estudio no se le escapa a nadie y, por otra parte, sirve para abrir nuevos caminos a la investigación del pasado.

VENZMER (Gerhardt). — «Krankheit macht Weltgeschichte». — Curt E. Schawab. — Stuttgart, 1956.

LA Historia es hecha por los hombres, si prescindimos a sabiendas de la línea interna de un desarrollo histórico forzoso sobre el cual sólo puede influir hasta un cierto grado la personalidad de categoría trascendente. El hecho es que cualquier individuo inmerso en el acontecer cuanto mayor fuerza creadora reúne en sí, tanto más representa en el fenómeno histórico el papel de lo que se ha calificado como «el poder del individuo en la Historia». El carácter y el temperamento hacen la Historia, dejando la huella de sus rasgos específicos en el suceder de los hechos. Ahora bien; el receptáculo, que alberga la fuerza de esta personalidad que subordina a ella el ritmo de la Historia Universal, constituye un factor influyente que no puede ser pasado por alto. El que los que han creado la Historia disfrutasen de buena salud o en un tiempo más o menos largo padecieran alguna dolencia determinan circunstancias que no son indiferentes para el observador de los hechos del pasado. Y cuanto más se profundiza en el estudio de las enfermedades más significativas de la Historia, más se aclaran determinadas actitudes de personajes importantes, cuya incompreensión se aclara ahora considerablemente. Sean las grandes epidemias o determinados males, que en algunos casos hasta decidieron guerras, el hecho es que siempre la enfermedad ha ocupado un importante papel en el paso de la Historia y en muchos casos ha marcado su curso y hasta ha fomentado una serie de reacciones en cadena de importancia incalculable, cuyas consecuencias todavía dejan sentir sus efectos hoy. Esto, que es verdad tanto para los tiempos más antiguos como para nuestros días, ha dejado, sin embargo, de manera sorprendente en la indiferencia al historiador que no ha sabido valorar estos hechos con la debida categoría.

Los ejemplos que ponemos en este libro muestran de manera significativa la relación que existe entre la Historia Universal y la enfermedad, pero constituyen sólo una pequeña parte del gigantesco

material de que se dispone para demostrar la influencia de la enfermedad y de la epidemia en el curso del acontecer histórico.

LA «ENFERMEDAD SAGRADA»

El aspecto de un hombre que repentinamente, a pesar de su perfecto estado de salud, se sume, como si hubiera sido alcanzado por un rayo, en una serie de gritos y sonidos inarticulados, así como de contorsiones, era algo que tenía que sorprender profundamente al más cándido de los espectadores, y que en los tiempos más antiguos debía despertar la fantasía e incluso la superstición. La epilepsia fué la enfermedad de los «poseídos», como su propio nombre indica, una enfermedad que era interpretada como un aviso del cielo, y en cuyos signos exteriores creía oírse la voz de un dios, por lo que recibió ésta denominación de «enfermedad sagrada».

No era ésta ya la idea que tenía el padre de la Medicina, el griego Hipócrates, cuando hace unos 2.500 años describió con acertadas palabras el aspecto exterior de la epilepsia, quitándole mucho de su aspecto misterioso y hasta divino.

Sin embargo, esta concepción, que podríamos llamar moderna, del sabio heleno se había olvidado ya completamente en la vieja Roma, hasta el punto de que si en una asamblea popular o en un comicio se producía un ataque epiléptico, la reunión se disolvía inmediatamente. Ciertamente, Roma poseyó un epiléptico de una categoría extraordinaria: Cayo Julio César, y quizá no hay ninguna personalidad en la Historia en cuya vida la «enfermedad sagrada» haya representado un papel tan decisivo como la que jugó en la existencia del gran estratega y estadista romano.

César es uno de los más grandes genios políticos que la Historia ha producido, pero que no se dió a conocer hasta el tercer decenio de su vida. Hasta entonces era un joven desconocido de una buena familia, que consumía su tiempo en asuntos amorosos, en gastar dinero y en entraparse. —Se debía a esta adormecedora enfermedad el fermento de su genio, teniendo en cuenta lo vecinos que suelen vivir siempre el genio y la enfermedad?

Poderosas resistencias existían en la República contra su idea del Imperio romano. César lo sabía, pero sabía también exactamente que podía superarlas e imaginaba como en una utopía que su enfermedad le ayudaría a destruir a sus peligrosos contrarios.

No siempre la epilepsia produce sus ataques de una manera radical y total. En una tercera parte de estos enfermos el ataque se anuncia con un período más o menos largo de preparación, y es en estos segundos, e incluso minutos, de la llamada «aura» cuando se produce en los afectados estados de los más diferentes para cada uno de ellos. Los epilépticos pueden tener el sentimiento de la angustia, de caer desde una escalera de gran altura, de escuchar ruidos o de oler extrañas cosas, de escuchar maravillosas melodías, de encontrarse entre rayos y llamas. Tanto es así, que el genial fisiólogo bohemio Purkynje, en su juventud epilépti-

co, describía sus «auras» del siguiente modo: «Me parecía que me encontraba en un enorme y arremolinado mar de fuego, en el cual cada vez me veía más dentro de él, a pesar de que luchaba con todas mis fuerzas por zafarme, y la sensación siguió así hasta que perdí el conocimiento.»

Tan diferentes como pueden ser las sensaciones de las «auras» es también su duración. En la mayoría de los casos dura solamente segundos, por lo que el enfermo apenas si conserva algún recuerdo de la misma. En otros epilépticos, por el contrario, dura hasta minutos, por lo que el enfermo se encuentra en situación de hilvanar sus sensaciones hasta el punto de que cuando el afectado es una persona de alta capacidad, durante este «aura» experimenta sensaciones visionarias que le posibilitan después utilizarlas en su producción creadora.

A esta categoría de privilegiados pertenecía Cayo Julio César, cuya «aura» solía durarle incluso minutos, por lo que este hecho tuvo su influencia en la Historia Universal. Durante los comicios en los que se le eligió como cónsul de Roma experimentó un ataque de esta enfermedad.

El gran Boerhave, uno de los más conocidos médicos del siglo XVIII, afirmó que el «delirium» constituye una parte esencial del hombre creador, y si se tiene en cuenta cuántos hombres geniales fueron psicópatas o epilépticos, se comprenderá la influencia fructífera que puede haber ejercido la «enfermedad sagrada» sobre la Historia universal. En el caso de César se puede ver un ejemplo clarísimo del influjo de esta enfermedad en el terreno político y estratégico, pero en otros sectores de la productividad creadora, tales como la filosofía, la religión, la poesía o la música, ha dejado sentir también claramente sus efectos. Epilépticos eran, para sólo citar algunos ejemplos, el Faraón egipcio Amenophis IV, el Rey hereje, que reemplazó todo el viejo panteón egipcio politeísta por el culto a una sola divinidad: la del dios solar; el sabio griego Pitágoras; el profeta Mahoma, que cuando sentía próxima la enfermedad se trasladaba a sus cuevas para recibir la supuesta revelación. Epilépticos eran también Luis XII, el Papa Pío IX, el compositor Berlioz, el escritor Flaubert y otros muchos.

La ciencia moderna, a través de diversos procedimientos, puede decirse que ha vencido casi por completo a la llamada «enfermedad sagrada» y que

hoy el hombre puede volver a tener una concepción muy semejante a la que exponía Hipócrates. Sin embargo, siempre queda un secreto por descubrir, y es el de si la epilepsia puede ayudar al genio en su esfuerzo creador. Este fenómeno, similar para otras muchas enfermedades del sistema central nervioso, continúa siendo un discutido problema que siempre deja planteada la cuestión de si existe un próximo parentesco entre la locura y el genio.

Siempre parece que la epilepsia, naturalmente, en el supuesto de que actúe sobre el «substratum» de un genio, arroja como una especie de fermento que puede dar rienda suelta a las más atrevidas creaciones del espíritu. El enfermo puede llegar, incluso, al sacrificio de su genio, como lo ha mostrado de manera convincente Thomas Mann en su estudio sobre la obra creadora de Dostolevski, otro de los grandes epilépticos: «La enfermedad origina en el enfermo, en el loco, en el epiléptico o en el paralítico una paralización de sus actividades creadoras, como ocurre en los casos de Nietzsche o Dostolevski. En estos casos se origina algo que es más importante para la vida y para su desarrollo que cualquier normalidad de tipo médico. Ciertas inquietudes del alma y del conocimiento no son posibles sin la enfermedad. Los locos, los tarados espirituales y los grandes enfermos son víctimas de la humanidad, que no habrían dado sus grandes creaciones si hubieran disfrutado de una mejor salud.»

EL CORTEJO DE LOS TUBERCULOSOS

Cuando se estudian los anales de la historia de la cultura humana, siempre produce asombro el porcentaje extraordinariamente alto de aquellos que, siendo famosos por mil motivos, han sufrido los efectos de la tuberculosis. Cuando se reflexiona sobre este hecho, más se piensa en la relación que debe de existir entre la fuerza creadora y la enfermedad. Los más grandes pensadores, según la clasificación tipológica de Kretschmersch, pertenecen en su gran mayoría a las gentes de cuerpo débil, y entre éstos, una gran cantidad han sido afectados por la tuberculosis. Existe también en ellos esa escisión anímica que desgarrar su interior, esa esquizotimia que les hace sentir dos almas dentro de su pecho en constante lucha, la una con la otra.

Complete su Hogar
CON LA MEJOR
MAQUINA DE COSER
DE BOBINA CENTRAL

Los tuberculosos son hombres de naturaleza inquieta, pero esta misma inquietud les lleva a una existencia febril y a una extraordinaria actividad intelectual que da origen a una dinámica que produce asombro y espanto. El que la tuberculosis puede ser en el genio un estimulante, tanto en sentido positivo como negativo para la capacidad del espíritu, es algo que puede estudiarse a través de la Historia.

Un caso de tuberculosis típico es el de Juan Calvino, cuya vida y obra tanto influyeron en la historia de la Religión y cuyas características subsisten en nuestro tiempo con diversas variantes. Toda la vida de Calvino revela esa escisión del alma de que hemos hablado antes. Al establecer su despotismo brutal religioso y al introducir una inquisición protestante se volvió en contra de lo que teóricamente era la idea fundamental de la Reforma. Los tuberculosos son siempre unos hombres inclinados al radicalismo y a la lucha sin compromiso. Calvino llegó a la conclusión de que era imposible ningún acuerdo entre católicos y protestantes, y en no pequeña parte se le debe la gran separación que durante siglos ha mantenido apartados a unos y a otros. En Calvino particularmente se sigue cómo el alma y el cuerpo se influyen mutuamente y cómo un espíritu poderoso se sobrepone momentáneamente a la enfermedad corporal.

Existe una enorme cantidad de hombres geniales que han sufrido enfermedades pulmonares. También Schiller pertenecía al tipo de hombres débiles que tan a menudo son víctimas de la tuberculosis. La sensación de su propia debilidad le hizo trabajar durante toda su existencia a ritmo intenso y febril. Según algunos tipólogos, Calvino y Schiller son hombres nada líricos, que experimentan las chispas de su creación poética no a través de lo erótico, como otros muchos poetas, y particularmente como el gran contemporáneo, de Schiller, Goethe.

El nombre de casi todas las grandes figuras que sacrificó la tuberculosis pertenece propiamente no a la Historia general, sino a la historia de la cultura. Tuberculosos fueron el famoso filósofo Espinosa; el autor dramático francés Molière; el escritor Laurence Sterne; Oliver Goldsmith, autor de «El vicario de Wakefield»; el poeta Jhon Keats; el gran lírico italiano del siglo XIX, Giacomo Leopardi; el poeta Guillermo Federico Waiblinger, y el romántico francés Alfredo de Musset. Este, cuando en sus jóvenes años estaba en Venecia con George Sand, sufrió el más fuerte ataque de la enfermedad, que había de cortar su vida a los cuarenta y siete años, dejando incompleta su gran actividad creadora. En general la breve existencia es una característica de todos los tuberculosos, lo que explica la intensidad de su trabajo. También fueron tuberculosos el escritor inglés Robert Lovis Stevenson, autor del inmortal libro para jóvenes «La isla del tesoro», y el poeta ruso Anton Chejov, en cuya obra se puede descubrir siempre la huella de la enfermedad. Durante decenios le atormentó la tisis, y esto le ocasionó un sentimiento de desesperanza y de desprecio para la humanidad. Murió a la edad de cuarenta y cuatro años.

El número de compositores famosos a los que la tisis hizo su víctima, y en muchos de los cuales impidió la realización de su obra, es apenas inferior al de los grandes escritores. Los más destacados de estos músicos no llegaron a los cuarenta años, con lo cual uno tiene derecho a preguntarse lo que habrían llegado a realizar si hubiesen alcanzado una edad superior. Karl Maria von Weber sucumbió ante la tuberculosis a la edad de treinta y nueve años. Algún tiempo antes de su fin había realizado vanas curas que apenas si afectaban su débil estado corporal. Federico Francisco Chopin, el inolvidable pianista, vivió más o menos lo mismo que Weber. Residiendo en Mallorca con George Sand, experimentó un empeoramiento de su dolencia. Diez años después, tras incansables sufrimientos, vencería la enfermedad al genial paciente. A los treinta y un años acabaría la existencia de Franz Schubert, el maestro de los lieder y el genial compositor instrumental.

La ciencia moderna trata de destruir el germen de la tuberculosis. De todos modos hoy el número de los que sufren esta enfermedad es de unos veinte millones, y ello a pesar del descubrimiento del bacilo productor, de la higiene, de la Medicina moderna y de la difusión de la limpieza.

El retrato de Juan Jacobo Rousseau aparece dentro de las más completas contradicciones. Su paranoia ha afectado de la manera más directa al acontecer de la Historia Universal. Rousseau es uno de los adalides más activos de la Revolución francesa y a su manía persecutoria se deben no pocas de las culpas de ésta. Cuanto más se revela la personalidad de Rousseau, tanto más se descubre el secreto parentesco entre genio y locura. La realidad es que su espíritu oscilaba entre la máxima claridad y las tinieblas y el error. En muchas de sus creaciones geniales se ve entrelazada la enfermedad del espíritu.

En su caso figuran muchos nombres, como son los poetas Tasso, Holderlin, Strindberg, Kleist, E. Th. A. Hoffmann, Lenau, Conrad Ferdinand Meyer, Jonathan Swift, E. A. Poe, Shelley, Baudelaire, Maupassant, Gogol; entre los filósofos, Augusto Comte y el teósofo Swedenberg; entre los compositores, Schumann y Hugo Wolf; entre los pintores, Van Gogh y William Blake; entre los investigadores, el físico Newton y otros muchos. Esto es sólo una selección de los nombres más conocidos, pero la lista se podía duplicar fácilmente. Se trata de gentes que no solamente han influido en el curso de la Historia Universal, sino que están en la primera línea de la Historia de la Cultura de la Humanidad. No se puede pasar por alto el caso de Nietzsche, de quien el psiquiatra Mowius dijo que la creación del «Zaratrustra», sin el fuego enfermizo no habría sido posible.

En el caso concreto de Juan Jacobo Rousseau es necesario estudiarlo de una manera detenida, pues el movimiento de su espíritu originó la Revolución francesa. No habían pasado todavía una docena de años de su muerte cuando estalló la tormenta en Francia. Entre sus truenos se oían los augurios del autor del «Contrato Social». Y por cierto esta Revolución costó la vida a un Rey que, por su debilidad glandular, era indolente y por ello incapaz de oponerse al motín.

EL CANAL DE PANAMA Y LA FIEBRE AMARILLA

El que ahora tranquilamente atraviesa el canal de Panamá apenas si puede imaginar cuántos esfuerzos, cuántas desilusiones, cuánta desesperación y cuántas enfermedades están relacionadas directamente con la construcción de esta vía marítima artificial.

Fue en 1880 cuando, con la colaboración de toda una serie de Bancos, se formó en París una Sociedad encargada de financiar las obras destinadas a unir las aguas del Atlántico y del Pacífico. Una enorme campaña de Prensa se encargó de hacer ver, tanto a la grande y la pequeña burguesía como a las clases medias, que constituía un auténtico deber nacional el suscribir las acciones que se ponían a la venta.

Sin embargo, el destino no parecía estar muy de acuerdo con las presunciones optimistas del ingeniero del Canal, Fernando de Lesseps. Cuando apenas si llevaban un mes las obras de perforación ya se habían producido 260 casos mortales en el Hospital de Colón ocasionados por la mortífera fiebre amarilla, independientemente de las otras muchas bajas ocurridas en otras zonas de los trabajos. Por otra parte, transcurrido un año, el capital estaba consumido en más de su mitad y todavía quedaba mucho por hacer.

A esta penuria económica se unía el mortal azote de la fiebre. Como caso curioso es digno de señalarse que el administrador general de las obras, un alemán, Dingler, acabó también por sucumbir, tras de haber visto morir a su hijo, una hija, su cuñada y su mujer. Se calcula que de los 15.000 franceses que trabajaron en los primeros cuatro años, 9.000 tuvieron que soportarla, pasándola también unos 20.000 obreros de color. Cerca de diez grandes hospitales tuvieron que ser construídos para atender a la demanda, cada vez mayor, de cuidados sanitarios.

La participación francesa en la construcción del canal de Panamá acabó en la conocida catástrofe financiera que ensombreció extraordinariamente la historia del país galo y ocasionó incalculables sacrificios. En los últimos tiempos ya no era sólo la fiebre amarilla la que dejaba sentir sus efectos, sino también el paludismo, la disenteria, el tífus, el cólera y la peste. Diariamente se registraban de

30 a 40 casos de hombres afectados por la fiebre amarilla. Trabajadores, ingenieros, empleados, directores y técnicos, todos eran igualmente atacados. Los cementerios tenían que ampliarse constantemente. Las tumbas dejaron de llevar nombres y comenzaron a numerarse simplemente, pero como se alcanzaban cifras astronómicas se acordó que todos los años se iniciase nuevamente la numeración.

El desastre financiero ocasionó en toda Francia una oleada de suicidios y, por otra parte, los más perjudicados en la bancarrota eran gentes modestas que habían invertido todos sus ahorros en una empresa cuyo resultado se les presentaba tan fácil. Finalmente, la Sociedad francesa se consideró incapacitada de proseguir las obras y sacó en concurso todas sus existencias y posibilidades, que pasaron a manos de los americanos, como es de todos sabido.

Con el desastre francés la fiebre amarilla agregaba una fase más a su lucha constante contra el hombre, ya que el episodio del Canal no era más que una simple etapa de este continuo proceso mortífero. Siglos antes la destructiva fiebre dejó también sentir sus aniquiladores efectos sobre las avanzadas de los pueblos que pretendieron colonizar aquellas zonas, reduciéndolos vertiginosamente e influyendo decisivamente en el curso de los acontecimientos históricos.

LA ENFERMEDAD DE LOS «MANAGERS»

La enfermedad de los «managers» no es ciertamente un descubrimiento de la segunda mitad de nuestro siglo. Era conocida con otros nombres distintos desde hace mucho tiempo y sólo es nuevo su actual denominación. Sobre ella existen muchas falsas interpretaciones en la mente popular que hacen su representación muy distinta de lo que es en su auténtica naturaleza. No es en modo alguno el exceso del trabajo lo que conduce exclusivamente a esta enfermedad. Lo que esencialmente conduce a esta enfermedad son los efectos negativos que algunas veces suelen producirse en los estados sobrecargados de actividad, es decir, la preocupación, la pena, el desagrado, la desgana, la cólera, el desengaño y otras sensaciones similares.

Cuando estos estados anímicos no pueden superarse suelen producirse toda una serie de complicaciones que afectan, antes que nada, a la circulación de la sangre, y se produce entonces lo que el psiquiatra von Braunnmühl conoce como la penetración de la psique en la estructura somática, y muy particularmente sobre el sistema vascular. Es una cuestión todavía por resolver el saber por qué sólo a un determinado porcentaje de los hombres sometidos a esta clase de excesivos trabajos les afecta la enfermedad de los «managers», suponiéndose que en este hecho intervienen ciertas predisposiciones heredadas y también características constitucionales.

Independientemente de estos hechos intrínsecos la realidad es que la enfermedad de los «managers» ha influido considerable número de veces en el curso de la Historia. Uno de los ejemplos más típicos y característicos de los tiempos modernos lo da el estadista y político alemán Gustavo Stressemann, hombre público de la Alemania de la primera posguerra, muerto a la edad de cincuenta y un años en unos momentos críticos.

La prematura muerte de Stressemann como consecuencia de la enfermedad de los «managers» cambió extraordinariamente la historia de Alemania, si hemos de creer a algunos historiadores. Según su secretario, Henry Bernhard, si hubiese vivido un año más o incluso algunos meses, los acontecimientos de Alemania habrían variado extraordinariamente. La gran confianza que gozaba, tanto dentro de su patria como fuera de ella, le habría servido para hacerse respetar en el extranjero y, por otra parte, le habría permitido oponerse al avance arrollador del nacionalsocialismo.

Una vez más, la enfermedad intervino en el curso de la Historia, haciéndola seguir un camino distinto del previsto. Esta intervención, tanto en este caso como en otros, no quiere decir que la enfermedad haga la Historia a su gusto, sino que actúa sobre las fuerzas creadoras del sujeto, comportándose en cierto modo como catalizador del espíritu. Tanto es así, que no se peca de exagerado si se llega a la conclusión que en determinados ejemplos la figura histórica no habría alcanzado su grandeza trascendente sin el impacto enfermizo.



OTOÑO
en el gran
Departamento de
CABALLEROS
de

Galerías Preciados

CLASICO



**Compruebe
la marca BAMBARA
en el orillo
y el marchamo
de garantía
adherido
a la pieza.
Nuestra marca
le garantiza
nuestros paños.**



Paños...

Fontcuberta

CLARIN

GARANTIA DE UNA PRODUCCION

TODOS OPINAN IGUAL:

Ahora está...
¡como nunca!



DELEITE SU PALADAR CON
"FUNDADOR" Y EXIJA
CON CADA BOTELLA EL FAMOSO

Sobre sorpresa

**ESTE AÑO
MAS SENCILLO
Y GENEROSO
QUE NUNCA!**

CON SU NUEVO SISTEMA DE PUNTOS
**TODOS LOS SOBRES
LLEVAN ESTOS PUNTOS**

CON LOS CUALES PODRA VD. OBTENER:

"VESPAS", BICICLETAS "BH",
RECEPTORES Y PLANCHAS "PHILIPS",
LAVADORAS, COCINAS Y FRIGORIFICOS "EDESA",
RELOJES "CERTINA", MUÑECAS "MARICELA",
MOLINILLOS ELECTRICOS "EXIN",
DESPERTADORES, MEDIAS "VILMA",
BILLETOS, MONEDEROS DE PIEL,
BALONES REGLAMENTO, BOQUILLAS "FLOWER", ETC.

millones de pts en premios

DE ENTREGA INMEDIATA



FUNDADOR
Domecq

EL COÑAC SECO POR EXCELENCIA

**CINCO NORMAS
PARA EL TRABAJO:
VER, OIR,
EXPERIMENTAR,
COMPROBAR
Y ANALIZAR**



FERNANDO DE CASTRO, UNA VIDA EN EL MUNDO DE LO PEQUEÑO

EL MICROSCOPIO, UN AMIGO FIEL DURANTE TREINTA Y CUATRO AÑOS



El doctor don Fernando de Castro, en un rincón de su cuarto de estudio de su casa

—¿Ejerce la carrera en contacto directo con el público?

—No. Sólo intervengo en algún que otro análisis que se me proponga.

—¿La investigación, por tanto, es su ocupación?

—La investigación y la cátedra.

Ver, oír, experimentar, comprobar y analizar. He aquí lo que suele hacer, lo que ha hecho de un modo continuo el doctor don Fernando de Castro desde el año 1920, cuando aún contaba sólo veintitrés años de edad. Una vida concentrada en el mundo de lo pequeño, donde las magnitudes y distancias se miden por micras, por milésimas de milímetros. Una vida casi fuera de nuestro espacio y de nuestro tiempo.

—Pues no sé la hora que es.

Al oír estas palabras vuelvo la cabeza, un poco extrañado por su incoherencia con nuestra conversación. Pero resulta que no, que no son incoherentes las palabras, sino que, en dirección de uno de los dos relojes que adornan la sala que hace de recibidor-despacho, confiesa que está fuera del tiempo, no sé si casualmente. Investigo entonces y compruebo que ninguno de los relojes están en hora, los dos tienen en reposo, tal vez ya largo, sus manecillas. En poco tiempo, ambos se ponen a tono con nuestros días, a ritmo de reloj. ¿Cuántos señores tienen nuestro tiempo de hoy?

Sonriente, y ya cerca del sillón, quiere explicar:

—La verdad es que...

—No hay tiempo para atender al reloj—le atajo.

Ya sentado, tiene como instrumento de entretenimiento digital las gafas. Sus ojos despiden una mirada fija, de localización. Pero sus ojos sin gafas aparecen algo apagados, como cansinos y huidizos del choque directo con la realidad circundante. Y es que llevan alrededor de treinta y cuatro años correteando, ansiosos y voraces de novedad y hallazgos, por los minúsculos elementos de los nervios. Más que viendo, adivinando a veces. Adivinando a fuerza de pequeñez de lo entrevisto, a fuerza de carencia de diferenciaciones materiales en los corpuscútilos para concretar la distinción.

—¿Su primer trabajo?

—Estudios sobre ganglios sensitivos del hombre en estado normal y patológico.

Ese párrafo tan largo, que sirve de contestación, es el título de su tesis doctoral, que presentó en 1922. He ahí el resultado de investigaciones bajo el magisterio y la noble sombra de don Santiago Ramón y Cajal.

—¿Mucho tiempo en preparar esa tesis?

—Tres años.

—¿Pero estudio directo y personal?

—Sí, sí. Estudio directo en el hombre: en autopsias, en casos de muerte súbita por accidente, y en caso de ciertas enfermedades endocrinas, del sistema nervioso, septicemia y heridas.

Es decir, ya trabajaba en ello cuando obtuvo la licenciatura, que fue en 1920.

—¿Halló algo nuevo?

—Sí; lesiones nuevas. Muchísimas.

—Pero ¿desconocidas todas?

—No; algunas solamente.

—¿Nombres?

Rápido, sale del sillón, para dirigirse a un estante cerrado. El doctor don Fernando de Castro es hombre alto, de complexión atlética, paso firme, cara algo enjuta, voz fuerte y perfecta pronunciación. Derecho, muy derecho, y de movimientos no muy rápidos, pero sí seguros y precisos. Tanto en los gestos como en la dicción de las palabras y la precisa exposición de ideas, se manifiesta el hombre de cátedra. Y es catedrático de Histología y Embriología General de la Facultad de Medicina de Madrid.

—Aquí, en esta obra—dice, mientras revuelve hojas—, vienen agrupados los nombres.

Y sigue pasando y repasando hojas.

—Pero, ¿la publicó en inglés?

—No.

Y cerrando el libro, pero dejando un dedo en el lugar que nos interesa, aclara:

—Esta obra es la Wilder Penfield, editada en 1932. Viene a ser una especie de enciclopedia, editada en Nueva York. Cada capítulo ha sido escrito por un autor distinto de los demás.

—Quiere decir que a usted le pidieron su tesis doctoral para incluirla como un capítulo.

—Exacto.

Libro abierto, parece que busca con los ojos y con el dedo índice, que se aquieta y agita como una brújula en busca de los nombres.

—Aquí.

Gira un poco, y dice:

—Las clasifiqué por grupos.

—Ya.

Lee, sin titubeo. Aunque sea obra suya, no pocos años han pa-

sado ya. Y el tiempo no pasa sin cobrar tributo.

—Lesiones consecutivas—dice aplicando bien la vista— a la acción de los agentes tóxicos y traumáticos de la neurona... Reacciones tóxicas y alteración de los nervios... Cambios citológicos consecutivos a ciertas enfermedades... —Etcétera.

—Sí, etcétera—repite sonriendo.

La verdad es que, nombres técnicos de Citología, Neurología, etcétera, todos ellos oídos en conversaciones, sin una preparación previa de varios meses o años—entendámonos—, me resultaban algo así como un juego de palabras enigmáticas. Y don Fernando, como anda en terreno propio y al día, corre y corre, a pesar de su enorme y caritativa comprensión. Me doy cuenta de su grandioso esfuerzo de autodomínio, porque el investigador lleva siempre en sí una enorme energía potencial, que le hace avanzar sin retroceder, sin temor a las coordenadas de tiempo y lugar, por los caminos de la hipótesis. Es cierto que algunos hallazgos son casuales, pero de una casualidad muy relativa: una casualidad ocurrida dentro del propio trabajo de investigación, como el feliz hallazgo de la penicilina. La invención tiene su fórmula numérica, que ya expresó Edison: un 98 por 100 de transpiración y un 2 por 100 de inspiración. Así que, cuando ya tienen ante sí camino expedito, la voluntad ha de emplearse en labor casi restrictiva, en la dosificación y equilibrio de palabras y estudios. En fin, con todo esto he querido decir que a don Fernando le salían las palabras una tras otra, como encadenadas, al hablar de estas lesiones, que observó y estudió hace treinta y tantos años.

—¿Es de mucho valor científico esta obra?

Observo que cierra el libro, como diciendo: «Mejor es no hablar.» Lo cierra, lo coloca en su sitio, se vuelve, me mira fijo, respira hondo, y contesta:

—Cada tomo de esta obra, que consta de tres tomos, valía en aquel entonces, año 1932, la cantidad de 350 dólares.

—Y, claro, se agotó.

—Sí, señor.

—¿Y no se ha intentado la reedición?

—A pesar de la mucha y reiterada demanda, el editor dice que no es comercial.

Señala el lugar del libro, como lugar algo extraño:

—Esos tres tomos son los únicos que me cedió el editor. Esos tres tomos y veinticinco pruebas de mi capítulo. Nada más.

—¿Ha quedado muy rezagado cuanto ahí se sostiene? Me refiero a la obra en conjunto.

—Pues... no—dice, tras una breve consulta a la memoria.

—Aquí, en España, ¿qué acogida tuvo su tesis?

—El Premio «Rodríguez Abaytúa», de la Real Academia de Me-

Este premio se concede a la mejor tesis doctoral de cada año. Con él se le puso el escandalo científico. Mientras pienso en ello, suena, por fin, el reloj, que volvió al servicio activo. Y, la verdad, produce cierta sensación su tintineo.

LA RAZON DEL K. O. DE LOS BOXEADORES

Después de nuestro pequeño ho-



En Turin, en el Instituto Anatómico, con el profesor Levi

menaje al reloj, amo por algún tiempo de la modesta y sencilla sala en que nos encontramos, volvemos a los estudios e investigaciones.

—Citoarquitectura de los ganglios simpáticos en el niño y en el hombre adulto— Ese es otro trabajo que apareció en la revista de don Santiago Ramón y Cajal, allá en 1924.

—¿Es ganador de algún premio de la Academia de Medicina?

—Del Premio «Martínez y Molina». Pero fué presentado con otro y cierta ampliación: Estructura del ganglio simpático en el hombre y los animales.

Y nos quedamos mirando mutuamente, como haciéndonos la siguiente pregunta ocular: ¿nos entendemos o no nos entendemos? Yo prefiero seguir adelante.

—No sé por qué me parece que han de impresionarme más sus procedimientos técnicos hasta descubrir la función del corpusculo carotideo.

Le pregunto con cierto temor al error en la formulación de la pregunta. Pero de la reacción de don Fernando deduzco que he dado en el clavo. Voy llegando a la conclusión de que lo mejor es preguntar y confiar en la bondad del doctor Castro.

—Todo partió de unos trabajos del año 1926. Entonces logré una técnica especial para el estudio del sistema nervioso cuando estaba envuelto en estuches óseos. Siguiendo esta técnica de cortes totales de cabeza con sus tejidos blandos, pude hacer el estudio de la inervación de la región carotídea.

—Esta, ¿no?—le pregunto, señalando ambos lados del cuello,

junto a la cara, esos lugares que buscan con afán los boxeadores para acabar pronto con su adversario.

—Esa—responde asintiendo al mismo tiempo con la cabeza y con un movimiento de las gafas.

Y continúa:

—Pude determinar la inervación del seno carotídeo y del corpúsculo carotídeo.

—¿Qué tamaño tiene ese corpúsculo?

—Alrededor de 4,5 milímetros.

—¿Cuánto tiempo estudió esta cuestión?

—Tres años, aproximadamente.

—¿A qué resultados concretos llegó?

—Encontrar tres sistemas de inervación aferente en esa región. Llegué a discriminar la función que le corresponde en el organismo al corpúsculo carotídeo.

—¿Y cuál es esa función?

—Que es un receptor sensorial destinado a percibir las variaciones cualitativas de la composición química de la sangre; es decir, lo que luego se ha denominado un quimicorreceptor.

—¿Es que ese corpúsculo no era considerado antes como un receptor?

—No. Se creía que era una glándula de secreción interna.

—Y ¿cuál es la función concreta, expuesta de un modo vulgar, del corpúsculo carotídeo?

—Es como un vigía del efecto de la respiración. Los corpúsculos carotídeos son muy sensibles al gas carbónico y a la deficiencia de oxígeno. En cuanto hay exceso de gas carbónico y falta de oxígeno, produce una variación de acidez que provoca una descarga nerviosa enviada a los centros bulbares, y esto se traduce en jadeo o aumento de los movimientos respiratorios.

—Una pregunta extraña: ¿Por qué los boxeadores buscan la región carotídea?

—Porque es la más ricamente inervada, lo mismo que el seno carotídeo. El golpe en éste, en el seno carotídeo, es el que produce una especie de frenaje en el corazón.

—¿Por qué?

—Porque es un aparato regulador del tono vascular. Así que el golpe provoca una inhibición brusca en el corazón.

—¿Para el hallazgo de la función de los corpúsculos carotídeos partió usted de alguna hipótesis?

—No. Me encontré con el hecho.

Hay que rendir homenaje a esta sencilla manifestación de sincera humildad. Así es la ciencia, la verdadera ciencia, la que va en busca de la verdad objetiva, que es la realidad de las cosas, y no se entretiene ni pierde tiempo en mirar al coro.

—Y ¿cuál fué su reacción?

Abre los brazos como queriendo sacudir algo que le ha caído encima.

—¿Qué he hecho?—me pregunté asombrado—. Yo estoy equivocado.

La conclusión es clara: repitió el experimento varias veces, para llegar a la confirmación. Y llegó a la confirmación experimental. Y luego, claro, pudo hacer la afirmación verbal, la teórica, respaldada por los hechos.

Y nosotros, por nuestra cuenta, ya podemos obtener de este hombre, de cuanto va escrito, una conclusión de otra índole: que ha hecho conquistas verdaderas y cotizables en la bolsa del tiempo con tres armas: trabajo, renuncia de muchas cosas materiales y humildad.

Creo que la atención a uno cualquiera de los vicios contrarios puede dejar impotentes los mejores propósitos.

VELOCIDAD NERVIOSA: ONDAS DE 100 METROS POR SEGUNDO

—He leído en su biografía que también obtuvo el Premio Obieta, de la Real Academia de Medicina. ¿Por qué trabajó?

—Un estudio de la regeneración funcional normal de los nervios, especialmente de la regeneración funcional del sistema nervioso simpático.

—¿Había antecedentes de esto último?

—Apenas.

—¿Cuánto tiempo empleó en ello?

—Tres años.

Al cabo de tres años apareció el trabajo, editado en francés. Un trabajo de cien páginas, con noventa figuras.

—¿En qué animales hizo los experimentos?

—El gato y el perro.

—¿El gato? Vulgarmente creemos que el sistema nervioso del gato es algo singular.

—El sistema nervioso del gato, sobre todo el periférico, es muy semejante al del hombre.

—¿Qué datos interesantes obtuvo?

—Una advertencia quiero hacerle: siempre busco la función, no lo anatómico. Pues bien, obtuve datos interesantes, sobre todo, en velocidad de crecimiento, en la creación «ex novo» de sinapsis en los ganglios y también en la manera de ponerse en relación dinámica las neuronas simpáticas con los centros.

—Perdón: ¿Podemos aclarar eso de la sinapsis?

—La conexión de una neurona con otra.

Hizo para ello secciones, resecciones, compresiones. Es decir, cortó, conectó y desconectó nervios como suelen hacer los aprendices en materia de instalación eléctrica cuando no saben a ciencia cierta los resultados de sus manipulaciones. Y así, hecha la conexión, realizada la prueba, y ¡a esperar el resultado! Resultado que se comprobaba con aparatos que medían las reacciones del animal, movimientos, etc.

—A veces efectuaba la inervación de los nervios del esófago. Antes de comer, podía verse el gato tan tranquilo, con sus pupilas de tamaño corriente, aspecto sanguíneo... Pero al pasar los alimentos por el esófago, con esto bastaba para que las conexiones le provocase una reacción en los tejidos inervados: pelos, pupilas dilatadas, etc.

—No somos nadie.

—Eso de que hemos hablado es la regeneración nerviosa homogénea. Varios años después acometió la regeneración heterogénea.

—Son términos que, con su permiso, merecen aclaración.

—Nervios heterogéneos son aquellos que tienen distinto número de fibras, y que las fibras son de distinto calibre y que también es distinta en ellos la velocidad de ondas. Los homogéneos, por el contrario, todo lo tienen igual. Como comprenderá, esas desigualdades de los nervios heterogéneos producen una arritmia a la llegada de los impulsos a las neuronas. Pero lo curioso es que esto, la arritmia, es lo más frecuente, lo normal.

—Y usted, como es de suponer, se propondría corregir, ordenar esa desigualdad con la regeneración nerviosa heterogénea.

—Así es.

—Y ¿cómo?

—De una manera muy arbitraria: cambiando los nervios. Inervando un nervio por otro.

—Le parece bien hacer un balance de lo conseguido?

—Que ganglios nerviosos puedan funcionar con su misma arquitectura como una estación de distribución de impulsos o de coordinación de impulsos, según el nervio utilizado.

—Hay algo que me tiene inquieta la imaginación: es el figurarme la velocidad de las ondas nerviosas.

—En los nervios autónomos, los que inervan las vísceras oscilan entre 1,5 a 16 metros por segundo. Pero los más veloces son los motores, donde llega a 100 metros por segundo. Todo esto fué estudiado y expuesto por autores norteamericanos.

Mi imaginación ha quedado satisfecha. Pero ahora se dispone a representar nuestro organismo cargado de corrientes nerviosas en todas direcciones... En fin, más vale cortar el vuelo a la imaginación.

EL TRABAJO DE RAMON Y CAJAL QUE NO APA- RECE

—Después de nuestra guerra, ¿qué otras invenciones o procedimientos nuevos ha realizado?

—En 1944, la creación de arcos nerviosos artificiales; es decir arcos sin conexión con las centrales.

—¿Con qué fin?

—Para demostrar que la especificidad de las sensaciones está en los elementos permanentes de los órganos receptores y no en las fibras transmisoras.

—¿Cómo lo demuestra?

—Variando las fibras, con tal de que sean sensoriales. Si en el sentido del gusto, cuyos órganos aprehenden lo dulce, salado, amargo y ácido, aplico un arco artificial, es decir, cambio las fibras transmisoras, se producen en el órgano receptor las mismas reacciones que si el órgano fuese normal. Ello me demuestra que la especificidad está en el órgano receptor, no en las fibras transmisoras.

—Y la opinión anterior, ¿cuál era?

—No se sabía a ciencia cierta dónde podría radicar esa especificidad. Se hablaba de fibras específicas que estaban condicionadas en su función y conexión con la central.

Don Fernando de Castro habla con cierto recato de todo esto. No es muy partidario de airear fuera del terreno puramente científico

co cuanto ha elaborado y conseguido en largas jornadas de paciencia y silencio. Pero a fuerza de zarandearlo verbalmente suelta, como el árbol cargado de frutos, las ideas y los hechos de su larga ruta de investigación.

—¿Trabaja mucho?

—¿Quién no trabaja?

Hay que entrarle por otro lado.

—¿Cuántas horas duerme?

—Cinco. Pero bien aprovechadas en sueño profundo.

—¿A qué hora se acuesta normalmente?

—A las cuatro de la madrugada.

Esto me intriga. ¿Qué hace este hombre hasta casi el clarear el día, si es verano? Por imperativo profesional hay que husmear. El resultado del decidido propósito, realizado a saltos, es el siguiente: por la mañana ejerce la cátedra de Histología y Embriología general, que le entretiene en la Facultad de Medicina hasta la hora de comer. Después de esto, de la comida, emplea el tiempo en despachar informes de ciertos análisis. Más tarde, se traslada al Instituto de Ramón y Cajal, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde es jefe de la sección de Neurobiología. Aquí permanece hasta cerca de las once de la noche, hora en que suele cenar en su casa de la calle Arango. Y después, desde las doce hasta las cuatro de la madrugada, se entrega por completo en casa, con la paz y silencio de la noche, a la investigación con el microscopio.

—¿No se desvela?

—Empiezo a leer el periódico, que es cuando lo leo, y pronto entro en un sueño profundo hasta la mañana siguiente. Tienen que llamarme. Dejo un papelito a mi mujer.

—Así que el teatro y el cine...

—Poquísimo.

De don Fernando de Castro puede hacerse la siguiente ficha: Nació en Madrid el 25 de febrero de 1897; licenciado en 1920; doctor en 1922; catedrático por oposición de Histología Normal y Anatomía Patológica en Sevilla, en 1933; en 1950 entregó una importante comunicación al Congreso de Estocolmo; en 1951 fué invitado por el Centro Nacional Belga de Investigaciones Neurofisiológicas para pronunciar en Bruselas conferencias en la reunión de expertos; ostenta los premios Rodríguez Abaytúa, Martínez y Molina, Achúcarro, Obieta y Ramón y Cajal, todos ellos de la Real Academia de Medicina; ha sido requerido su magisterio por el ministerio de Salud Pública de la Argentina, por la Facultad de Medicina de Montevideo, por la Sociedad Alemana de Patología y por la Escuela Experimental de Estocolmo. Y en su haber tiene más de sesenta trabajos científicos publicados.

—Y de cuanto ha hecho y hace, ¿qué es lo que más le cansa?

—El tener que buscar las cosas.

Y se interpone un silencio brusco, un silencio que parece impuesto por un frenazo violento en la conversación.

—Sí, sí. El desorden es mi mayor enemigo, y lo malo es que no puedo sacudírmelo. Me tiene enredado como una hiedra...

—Pero...

—No me cansa el leer, ni el escribir. Pero el buscar un artículo o algún otro dato, eso me agota.

Como el sentido de la vista es distinto del oído, aprovecho unos segundos para recorrer con la vista nuestro contorno, el orden de las cosas de trabajo, mientras con el oído sigo la conversación. Y en verdad, en la mesa me indica esto: estudio, estudio e intimidad. Una disposición de libros y papeles que se dejan para continuar después, sin pensar en el mundo exterior. Sinceridad, autenticidad. Nada de sentido social o comercial del trabajo.

—Más de una vez habrá perdido datos valiosos.

Se elevan sus cejas en un gesto de hastante resignación.

—En cierta ocasión, con motivo de un viaje a América, retoque una «preparación de retina» que me había dejado don Santiago Ramón y Cajal. La puse a secar y tan bien la guardé, que hasta



El profesor Fernando de Castro, pronunciando una conferencia en Buenos Aires

la fecha no he vuelto a encontrarla.

Con los brazos entrecambiados y mirando a todas partes, confirma:

—Ahora mismo no sé donde está. Algún día aparecerá.

—¿Cuánto tiempo estuvo con don Santiago Ramón y Cajal?

—Desde 1916 a 1934.

—¿Eran muchos?

—Cuatro o cinco.

—¿En qué ambiente?

—Un espíritu más romántico. Ahora hay más exigencias económicas.

—Dado el tiempo de convivencia con Ramón y Cajal, no le será difícil hacer una semblanza de su maestro.

Me hace la semblanza, pero de un modo intermitente. Los rasgos del ilustre neurólogo español van saliendo entre silencios y pausas:

—Fué mi maestro, mi consejero. Todo. Todo fué para mí. Era un gran conversador. Nuestras conversaciones, que eran diarias, duraban a veces una y dos horas. Pero conversación de literatura, de arte, de historia. Era de una cultura extraordinaria. Y siempre se encontraba insatisfecho de lo que sabía. Por eso procuraba siempre inculcarme este lema, que era consigna: «¡Cuánto ignora-

mos!». No se fiaba de su memoria, porque sabía que no disponía de muy buena retentiva. Pero, eso sí, recordaba muy bien los hechos concatenados. Era maravillosa su capacidad de síntesis asociativa.

NO USAMOS TODAS LAS FIBRAS NERVIOSAS

—Volviendo al tema de las investigaciones: creo que una de sus grandes aportaciones es la de averiguar el modelo de sinapsis.

—Estoy contento. Se trata de un estudio de la actividad funcional del ganglio simpático cervical en relación al número y modalidad de sus fibras preganglionales.

—Un poquito de claridad para nosotros, los profanos...

—Con ello he podido demostrar que las conexiones no son circuncritas, sino difusas.

—Vamos a ver si conseguimos una claridad más visible: ¿qué resultado práctico se ha conseguido?

—Conocer el número mínimo de fibras necesarias para la actuación funcional espontánea de estos centros nerviosos periféricos.

—¿Cuál es esa cantidad mínima?

—La décima parte es suficiente. Y él mismo se interrumpe:

—Otra conclusión es que tenemos una cantidad de fibras que no entran en actividad. No se usan todas las que poseemos al nacer.

—¿Es que no pueden entrar en activo?

—Poder, sí pueden; pero no son necesarias. Sólo entran en activo en caso de lesión de las que funcionan. Entonces hacen ellas una especie de relevo. Así que no puede decirse que cuando se lesiona un centro nervioso y vuelve a la normalidad después de un periodo de trastornos y decaimiento es que se hayan regenerado las fibras, sino que se han recuperado las que estaban en activo.

—Esos experimentos valen para los centros periféricos. ¿Valen para los centros superiores, los conscientes?

—Se ha hecho una consideración de carácter alusivo y, en efecto, ocurre lo mismo en los centros superiores. Basta con que las fibras recuperadas, las que entran en activo, tengan el mismo diámetro y la misma velocidad de ondas.

—Ahora, ¿en qué trabaja?

—En el estudio de la estructura de los capilares del cerebro. Me interesa cómo funcionan. Quiero saber las modificaciones de los capilares durante la función de los centros cerebrales.

—Y usted, ¿qué anticipa respecto a ello?

—Posiblemente, la función de los capilares está condicionada por los centros.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en ello?

—Dos años.

—¿Tiene ya datos satisfactorios?

—Los tengo en cuanto a la estructura. La estructura parece que permite variaciones en la cantidad de sangre que circula por los capilares.

—¿Muchas esperanzas?

—No se puede decir. Esperemos.

JIMENEZ SUTIL

(Fotos de CORTINA.)

Pág. 55.—EL ESPAÑOL



TRES FORMAS DE DELITO: OCULTACION, NEGATIVA DE VENTA Y AUMENTO DE MARGENES COMERCIALES

IMPORTACIONES DE CHOQUE Y COOPERATIVAS DE CONSUMO

LA NORMALIDAD DEL ABASTECIMIENTO ESTA ASEGURADA

LA reciente subida de salarios, cuyas variaciones continúan apareciendo en los "Boletines Oficiales del Estado" por lo que respecta a cada una de las diferentes especialidades laborales, es de todos conocida. Y de todos conocida también es la previsión del fenómeno de revisión de precios que lleva paralelo toda subida de salarios.

Ahora bien: si necesario y justo es, en muchas ocasiones, un pequeño reajuste de precios, lo que ya no es tolerable es que mientras la mano de obra sube únicamente un 30 por 100, por ejemplo, quieran fijarse los nuevos precios con un 60 ó un 70 por 100, y a veces más, en relación con los antiguos, sin haber mediado, en también muchas ocasiones, más período de tiempo que el breve espacio que marca la distancia que va de la noche a la mañana.

El incremento del nivel de vida trae consigo una normal y general elevación del nivel de los precios y de los puestos de trabajo, o sea de la demanda de lugares de colocación de trabajado-

res cada vez mejor retribuidos; pero esto no debe ir en detrimento del poder adquisitivo de los más débiles en el aspecto económico. Y un detrimento del poder adquisitivo de estos débiles está en la elevación abusiva y sin razón de los precios de los artículos de consumo.

"Es inadmisibles que las mercancías existentes, obtenidas a precios estables anteriores, sean vendidas a precios superiores o sustraídas a la circulación comercial."

Estas palabras, contenidas en la nota ampliatoria que de la reunión del Consejo de Ministros, del pasado día 23 facilitó a los periodistas el Ministro de Información y Turismo, centran exactamente la verdadera cuestión del problema en lo que se refiere al alza de los precios de unos artículos que hace mucho tiempo han sido fabricados u obtenidos y que presentan, en justa base, fijados ya con la suficiente y legal ganancia, unos beneficios marginales que no son ni mucho menos escasos ni deficitarios.

LA ESTABILIDAD DEL PAN, DEL ACEITE Y DEL AZUCAR

Vamos a examinar, por grupos de artículos de consumo, la variación de los precios en un período de tiempo que comprende todo el año 1955 y la parte de 1956 que llega hasta primeros de septiembre, espacio de tiempo en el que también se han verificado reajustes de salarios en determinadas ocasiones y que no han tenido, como puede verse por los índices de precios, una repercusión alcista de la intensidad que ahora, por algunos, se quiere imponer.

Consideremos primeramente los artículos alimenticios y establezcamos varios de ellos que nos puedan servir como prototipo: aceite de oliva, azúcar, carne, garbanzos, judías y lentejas, huevos, leche, merluza y pescadilla, patatas y, naturalmente, pan.

En enero de este año el promedio nacional del precio del pan fué de 5,33 pesetas por kilo; en mayo bajó a 5,28 pesetas; en junio llegó a 5,39, y en agosto, a

Se ha dictado una orden por la que se fija la obligación de exhibir junto a los actuales precios de los artículos los precios que éstos tenían el 1 de octubre



5,29, variación, como puede verse, apreciablemente ninguna. Si escogemos ahora el índice de precios ponderados relativo a este mismo artículo, vemos que en diciembre de 1954 presentaba una cifra de 50,18; en junio del año siguiente era de 49,43; en diciembre de este mismo año era de 50,1, y en febrero de 1956 el índice ponderado había descendido a 50,0. El índice ponderado es, como todo el mundo sabe, una medida numérica que indica, tomando como base un determinado origen cronológico, la variación cuantitativa de un determinado atributo o cualidad del artículo que se compara. Tanto el promedio nacional del precio del pan, como la variación del índice ponderado del mismo en el largo espacio de casi dos años presentan una constancia y una regularidad que casi pueden calificarse de absolutas.

El consumo de azúcar, carne, leche y huevos es un índice que mide la elevación del nivel de vida de un país. No hace falta repetirlo, el consumo de todos estos artículos ha aumentado extraordinariamente en España. En alguno de ellos el precio está fijado oficialmente, pero en otros la cuantía del mismo viene regulada por el volumen de existencias dispuestas para el mercado. En lo que respecta al azúcar, que está en el caso de los primeros, el precio no varía. Así, en enero de 1956 el promedio nacional de azúcar era, por lo que respecta al precio, de 10,99 pesetas por kilo; en abril, de 10,96 pesetas; en junio, de 10,97, y en agosto, de 10,98. Si examinamos el índice de precios del azúcar, en enero de 1955 la cifra fué de 39,83; en julio del mismo año, 39,50, y en febrero último, 39,06; absoluta regularidad, como puede verse; comprobación de la teoría con la práctica.

El aceite de oliva, en iguales condiciones que el azúcar, sigue línea análoga: 13,71 pesetas el litro es el precio medio nacional en enero de 1956; en abril es de 13,92 pesetas; en mayo, de 13,94; en julio, de 13,86, y en agosto, de 14,82. Los índices de precios del aceite de oliva permanecen casi inalterables. 48,09 en diciembre de 1954, y 48,07 en enero de 1956.

En casi dos años, ni pan, ni aceite, ni azúcar sufren—ahí están las cifras que lo demuestran—aumento apreciable en el precio.

LA CURVA FAVORABLE DE LOS PRODUCTOS DEL CAMPO

Los 20 millones de hectáreas de tierra cultivable son cada día mejor utilizados, lo cual se deja sentir en el nivel de vida. Unidades agrícolas trabajadas por mejores brazos productivos han permitido elevar extraordinariamente la producción agrícola. Y han permitido, pues, un mayor consumo de ella en su consecuencia.

Examinemos ahora un producto alimenticio venido típicamente del campo: las leguminosas. Y veamos la variación de los precios, como hasta ahora hemos hecho, de los garbanzos, las judías y las lentejas, artículos que están a la disposición de todas las aceptaciones. Al aumentar la producción de los artículos, aumenta su consumo, y si aumenta su consumo como consecuencia de la elevación del nivel de vida, tiene que aumentar, en recto lógica, el precio de los mismos, puesto que la existencia de un precio bajo indica no sólo escaso poder adquisitivo del consumidor, sino una nula elevación del nivel de vida de la masa

compradora. Ahora bien: la elevación del precio en estos artículos ha de ir acorde con la elevación del nivel de vida y con el aumento de la mayor disponibilidad dineraria del futuro consumidor. Este aumento, volvemos a decirlo, únicamente crecerá en función de estos factores, paulatinamente y sin bruscas alzas injustificadas y artificiales. Y así sucede en este aspecto.

El precio medio nacional del kilo de garbanzos en enero de 1956 fué de 10,39 pesetas; al mes siguiente ascendió a 10,53; dos meses más tarde, a 10,67; en junio, a 10,76, y en agosto, a 10,92: alza módica y paulatina, con arreglo a todas las premisas expuestas. Esto se confirma también con el examen del índice de precios, que pasa de 84,59 en enero de 1955, a 85,14 en agosto del mismo año, y a 89,07 en el último diciembre.

Cosa análoga ocurre con judías y lentejas, en los precios de las cuales se sigue observando, hasta octubre de este año, un alza adecuada a la elevación de su poder de compra, que el español ha visto aumentar en estos últimos tiempos.

EL CONSUMO DE CARNE Y EL PRECIO DEL PESCADO Y DE LAS VERDURAS

El consumo de carne indica, casi más que otro alguno, la manera de cómo evoluciona el nivel de vida del individuo que la consume. De todos es conocido el extraordinario aumento que el consumo de carne ha tenido en las ciudades españolas, aumento que ha llevado a las últimas disposiciones en materia de protección ganadera, sobre todo en lo que se refiere al vacuno menor. Aquí, donde el crecimiento del producto es menor en velocidad que los

exclusivamente campesinos, influye la escasez relativa, por tanto, en la fijación de los precios con la consiguiente aplicación total de las variaciones de la oferta y la demanda. Ahora bien: como veremos, centrando el examen en la carne de vaca, ha subido el precio de la carne, pero su elevación no supone, ni con mucho, el 20 por 100 del precio que existía hace un año. Seguimos haciendo notar que nos paramos siempre en la frontera cronológica del mes de octubre de 1956.

Por lo que respecta, pues, a la carne de vaca, en febrero de 1955 su índice era 93,14, y en el mismo mes del año siguiente, 102; índice que refleja un aumento menor del 12 por 100.

Análoga evolución se observa con la carne de ternera, puesto que siendo su índice, en la primera fecha de 120,41, llega a febrero de este año a 133,01. Expresando estos números índices en la medida más corriente del precio por kilo, tenemos que en enero de 1956 el promedio nacional del precio del kilo de la carne de vaca y de ternera era, respectivamente, de 31,54 y 49,93 pesetas; en agosto de este año son 35,86 y 51,93 pesetas, respectivamente, por dichos conceptos. Lo afirmado, pues, se confirma.

Leche y huevos presentan análoga variación, aunque, como todo el mundo sabe, el precio de los huevos es el que más influjo estacional presenta, ya que la puesta de las gallinas no es efectuada más que en unos determinados meses del año.

España es la tercera potencia pesquera de Europa. Cuando nuestra flota pesquera, vencidas todas las dificultades, esté totalmente modernizada, España puede aspirar con justicia al puesto primero.

Conforme a esto, el consumo de pescado en España ocupa un importante lugar dentro del panorama alimenticio español. La variación de los precios del mismo ha de sentirse por fuerza, en positivo o negativo, en las áreas consumidoras. Fijémonos en la variación de los precios de la merluza y pescadilla, variación que, siguiendo el alza lógica observada hasta ahora, no presenta, en el largo espacio de dos años, ese aumento del 30 y del 40 por 100 que quieren ahora presentar determinados expendedores. Efectivamente, en el índice, la cifra de diciembre de 1954 es de 95,78, y en febrero de 1956, de 102,09, por lo que respecta a la merluza; en cuanto a la pescadilla, de 95,28 pasa a 117,08.

Las verduras son, ya dentro del último capítulo que estamos comentando, los productos cuyos precios sufren más variaciones, de acuerdo con las épocas de máximo y mínimo de producción. Pues bien: todos los razonamientos que hemos venido sosteniendo con detalle hasta ahora son susceptibles de aplicación exacta, una por una, a la gran gama del mercado hortícola.

Estas son las consideraciones que se ofrecen al examen sincero y objetivo de las cifras de precios. En dos años, esos precios no presentan, a pesar de todos los reajustes y de las elevaciones lógicas del nivel de vida, aumentos superiores, en la excepcionalidad

de los casos, al 15 por 100 con veinticuatro meses de fecha. ¿Qué razón hay, pues, para que en sólo treinta días se quiera alcanzar el 40 ó el 60 por 100 de aumento con relación a los últimos?

LA POSICION Y LOS BENEFICIOS DE LOS INTERMEDIARIOS

En el problema de los precios, un factor importante es el intermediario. Los productos, desde el campo o desde el mar, desde el matadero o desde la fábrica de embutidos hasta el consumidor, hasta el ama de casa, recorren un camino largo. Pasan por muchas manos. Estas manos son las manos de los intermediarios.

Naturalmente, el intermediario es en muchos casos, en casi todos, necesario. La vida está ordenada de ese modo, y la distribución más o menos racional de las necesidades y de las obligaciones de cada uno exige que en gran mayoría de ocasiones no pueda ser una realidad aquello de "del productor al consumidor".

La existencia, pues, del intermediario es legal y justa y ha de admitirse. Lo que no se puede admitir, lo que va contra toda ley y contra todo derecho es el abuso y las subidas injustificadas de precios en artículos que se producen con toda normalidad y con toda abundancia.

Vistas así las cosas, el «Boletín Oficial del Estado» ha publicado una orden de la Presidencia del Gobierno, en el sentido de que en el plazo de siete días, a partir del 28 de noviembre, todos los fabricantes de productos alimenticios, artículos de uso y vestido, artículos de uso doméstico y materiales y elementos de construcción, en la actualidad sometidos a régimen de libertad de precio y distribución, vienen obligados a entregar en las Delegaciones de sus Sindicatos respectivos declaraciones en las que se señalen los incrementos habidos de precios en sus nuevos artículos con referencia al 1.º de octubre y existencia en fábrica de los mismos. Análoga obligación, cada uno en su peculiaridad específica, tienen los titulares de empresas mayoristas, de comerciantes, almacenistas y detallistas.

Por lo que respecta a estos últimos exhibirán en su local, de forma bien visible al público, relaciones de los precios anteriores a primeros de agosto y actuales para cada artículo. Todos los fabricantes, almacenistas y detallistas vienen transitoriamente obligados a vender los artículos de su producción o comercio dentro de los precios por ellos declarados, que se considerarán como máximos y bajo su entera responsabilidad. Asimismo, la negativa de venta de artículos en existencia de fábricas, almacenes o establecimientos detallistas constituye, en todo caso, ocultación, sancionada con arreglo a los preceptos de la ley de septiembre de 1940.

El mecanismo vigilante y de seguridad está, pues, andando.

IMPORTACIONES DE CHOQUE Y COOPERATIVAS DE CONSUMO

Que España está hoy plenamente abastecida en lo que se

refiere a productos alimenticios, artículos de vestido y de uso doméstico es una aseveración totalmente exacta. Estos tres apartados son evidentemente los que pudéramos llamar más «usados» por las clases menos potentes, en el sentido económico; clases a las que principalmente ha ido dirigido el actual reajuste de salarios. Pues bien, las series de producción de todos estos grupos anteriores suben cada año un elevado tanto por ciento en relación con el anterior, y para ello no hay más que consultar las series estadísticas publicadas en cualquier anuario de la especialidad. La producción española de artículos alimenticios, de vestido y de uso doméstico va por ahora delante de la general capacidad de consumo de los posibles usuarios o consumidores de los mismos. Esta antelación en la abundancia es función de dos factores: de un lado la propia producción española de materias primas—ahí está, por ejemplo, esta última cosecha, la mayor de todas desde hace quince años—, y de otro, las importaciones de choque efectuadas por el Ministerio de Comercio.

Las importaciones de choque tienen por misión dos objetivos esenciales: de un lado, mantener la cobertura de consumo en momentos en que, por cualquier circunstancia, puedan escasear los artículos, en los que España no sea plena productora.

En productos alimenticios las principales importaciones de choque han sido verificadas en carne, huevos, patatas, maíz... Por ejemplo, 4,9 millones de dólares procedentes de la ayuda norteamericana para el año fiscal 1956-57 han sido empleados en la compra de carne; 1,2 millones en huevos, 400.000 dólares en maíz... Por lo que respecta a artículos de vestido, 20,5 millones de dólares también de ayuda americana han sido empleados en la compra de algodón, etc....

Otra de las medidas contenedoras del alza de precios es la de la creación de cooperativas de consumo, creación que el Estado desde este momento favorecerá y protegerá.

En la cooperativa de consumo queda eliminado no sólo el lícito margen comercial del minorista, sino el posible abusivo que en anormal circunstancia pudiera por éste fijarse. Igualmente las cooperativas pueden, en una acertada organización, obtener los productos directamente no sólo de las cooperativas de producción, sino de los productores unitarios, con lo que la fase de encarecimiento ocasionada por el proceso antes expuesto queda anulada.

Este es, pues, el actual panorama del mercado español en lo que respecta a precios: inexistencia de razón alguna para la elevación abusiva; medidas de vigilancia y de sanción por medio de los organismos competentes; importaciones de choque y creación de cooperativas de producción y consumo como remedio decisivo e indirecto de las posibles burlas de la Ley.

(Fotos de CORTINA.)



¡¡8 DE DICIEMBRE!!

No dejes que transcurra
en la indiferencia.

Graba en tu corazón
esta fecha, porque
ella indica el día más
hermoso: ¡EL DÍA
DE LA MADRE!

*Un beso y
un regalo*

TODO "EL CORTE INGLES" ES
UNA INMENSA EXPOSICION,
EN LA QUE SERA FACIL
ENCONTRAR UN REGALO
ADECUADO...

Es el mejor homenaje, en el
que podrás encerrar:
AMOR, TERNURA,
AGRADECIMIENTO.

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"



“EL CAÑÓN”

de Cecil Scott Forester, sobre cuyo argumento se ha rodado en España la película “Orgullo y Pasión”, producida por Stanley Kramer e interpretada por Sofía Loren, Gary Grant y Frank Sinatra.

El enorme cañón, que los guerrilleros españoles encontraron abandonado, es un héroe más de nuestra Guerra de Independencia. Una novela de acción que, según palabras de Sir Hugh Walpole, “está escrita con la misma viveza y exactitud con que hubiera sido relatada por un posible testigo presencial”.

40 pesetas

LOS MEJORES LIBROS PARA REGALO

Una cuidadosa selección de autores.
Traducciones realizadas por los mejores especialistas en cada idioma.
Una presentación esmerada.

NARRACIONES Y NOVELAS

ALMA RUSA, Catherine de Hueck.	(30 ptas.)
EBANO, Helen Caldwell Day.	(34 ptas.)
FAMILIA NUMEROSA, William E. Walsh.	(44 ptas.)
MUERTE AL INVASOR, C. S. Forester.	(40 ptas.)
LAS 48 AMERICAS, Raymond Cartier.	(75 ptas.)
OSOS EN EL CAVIAR, Charles W. Thayer.	(60 ptas.)
EL TELON DE CAVIAR, Charles W. Thayer.	(50 ptas.)
EL REY DE HAITI, John W. Vandercook.	(30 ptas.)

CORTAR Y REMITIR EN SOBRE ABIERTO, FRANQUEADO CON QUINCE CÉNTIMOS.

Muy Sres. míos: Les agradeceré me envíen, contra reembolso, los siguientes ejemplares de sus obras:

EJEMPLARES	TÍTULO
1	catálogo gratis

a de de 195.....

Nombre
Domicilio
Población

Ancena S.A.

EDICIONES RIALP, S. A. • PRECIADOS, 35 • TEL. 48 78 11 • MADRID



EL COMANDANTE ZORITA MAS ALLA DE LA BARRERA DEL SONIDO

UN ALFEZ PROVISIONAL DE LA ESCUADRILLA GARCIA MORATO

EL LEMA DE UNA VIDA: "VOLAR, VOLAR SIEMPRE"

ES casi la una de la tarde del 27 de noviembre. El jefe de pilotos del Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica ha realizado aquella mañana dos vuelos de pruebas en una avioneta «A. V. D. 12 Dewoitine». Es una avioneta prototipo; un aparato de enlace con capacidad para cuatro pasajeros. Difícil oficio el de piloto de pruebas, el del hombre que doma los nuevos prototipos de aviación.

El comandante Zorita Alonso ha despegado, por tercera vez, con la avioneta prototipo. Va sólo a escasa altura. Realiza un vuelo que parece de exhibición por lo perfecto, cuando, de pronto, sobreviene el «flutter» que, en el lenguaje de los técnicos, quiere decir la vibración de los planos. Vibran las alas como atacadas del mal del azogue. El bloqueo de los mandos se produce y la avioneta cae rápidamente al suelo, en unos terrenos próximos a las pistas de pruebas del Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica.

Aun antes de que la avioneta tocara tierra se ha dado la alarma en el escuadrón de experimentación en vuelo y se han movilizado los servicios sanitarios de Torrejón de Ardoz.

La avioneta ha quedado destruzada y el piloto muerto. El escuadrón de experimentación —los pilotos militares de pruebas— ha recibido un rudo golpe. El comandante de Aviación don Demetrio Zorita Alonso ha sido uno de los campeones de las alas españolas y fué, nada menos, que

el primer español que atravesó la barrera del sonido.

DE SOLDADO A ALFEZ PROVISIONAL

Un muchacho joven, vestido de paisano, se acerca al cuartel de Infantería número 31 de Burgos. Es el 13 de abril de 1937: Demetrio Zorita se presenta voluntario. Se le destina a la terllón, al que se incorpora en el cera compañía del segundo batasector de la Rogla.

El 26 se reúne con todo el batallón en León, que sale en un tren militar con dirección al frente de Vizcaya. Pasan por Vitoria, Vergara y Guernica, en donde se establece el servicio de protección de la plaza. El 10 de mayo, todo el batallón se traslada al monte Sollube, para la escalada de dicho macizo, que se logra tras sostener fuertes combates. Después de varias intervenciones militares, el día 11 toma parte en unión de otras fuerzas en el ataque a la posición de San Pedro, cota 193. El 18 se lleva a cabo el asalto y la conquista de la posición enemiga de Santo Domingo. El 4 de julio se traslada con todo el batallón a Mercadillo, estableciéndose en los altos de Lobrina, donde soporta el do-

Zorita, voluntario en la campaña del Este, con un campesino ruso



ce bombardeo de la aviación enemiga. En la revista de septiembre es destinado a la Plana Mayor del batallón primero y con él toma parte en la ocupación de Peña Dalia, Parrecilla, Valderria, Valdeteja, Valverde, La Bandera, Pedrisa y Carnuerzo hasta el 25 de octubre, que es llamado para asistir al curso de pilotos de Aviación.

A principios de 1938 es ascendido a alférez provisional del Aire. Y termina con singular aprovechamiento un curso de Piloto de Guerra en Alemania. A su vuelta es destinado a la escuadrilla 8-E-3, con la que realiza servicios de reconocimiento y de crucero en el frente de Córdoba y en el de Granada. El alférez provisional, don Demetrio Zorita ya ha entrado en contacto con los «Curtis» enemigos en muchas ocasiones. El día 2 de agosto se incorpora a la octava escuadrilla del 2-G-3, que manda el comandante García Morato; sobre la hierba de los campos de aviación ve los primeros aviones de este famoso grupo. En el fuselaje de cada uno de los cazas se ha escrito: «Suerte, vista y al toro.» Al comandante Zorita le entusiasmó aquel lema.

Pasa al aeródromo de Posada (Córdoba). El día 4 de enero de 1939 comienza a volar en diversas acciones de guerra sobre el frente de Valsequillo, Fuenteovejuna, Grajuela, en servicios de protección de aparatos de bombardeo, crucero y vigilancia; sobre el frente de Monterrubio entabla combate con «Curtis» enemigos; la duración de sus vuelos durante este primer mes de 1939 es de 25 horas y 20 minutos. Durante el mes de agosto se recibe un telegrama postal de la Jefatura del Aire, en el que se anuncia su baja en este grupo y pasa al primer grupo de la escuadra de caza de la Región Aérea Central. El día 20 del mes de octubre desfila sobre Madrid.

«VEO QUE SIGUE CON GANAS DE REPETIR SU CAMPAÑA EN RUSIA.»

Ya se le ha autorizado a poner sobre su uniforme la insignia de la Cruz del Mérito de Guerra italiana. Es el año 1941; el día 1 de agosto se le comunica verbalmente que puede incorporarse a las tropas españolas que luchan en Rusia. Cruza la frontera franco-española el día 20, y poco más tarde entra a formar parte en la primera Escuadrilla Azul. En los aeródromos helados de las estepas soviéticas es promovido al grado de teniente provisional, con antigüedad del 31 de marzo de 1939.

El 3 de marzo de 1942 vuelve a cruzar la frontera francoespañola, de regreso a la Patria.

En el frente ruso ha realizado 16 vuelos, sostenidos en combates aéreos y tres ataques rasantes. Se le autoriza para usar sobre el uniforme la Cruz de Hierro alemana. Pasa a otros destinos y recibe diversas condecoraciones por su actuación en Rusia, entre ellas la Cruz de Guerra y la Cruz del Mérito Militar.

Un día cualquiera del comandante Zorita en Rusia puede ser éste: Según consta en el Diario de Operaciones de la primera escuadrilla expedicionaria, el día 30 de noviembre de 1941 despegó de un

aeródromo ruso, a las diez de la mañana, en compañía de otro teniente, al objeto de efectuar un servicio de caza libre en el Sector del Canal de Moscú, desde Niti-troff a Innatowua, encontrando una avioneta, que tomó tierra surcoeste de Denewo, la cual fué incendiada. Después atacaron y se escaparon internándose en las nubes.

Ya en España, el comandante quiso volver en varias ocasiones. Al menos de una de ellas tenemos constancia por la respuesta que le dirigió el hoy coronel don Mariano Cuadra, jefe de la Base de Reactores de Torrejón de Ardoz. A la petición del comandante Zorita contestó así: «Veo que sigue con ganas de repetir su campaña en Rusia... Efectivamente, he tenido la suerte de que se me haya designado para la cuarta escuadrilla y ahora ya enterado de la organización tengo que decirle, sintiéndolo mucho, que no es posible repetir, pues hay que dejar que puedan ir por allí otros oficiales voluntarios.» La carta está fechada el 17 de enero de 1943. Años más tarde pasa al escuadrón de experimentación en vuelo de la Base Secreta de Bretigny, donde permanece durante varios meses.

EL PRIMER AVIADOR ESPAÑOL QUE ATRAVESÓ LA BARRERA DEL SONIDO

El comandante Zorita, embutido en el traje especial de protección contra velocidades supersónicas, dirigió el último saludo a los compañeros del aeródromo de Marigane (Marsella), base secreta de aviación experimental. Era el 5 de marzo de 1954. El gran día. La máxima prueba y la máxima tentación. Ya quedaban atrás muchas fechas de preparación de intensivo entrenamiento. Desde su hotel en París, rue Rivoli, 218, salía para el aeródromo a las seis de la mañana y nunca regresaba antes de las siete. Allí en el hotel recibía llamadas de su mujer, doña Carmen Rieckers, que, tentando siempre el peligro y la desazón, le preguntaba si había desistido de realizar el intento de pasar la barrera del sonido. El contestaba siempre con una evasiva:

—No puedo hacerlo. El avión no está en condiciones. Se me ha roto la cabina.

Todo era simplemente una disculpa para tranquilizarla. El avión «Mistere II», a reacción, construido por la Casa Marcel Dassault, con un techo de 18 000 metros y velocidad horizontal de 1.075 kilómetros por hora, despegó del aeródromo en la fría mañana del día 5. Un dato en contra muy importante, pues en temperatura fría es mucho más difícil atravesar la barrera del sonido.

El comandante Zorita ascendió a 18 000 metros y desde allí, en picado, se lanzó vertiginosamente a la carrera trágica y relampagueante. Pocos momentos después había conseguido el triunfo. Era el primer piloto español que lograba pasar la barrera del sonido. Descendió del avión emocionado, con su eterna sonrisa a flor de labio, con su sencillez de todos los días, y sólo dijo una frase:

—Creí que esto resultaría más difícil.

Así, sencillamente. Ocultaba que las correas se le habían clavado en las carnes y que el sentido, en pleno vuelo, rebotaba sobre la inconsciencia. Y poco después abría con su misma mano un telegrama del jefe del Estado Mayor del Aire, general Fernández Longoria, y leyó lo siguiente: «Le felicito muy cordialmente por ser el primer piloto español que ha atravesado la barrera del sonido.»

El comandante Zorita había conseguido volar a 1.224 kilómetros por hora. A la anterior felicitación se unieron la del Ministro del Aire, director de la I. N. T. A. y jefe de escuadrón. Esta no sería la única vez que pasaría la barrera del sonido. Un año más tarde, el 3 de septiembre de 1955, vuelve a salir para Francia invitado por el director del Centro de Esseis en Vol, y en un reactor «Mistere» repite otras siete veces la proeza anterior.

Todo sin darle importancia, sin meter ruido ni buscar la más remota publicidad. El sería el primero en sorprenderse al hablar con su esposa por teléfono en la mañana del 6 de febrero. Ella le corta cuando él comienza a hablar y le dice:

—Ya lo sé todo

—¿Y cómo lo sabes?

—Por los periódicos españoles.

—¡Ah! ¿Lo han publicado?

Así era el comandante Zorita, número 1 en el curso de probadores pilotos de Bretigny (Francia).

Para él vivir casi se limitaba a volar.

AL OTRO LADO DEL MURO

El comandante Zorita fué el primer español que pasó la barrera del sonido. El primer hombre que cruzó el muro sónico fué el comandante de las Fuerzas aéreas norteamericanas Charles P. Yeager, quien el 14 de octubre de 1947—veinticuatro años de edad—realizó esta proeza en un «Bell X-1» colgado de la panza de una superfortaleza volante, de la que se desprendió para realizar el vuelo. Tal hazaña le valió a Yeager el trofeo «Collier's».

Los pilotos supersónicos explican que cuando un avión sobrepasa la velocidad del sonido (los 1.220 kilómetros por hora) el aire parece que aumenta su densidad y resistencia hasta casi convertirse en un cuerpo sólido. «filetes de aire» llaman a este fenómeno los pilotos supersónicos. Entonces el avión y el piloto tienen que soportar una dura prueba.

La pérdida del sentido puede producirse por «oscurecimiento» (escasez de sangre en el cerebro) o por «enrojecimiento» (superabundancia de sangre en la región cerebral).

Es corriente que los mandos no obedezcan o que el piloto tenga esa sensación de desobediencia mecánica en los instantes de gran intensidad que supone el cruce de la barrera del sonido.

Así sentiría el comandante Zorita la primera vez de cruzar el muro sónico.

ASI ERA EL HOMBRE

Alto, joven; no se le recuerda sin su sonrisa. Jamás ninguno de sus íntimos compañeros le vió de mal humor. Hombre sobrio, íntegro, militar de una pieza. Y dominando todas sus cualidades, la sencillez. El no daba nada de importancia a lo que hacía. Todo resultaba necesario para ser un hombre al día en lo que respecta a secretos de aviación. Y su afición, su vida entera, volar. Volaba los domingos, los días de fiesta, por puro placer, por amor a la altura y a las nubes. Sus estudios en la Escuela Especial de Ingenieros de Caminos le dieron una preparación enorme para salvar con facilidad los exámenes.

Era hombre metódico. Madrugaba. A las siete estaba ya en pie, ordenando su diario, preparando meticulosamente la jornada. Y a las diez de la noche, salvo raras excepciones, se retiraba al hogar.

Su tema de conversación era casi siempre el mismo. A los diez minutos de estar a su lado se hablaba ya de aviones.

Hay una anécdota que demuestra su arrojo y su espíritu juvenil. Debido a la premura que imponía las urgencias de nuestra guerra de Liberación, a los diecinueve años realizó su primer servicio con muy escasos conocimientos de guerra aérea. En el combate, porque así lo exigía la formación, los compañeros realizaban maniobras que él interpreto como puras acrobacias. En vista de este pensamiento, él realizó cuantas conocía, atendiendo sólo a la perfección del movimiento, olvidando que estaba en medio de un enjambre de aviones enemigos. Al tomar tierra contó lo divertido que resultaba un servicio de guerra, en donde cada uno podría divertirse libremente, y se sorprendió infinitamente cuando le dijeron que varios de sus compañeros habían derribado aviones enemigos en el combate.

Aquí, en esta anécdota, está encerrado el optimismo que guió siempre su carrera militar.

Gustaba, en tierra, de la caza y de los toros. Gustaba, sobre todo, del hogar, lleno de recuerdos repartidos entre fotografías, banderines y emblemas.

Estaba tan acostumbrado a retirarse cerca de las diez de la noche, que cuando pasaba esta hora e iba en su coche cedía el volante a un amigo y dormitaba.

En cierta ocasión salió de Santander con unos amigos a las diez de la noche en automóvil. Al llegar a un cruce de carreteras le preguntaban:

—¿Cuál seguimos?

—La mejor—contestaba siempre.

Y así a las seis de la mañana del siguiente día, con la gasolina agotada, se encontraron inmóviles cerca de un indicador de kilómetros que decía: «A Santander, quince kilómetros.»

Pero lo que verdaderamente le retrata es su actuación durante la guerra. Protestaba continuamente, alegando que cada vuelo le pertenecía a él; que los otros le llevaban ventaja en vuelos de combate, cosa que no era cierta, y se las ingeniaba de mil formas para realizar peligrosos servicios que no le correspondían.

UN PROTOTIPO DE AVIADOR

Es la tarea más difícil del soldado: mantenerse en forma, ten-



En primer término aparece Zorita velando el cadáver de García Morato

so, en tiempo de paz. La estepa, la nieve, los bosques de Rusia se han borrado de sus pupilas.

¿Se amodorrará en la paz? Zorita veía con toda claridad lo que era necesario en la Aviación española: entrenamiento constante; preocupación continua por los vertiginosos progresos técnicos de la aeronáutica. En sus años de guerra había sumado 703 horas de vuelo.

A partir de 1944 su historial va ligado a los despegues de sus aparatos. En este primer año realiza treinta horas solamente. En 1945, cincuenta. Y ya con la paz en el mundo inicia un incremento constante en lo que constituía su integral vocación: volar.

Por primera vez, en 1946 pasa del centenar de horas de vuelo en época de paz, llegando a sumar ciento diez. En 1947, doscientas cincuenta y dos. Los años 48 y 49 los dedica a los cursos de Estado Mayor, efectuando un total de doscientas una horas de vuelo.

En 1950 a 1952 es destinado al Estado Mayor del Aire. Y en estos tres años aumenta su historial de vuelo con mil doscientas treinta y tres horas más. Y ya desde esta fecha a la actualidad pasa al Escuadrón de Experimentación en Torrejón de Ardoz. Son días de constante actividad: cuatro años, mil novecientas treinta y cuatro horas. Días y días en que el descanso sobre la tierra es solamente el indispensable para poder efectuar con todo provecho el próximo vuelo.

Nada le ha impedido desarrollar plenamente su vocación; ni las restricciones impuestas por la escasez de combustible, ni los destinos burocráticos. Cuatro mil quinientas cincuenta horas de vuelo en una corta carrera de aviador, más de medio año sin descender un solo segundo a tierra, entre nubes o con el cielo claro, de día o a la luz de las estrellas.

Este hombre era el aviador militar, un auténtico número uno por todos los conceptos: horas voladas, número de cursos efectuados, calificaciones obtenidas, nú-

mero de aviones militares de diferentes tipos en que ha volado, número de prototipos nacionales probados, efectuar un curso de reactores y pasar la barrera del sonido.

Su afición y su valor eran inigualables. La preparación técnica era perfecta. Había llegado a una comunión perfecta entre su personalidad íntima y un exacto espíritu de lo castrense. Pero Demetrio Zorita ha muerto sin una sola mácula en su historial de prototipo de aviador español.



El matrimonio Zorita, acompañado de sus tres hijos

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

EL COMANDANTE ZORITA, MAS ALLA DE LA BARRERA DEL SONIDO

UN ALFEREZ PROVISIONAL
EN LA ESCUADRILLA
DE GARCIA MORATO



EL LEMA DE UNA VIDA: "VOLAR, VOLAR SIEMPRE"